

SCARLETT SIMMONS

Pasión
en el paraíso

PASIONES PROHIBIDAS, 2

PASIÓN EN EL PARAÍSO
Scarlett Simmons

SERIE: PASIONES PROHIBIDAS

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024

Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons

Distribuido por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE PASIONES PROHIBIDAS

SCARLETT SIMMONS

En la serie *Pasiones Prohibidas* el amor y la pasión se encuentran en situaciones inusuales, desafiando las normas sociales y llevando a los personajes a explorar los límites de sus deseos. En cada novela, los protagonistas se enfrentan a sus miedos, a su pasado, a las convenciones sociales y familiares o a las circunstancias que los rodean, mientras intentan encontrar el equilibrio entre lo que dicta la razón y lo que exige el corazón. Desde paraísos exóticos hasta encuentros inesperados, cada historia está cargada de romance, intriga, y sensualidad, y en ellas encontrarás una experiencia intensa y cautivadora.

1. **Pasión en Santorini**
2. **Pasión en el Paraíso**
3. **Pasión en Los Angeles**
4. **Pasión en la Toscana**

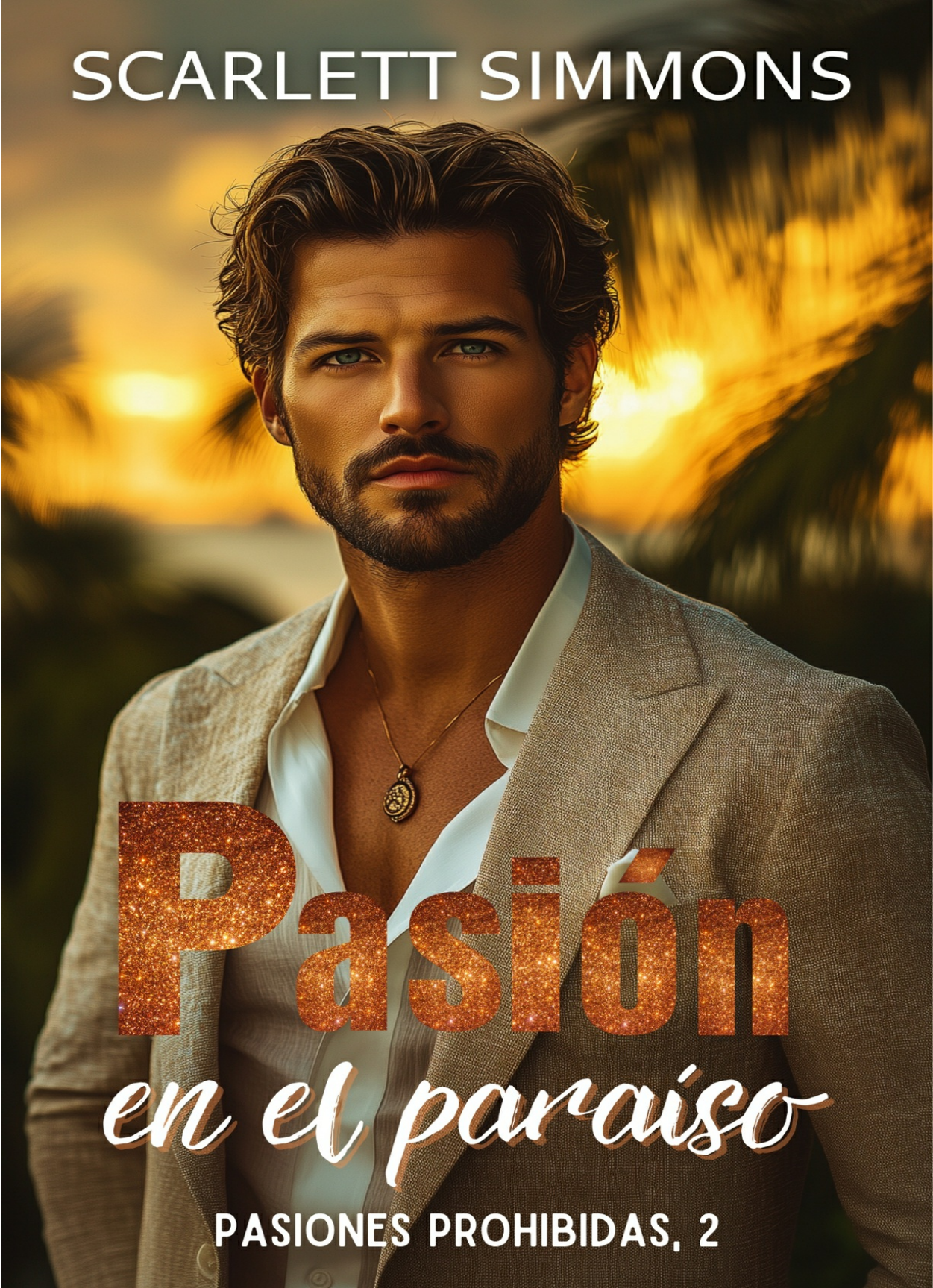
Con *Pasiones Prohibidas* harás un viaje emocional lleno de deseo, secretos, y decisiones que pueden cambiarlo todo. Cada libro ofrece una historia independiente, pero todas están unidas por el hilo común de explorar el amor en sus formas más intensas y a menudo, prohibidas.

En *Pasión en el Paraíso*, Julia debe acudir a la boda de su prima en Bora Bora. El problema es que el padrino es su ex y eso no le hace ninguna gracia. Harta de ser la prima soltera desde que lo dejó con Ryan, contrata a un novio de alquiler para la semana que dura el evento en un *resort* paradisíaco. Pero el supuesto novio resulta ser un poco *ligero* y le cuesta un poco mantener la farsa. Por su parte, Ryan va acompañado de una explicita amiga. Al final todo se desmorona..., o no. Descúbrelo en esta novela divertida, intensa y pasional.

Todas las novelas de la serie son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Encuéntralas aquí:



A portrait of a man with wavy brown hair, blue eyes, and a beard, wearing a light-colored blazer over a white shirt. He is looking directly at the camera. The background is a warm, golden sunset with palm trees.

SCARLETT SIMMONS

Pasión
en el paraíso

PASIONES PROHIBIDAS, 2

Serie Pasiones Prohibidas

Scarlett Simmons

Prólogo

Julia

Capítulo 1

Julia

Capítulo 2

Julia

Capítulo 3

Ryan

Capítulo 4

Julia

Capítulo 5

Ryan

Capítulo 6

Julia

Capítulo 7

Ryan

Capítulo 8

Julia

Capítulo 9

Ryan

Capítulo 10

Julia

Capítulo 11

Ryan

Capítulo 12

Julia

Capítulo 12

Ryan

Capítulo 14

Julia

Capítulo 15

Ryan

Capítulo 16

Julia

Capítulo 17

Ryan

Capítulo 18

Julia

Epílogo

Ryan

PASIÓN EN EL PARAÍSO

PRÓLOGO

Julia

—¡No puedo creer que sigas con lo mismo! —exclamo, intentando mantener la calma, mientras cruzo los brazos, como si eso pudiera protegerme del dolor que sé que está por venir.

Él me mira, con ese gesto que me resulta tan familiar, mezcla de frustración y agotamiento. Hace días que estamos en esta espiral, dando vueltas a lo mismo, sin avanzar, y cada palabra que intercambiamos parece añadir una capa más a la distancia que ha crecido entre nosotros.

Ni siquiera el sexo lo resuelve. Cualquiera diría que nos acabamos de devorar el uno al otro y ahora estemos así, en medio de un océano de reproches.

—¿Y qué esperas que haga? —responde él, con una voz tensa, contenida—. ¿Pretendes que finja que no me importa?

—¡No es eso! —me defiendo, sintiendo cómo la frustración me ahoga—. Solo quiero que me entiendas, que confíes en mí. ¿Es mucho pedir?

—Julia, llevo meses intentando entenderte. Pero cada vez que pienso que hemos avanzado, vuelves a levantar un muro entre nosotros. ¿Cómo se supone que debemos construir algo si solo pones obstáculos?

Su voz sube de tono y sé que está a punto de explotar. Y lo peor es que, en el fondo, sé que tiene razón. Pero admitirlo es algo para lo que no estoy preparada, porque hacerlo significaría reconocer que tal vez he sido yo quien ha estado saboteando todo esto desde el principio.

—No es justo que me echés toda la culpa —respondo, intentando defenderme, aunque mi voz suena débil incluso para mis oídos—. No soy la única que ha cometido errores en esta relación..., o lo que sea.

Hago un gesto despectivo que lo dice todo.

Él suspira y se pasa una mano por el pelo en un gesto de exasperación, que me resulta dolorosamente familiar.

—No se trata de culpas, Julia. Se trata de lo que queremos. Y lo que antes solo era una sensación, ahora es una certeza. Tengo claro que no estamos en el mismo punto, de que tú... de que tú no quieres lo mismo que yo.

Sus palabras caen sobre mí como una losa, porque sabe exactamente dónde golpear para hacerme dudar, para hacerme sentir que tal vez estoy tomando el camino equivocado. Pero también sé que hay algo que él no entiende, algo que nunca hemos logrado resolver y que, en el fondo, sé que

nunca lo haremos.

¿Qué nos queda si ni siquiera nos comprendemos?

—Yo quiero... —empiezo, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Porque lo que quiero y lo que necesito parecen haberse convertido en cosas diferentes, en opuestos irreconciliables.

—¿Qué, Julia? ¿Qué es lo que quieres? Me encantaría saberlo. —Su voz es ahora un susurro cargado de ironía y lleno de una desesperación, que solo he escuchado una vez antes de hoy, en un momento que preferiría olvidar.

Lo miro, y veo el reflejo del hombre del que me enamoré, pero también todas las heridas, todas las cicatrices que hemos acumulado durante estos años. Y sé, en este preciso momento, que hemos llegado al final de algo que, en el fondo, llevaba mucho tiempo roto.

—Quiero... quiero dejar de sentirme así. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y al hacerlo, siento que algo dentro de mí se rompe de una manera irreversible, sobre todo porque no reflejan lo que de verdad deseo—. Quiero dejar de sentir que estamos luchando contra algo que no tiene solución.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Veo cómo sus ojos se oscurecen, cómo su postura se tensa, y sé que lo he perdido, que esas palabras han sido la puntilla, la confirmación de lo que ambos hemos estado temiendo.

—Si eso es lo que quieres... —comienza él, con un tono de voz tan frío que me hiela la sangre —, entonces tal vez lo mejor sea que dejemos de intentar salvar algo que ya no existe. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

El dolor que siento en ese momento es indescriptible, pero sé que tiene razón. Hemos estado aferrándonos a algo que dejó de ser real hace tiempo, a una versión idealizada de lo que alguna vez fuimos, pero que ya no somos.

—Supongo que sí —respondo, y cada palabra es como un puñal que atraviesa mi corazón.

No hay más que decir. Nos quedamos mirándonos, dos personas que una vez compartieron todo y que ahora son solo extraños atrapados en una relación que ya no tiene sentido. Ante mi inmovilismo, él se da la vuelta y sale de la habitación, y con cada paso que se aleja, siento que se lleva una parte de mí que nunca recuperaré.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, el silencio es absoluto. Y en ese silencio, me doy cuenta de que no solo he perdido a la persona que amaba, sino que también me he perdido a mí misma en el camino.

Y todo por no haber sido capaz de decirle la verdad, de reconocer que lo único que quiero es a él.

TRES AÑOS DESPUÉS

CAPÍTULO 1

Julia

El sonido de las ruedas del avión al tocar tierra me despierta de mi ensoñación. Abro los ojos y parpadeo, ajustándome a la luz natural que inunda la cabina. Las palabras del piloto resuenan por los altavoces, anunciando nuestra llegada a Bora Bora. Mi corazón da un vuelco al recordar por qué estoy aquí y con quién.

A mi lado, mi «novio» mira por la ventanilla con una sonrisa de oreja a oreja. Es guapo, no cabe duda, con su cabello rubio ligeramente alborotado y esos ojos azules, que parecen contener la esencia misma del océano. Pero su entusiasmo casi infantil contrasta demasiado con la tensión que siento en mi pecho.

Cuando mi prima Florence me invitó a su boda en Bora Bora, salté de alegría. Me hacía muchísima ilusión y toda la familia Sinclair lo consideró la celebración del año. Todo un acontecimiento con un solo problema para mí: iba a ser la única que iría sin pareja. La soltera que mis tías arroparían con lástima en sus ojos y el gesto de decepción que mi padre tendría de estar aquí, pues siempre me decía que soñaba con una boda así para mí, su pequeña y mimada hija.

Decidí que eso no era ningún problema y que no necesitaba a nadie para ser una mujer completa y feliz. Pero había un segundo problema, por el que casi cancelo mi asistencia: el padrino de la boda va a ser mi ex. Pero no tuve el valor de decir a Florence que no iría. Después de todo, ella no tiene la culpa de lo que pasó entre su mejor amigo y yo. Pero la idea de enfrentarme a todos sola, de ser la soltera en una boda y, peor aún, de toparme con él, es más de lo que quería soportar.

Fiona, mi mejor amiga, me propuso contratar a un novio de alquiler y, aunque en un primer momento me horrorizó la idea, aquí estoy, aterrizando en Bora Bora con un completo desconocido a mi lado, del que se supone que estoy locamente enamorada. Espero saber mantener el engaño durante la semana que dura la boda. Por si fueran pocos días, hemos venido antes que el resto para *conocernos* mejor, ya que la primera vez que vi a Alex fue ayer cuando firmamos el contrato.

Un contrato, por cierto, que no incluye intimidación de ningún tipo. Solo, especifica el artículo 6, cuando en público sea necesario para hacer creíble el noviazgo.

—Así que este es tu primer viaje con una clienta, ¿no? —pregunto para romper el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

Él se gira hacia mí, y su sonrisa se amplía.

—Sí, pero no te preocupes, lo tengo todo bajo control. Sé comportarme en cualquier tipo de acontecimiento. Tú indícame lo que debo saber y yo finjo como el buen actor que soy —contesta

sin un ápice de humildad.

Asiento, aunque no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Contratar a un acompañante para una boda era algo que jamás hubiera imaginado hacer, pero la desesperación puede llevar a tomar decisiones extrañas. Y aquí estoy, arrepentida cuando ya no tiene remedio, a punto de enfrentarme a mi familia y, lo que es peor, a mi pasado.

El avión termina por fin de rodar por la pista. En el exterior, la vegetación exuberante y las aguas cristalinas de Bora Bora se despliegan como un escenario sacado de un sueño. Es imposible no reconocer la belleza del lugar, pero mi mente está demasiado ocupada con lo que me espera en los próximos días como para disfrutar del paisaje.

—¿Nerviosa? —pregunta, como si leyera mis pensamientos.

—Un poco —admito, y me obligo a sonreír—. Es solo que... no sé cómo va a salir todo esto.

—Tranquila, Julia —dice, utilizando mi nombre por primera vez desde que despegamos—. Solo tenemos que fingir ser la pareja perfecta durante unos días, y luego volveremos a nuestras vidas normales. Confía en mí, soy un profesional.

Su confianza debería tranquilizarme, pero no lo hace. El simple hecho de saber que me veré obligada a pasar tiempo con él, a sonreír y fingir que todo está bien, mientras mi ex va a estar en la misma boda, me parece más duro que subir al Everest. Con lo fácil que parecía la noche que Fiona y yo, algo borrachas, lo imaginamos todo desde su ático en Manhattan.

El aeropuerto es pequeño y bullicioso, con turistas y locales moviéndose en todas direcciones. La brisa cálida me envuelve cuando salimos, trayendo consigo el aroma del mar y las flores tropicales. Es un olor que debería ser relajante, pero que a mí me resulta asfixiante y me recuerda la irrealidad de mi situación.

Nos dirigimos al hotel en un taxi que recorre caminos bordeados de palmeras y flores de hibisco. El conductor no deja de hablarnos sobre la belleza de la isla, las mejores playas y los lugares turísticos, pero yo solo puedo pensar en la llegada al *resort*, en lo que pasará cuando vea a mi familia y, sobre todo, cuando lo vea a él.

—Este lugar es impresionante —comenta mi acompañante, con esa alegría que parece inagotable—. No puedo creer que me estén pagando por estar aquí.

—Calla —le espeto—. No vuelvas a decir eso delante de nadie.

—¡Uy! Perdón —dice llevándose una mano a la boca como un niño al que riñes por decir una palabrota.

Me obligo a sonreír, pero por dentro estoy más nerviosa que nunca. Él parece tan despreocupado, tan ajeno a la tensión que me consume, tan... simplón. Tal vez eso es lo que necesito, alguien muy básico que me haga olvidar, aunque sea por un momento, la pesadilla en que puede convertirse esta boda. Miro su pierna que involuntariamente roza mi rodilla y pienso que quizá podamos saltarnos el artículo 6 y pueda quitarme las penas con un buen polvo. Niego con la cabeza, porque sé que ni es posible, ni es lo que deseo.

Por fin el taxi llega a su destino. El complejo hotelero es un lujo tropical, con bungalows sobre el agua y jardines que parecen sacados de una postal. Al llegar, el personal nos recibe con sonrisas cálidas y collares de flores. Todo parece diseñado para relajarse, pero a mí me cuesta dejar de

pensar en la razón por la que estoy aquí.

Nos registramos y, al entrar en nuestra habitación, el miedo y la incertidumbre me recorren el cuerpo y se instalan en cada fibra de mi piel. ¿Estaré haciendo lo correcto? Seguro que no, pero ya estoy aquí y me toca apechugar. Al menos, el lugar es una preciosidad, con vistas directas al mar y una decoración que combina la elegancia moderna con detalles tradicionales polinesios. Solo por eso ya ha merecido la pena venir. Miro a mi alrededor y entonces me doy cuenta: solo hay una cama, grande y con un dosel que le da un aire romántico, lo que me hace tragar saliva.

—Es... encantador —comento, tratando de mantener la calma mientras pienso en cómo solucionar este nuevo inconveniente.

—¡Y tanto! —responde Alex, lanzándose sobre la cama, riendo como un niño—. Esto es un sueño, Julia. Relájate, ¿quieres? Solo tenemos que fingir ser una pareja feliz. No es tan difícil. Y mírate, tú no estás tan mal.

Le dedico una mirada que espero que transmita algo de la seriedad de la situación, disimulando el mal sabor de boca que me ha dejado su opinión sobre mí.

—Recuerda lo que te dije —insisto—. Esto es solo un trabajo. No hay necesidad de que... ya sabes.

—Sí, sí, tranquila. Soy un profesional, ¿recuerdas? —dice, guiñándome un ojo antes de comenzar a deshacer su maleta.

Me retiro al baño para cambiarme, y darme unos minutos de soledad para recuperar la calma. El reflejo en el espejo me devuelve una imagen que no reconozco del todo. Mi cabello está un poco más desordenado de lo habitual, y hay una sombra en mis ojos, que no estaba allí antes de que todo se complicara tanto.

La boda es en tres días. La mayoría de los invitados llegará mañana para la despedida de solteros y la preboda, así que tenemos hasta que entonces para conocernos e inventar nuestra historia de amor.

Cuando salgo del baño, él está hablando por teléfono, arreglando lo que parece ser una cita para bucear mañana temprano.

—Sí, sí, soy un profesional en eso también —me dice con una sonrisa mientras cuelga.

—¿Tienes planes? —pregunto, algo extrañada por lo rápido que se está adaptando mientras yo sigo hecha un amasijo de nervios.

—Solo me voy a sumergir un rato antes de las fiestas —responde, despreocupado—. No te preocupes, estaré de vuelta a tiempo. Lo tengo todo controlado.

Acepto su contestación, aunque no estoy segura de cómo me siento al respecto. Parte de mí quiere que él esté cerca para ayudarme a mantener la farsa, pero otra parte, la más vulnerable, desea estar sola para afrontar lo que venga sin tener que cargar con él. Voy a estar todo el tiempo en tensión por si mete la pata delante de la gente y mi ex se entera del engaño.

Bajamos al vestíbulo y caminamos por los jardines hasta llegar a la playa. El sol comienza a ponerse, y nos regala un espectáculo visual en el horizonte. Mientras caminamos por la arena, siento la necesidad de compartir con él mis temores, pero me contengo. No lo conozco lo suficiente, y no quiero que sepa de mí más de lo necesario para hacer bien su trabajo. Ni somos

ni seremos amigos.

—¿Quieres que vayamos a cenar algo ligero?

—Sí, claro —respondo, aunque mi apetito es inexistente—. Tenemos que hablar. Se nos echa el tiempo encima y aún no hemos acordado nada.

Nos dirigimos a uno de los restaurantes del hotel, donde nos sentamos en una mesa con vista al mar. Las olas rompen suavemente contra la orilla, y el sonido es hipnótico. Mientras espero la comida, me pierdo en mis pensamientos, preguntándome cómo he llegado a este punto, cómo una simple boda ha terminado convirtiéndose en una prueba de fuego para mi cordura.

—Julia, relájate —dice él, captando mi atención y cogiéndome de una mano—. Te vas a destrozarte el labio si sigues mordiéndolo así. Todo va a salir bien. Lo prometo.

Su voz es tan segura y tan llena de esa confianza juvenil, que casi me hace creerle. Casi.

—Venga —añade tras darle un buen bocado a la hamburguesa que se ha pedido—, ¿cómo nos conocimos?

Y así empezamos a elaborar *nuestra* historia.

CAPÍTULO 2

Julia

La cena ha sido más relajante de lo que esperaba. A pesar de mis dudas iniciales, el ambiente tropical, los cócteles coloridos y la charla amena con Alex han conseguido que, al menos por unas horas, olvide el motivo real de este viaje. Las luces suaves del restaurante, la animación del bar de cócteles al que hemos ido después, la brisa cálida del mar y la música de fondo han creado un ambiente casi mágico. Es fácil, muy fácil, dejarse llevar por la tranquilidad de la isla.

Nos hemos reído mucho creando nuestra historia falsa de amor, que hemos nutrido con anécdotas reales. No sé si Alex será tan profesional como dice, pero imaginación tiene un rato. De eso no me queda duda. Solo espero que se acuerde de todo y que el alcohol que hemos bebido no le borre la memoria.

Caminamos de regreso al bungalow que nos han asignado, con el sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla a nuestro lado. Mi mente está todavía algo nublada por el alcohol de los cócteles, pero también por las risas compartidas y por la sensación de que, al menos por esta noche, puedo permitirme disfrutar de este paraíso.

Alex, por su parte, parece completamente en su elemento. Su camiseta blanca ligeramente ajustada resalta su figura atlética, mientras que sus *shorts* de lino caen de manera casual sobre sus piernas bronceadas. Su cabello rubio está un poco despeinado, pero de esa forma que parece perfectamente calculada. Durante el camino, cada vez que pasa una mano por su cabello, puedo ver cómo varias mujeres giran la cabeza para mirarlo. Lo mismo ha pasado en el bar, donde me he sentido como si tuviera un trofeo del que estar orgullosa. Él parece darse cuenta, pero no hace comentarios, limitándose a seguirme mientras avanzamos por el sendero de piedras hacia nuestro bungalow.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta mientras se gira para mirarme.

—La verdad, sí —respondo, sorprendida de lo sincera y categórica que suena mi voz.

Llevo un vestido ligero de tirantes que se mece con la brisa, y mis sandalias hacen un leve ruido al chocar contra las piedras. Mi cabello rubio, que he dejado suelto, se ha despeinado por el suave viento tropical, dando a mi aspecto un toque más relajado de lo habitual. Me siento cómoda, algo que no esperaba sentir cuando todo esto comenzó.

—Tienes una risa contagiosa, ¿lo sabías? —comenta de repente.

—¿Contagiosa? —respondo, con una pequeña carcajada que refuerza su opinión.

—Sí. Es algo que no se puede evitar. Me alegro de que al menos hayamos podido reírnos un poco antes de que empiece toda la locura de la boda —añade, y veo cómo sus ojos azules brillan bajo las luces del sendero—. Eso ayuda a derribar barreras, ¿no crees?

Nos detenemos un momento antes de entrar al bungalow, y siento la necesidad de agradecerle, aunque solo sea el haber conseguido hacerme reír.

—Gracias, Alex. No esperaba reírme tanto esta noche —le digo sinceramente.

—Es mi trabajo, ¿no? Hacer que esto sea lo más soportable posible para ti —responde, pero esta vez hay un tono más cálido en su voz, menos bromista.

Entramos al bungalow, y nos sorprende el contraste entre el ambiente externo y la intimidad de la habitación. La cama, grande y lujosamente vestida, está justo en el centro, bajo un dosel blanco que ondea ligeramente por la brisa que entra por las ventanas abiertas. La camarera ha dejado pétalos de rosas sobre la cama formando un corazón y dos copas nos esperan junto a una botella de champán y un cesto de frutas tropicales en la mesa. Las luces son suaves, casi tenues, creando sombras en las paredes de madera oscura.

Dejo mi bolso en una silla cercana y me dirijo hacia la ventana para cerrarla. El sonido del mar sigue siendo fuerte, pero ahora se mezcla con el murmullo de nuestras voces y nuestros movimientos en la habitación.

—¿Te apetece otra copa antes de dormir? —pregunta Alex mientras saca la botella de champán del cubo de hielos.

—Creo que ya he bebido suficiente —respondo, sonriendo mientras me descalzo y me recuesto sobre la cama—. Además, mañana será un día largo.

—Cierto, pero siempre podemos relajarnos un poco más antes de que llegue la locura —insiste con voz seductora, mientras se sirve una copa para él.

Se acerca a la cama y se sienta en el borde, con la mirada fija en mí. Hay algo en su expresión que me hace sentir incómoda, como si la atmósfera jovial de antes hubiera cambiado de pronto a algo más íntimo.

—Alex... —comienzo, pero él ya se ha inclinado hacia adelante, acercando su rostro al mío y acariciando mi muslo por debajo del vestido.

El movimiento es rápido, casi impulsivo, y por un momento me quedo congelada, sin saber cómo reaccionar. Pero cuando siento sus labios rozar los míos, me aparto de golpe, poniéndome de pie rápidamente.

—No. No, Alex —digo con firmeza, alejándome unos pasos de la cama.

Él se detiene, claramente sorprendido por mi reacción. Me mira con confusión, como si no entendiera qué ha salido mal o que pueda ser rechazado.

—Lo siento, pensé que... —comienza a decir, levantándose también—. Pensé que estabas de acuerdo. Te he sentido tan cercana esta noche... Creía ver señales.

—No —respondo, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho y repasando con rapidez qué he hecho para que malinterprete mis gestos—. Esto es solo un trabajo, Alex, y lo tienes prohibido por el artículo 6, ¿recuerdas? No quiero complicar las cosas.

La tensión en la habitación es cada vez mayor. Él se pasa una mano por el pelo, visiblemente frustrado, pero asiente con la cabeza. Imagino que no estará acostumbrado a que lo rechacen. Pero, en lugar de dejarlo ahí, una sonrisa ilumina su rostro y me coge de la muñeca.

—¿Estás segura? Yo creo que me deseas, Julia. Déjate llevar, venga...

—Te digo que no. Déjame.

A pesar de la tensión del momento, la risa floja, que me suelen provocar el alcohol y los nervios, hace su aparición. Por un momento parecemos niños que se persiguen por el cuarto, él tratando de cogerme del vestido y yo escapando de su agarre, hasta que, cansada, me dejo caer en el sillón, sin parar de reír y de jadear por el esfuerzo.

—Que no, Alex. Ya. Para. Vamos a dormir.

—De acuerdo, lo entiendo. Lo siento, Julia. Me he equivocado, pero entiendo que quisiera intentarlo, eres muy guapa —dice finalmente, y por su tono de voz creo que se arrepiente de verdad—. Tienes razón. Soy un profesional y no debemos tener sexo si la clienta no quiere; regla número uno del acompañante. Entonces, ¿cómo vamos a dormir?

El silencio que sigue es incómodo. Me dirijo hacia el sofá y veo con alegría que se hace cama, pero antes de que pueda abrirlo, oigo un golpe en la pared de la habitación. Nos quedamos en silencio, ambos conscientes de que hemos hecho más ruido del que deberíamos dada la hora que es, riéndonos por lo bajo. ¿Qué pensarán los de al lado? Cuando me cruce con ellos por el hotel me moriré de vergüenza.

—Quizás deberíamos bajar el volumen —comenta Alex, con una sonrisa traviesa y ambos soltamos una carcajada nerviosa.

Antes de que pueda responderle, alguien llama a la puerta del bungalow. Miro a Alex, que está solo en bóxer, y ambos compartimos una mirada de sorpresa.

—¿Quién será a estas horas? —pregunta él, pero yo ya estoy caminando hacia la puerta, con el pelo revuelto, la cara sonrojada y jadeando por culpa de las carcajadas.

Todavía riéndome por lo absurdo de la situación, giro el pomo y abro la puerta. La risa se congela en mis labios cuando veo quién está de pie al otro lado.

Y ahí, en ese instante, mi mundo se detiene.

CAPÍTULO 3

Ryan

—Ryan... —la voz de Julia me impacta y me detiene en seco al otro lado de la puerta. Era la última persona que esperaba ver en el bungalow de al lado. Si no llega a ser por la insistencia de Pippa, me hubiera dormido a pesar de los ruidos. ¿Por qué tuve que hacerle caso?

La imagen de Julia, con las mejillas sonrojadas y la respiración agitada, me golpea en el pecho con una fuerza que no esperaba. El tipo que está con ella, en ropa interior, me mira entre divertido y desconcertado, como si yo hubiera irrumpido en medio de algo. Trago saliva, intentando mantener la compostura, aunque por dentro siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Perdona, no quería interrumpir... —murmuro, buscando cualquier excusa para largarme de ahí cuanto antes.

—¡No pasa nada! —responde Julia, soltando una risa nerviosa, que rebota en las paredes del bungalow. Esa risa, tan suya, tan maravillosa y conocida, me descoloca. Está claro que ha bebido más de la cuenta, su lenguaje corporal lo dice todo. Pero no puedo permitirme pensar en lo que realmente puede significar todo esto.

Se apoya en el marco de la puerta, como si le costara mantenerse en pie, y me lanza una sonrisa, una de esas que solían hacerme perder la cabeza. Trato de centrarme en su rostro, en los detalles que no veía desde hace años: el brillo de sus ojos, ese leve temblor en su labio inferior cuando está nerviosa. Pero la imagen del chico rubio en ropa interior sigue clavada en mi mente, junto con la evidencia de lo que seguramente estaba a punto de pasar antes de mi llegada.

—Bueno, ya nos veremos... —digo, sintiendo que mis palabras son torpes, y que estoy fuera de lugar.

Julia asiente, aún sonriendo, y yo me alejo antes de que la situación se vuelva más incómoda. Mis pasos resuenan pesados en el camino de vuelta al bungalow, y me esfuerzo por mantener la respiración bajo control. La noche, cálida y envuelta en el susurro constante del mar, me oprime. La brisa, que debería ser refrescante, apenas logra despejar la confusión que inunda mis pensamientos.

Julia.

No esperaba que acudiera a la boda siendo yo el padrino de Florence.

Al llegar a la habitación, encuentro a Pippa, una amiga con la que comparto algo más que compañía, tumbada en la cama, hojeando una revista. Me lanza una mirada curiosa, pero me adelanto a sus preguntas.

—No era nada —digo, mientras me quito la camisa con movimientos automáticos—. Una parejita algo fogosa en el bungalow de al lado, eso es todo.

—Mmmmm —sonríe—. ¿Quieres que les hagamos competencia? Sabes cuánto soy capaz de gemir en alto. Igual así se callan.

Niego con la cabeza, sonriendo porque es cierto. Pippa es de las mujeres más expresivas en la cama con las que he estado. Pero no tengo ganas. Nos acostamos cuando los dos lo necesitamos y nuestras soledades nos ahogan. Pero no somos pareja, aunque mucha gente lo crea. De hecho, ella tiene más amigos con derecho a roce que yo, que desde que lo dejé con Julia me he acostado solo con Pippa y alguna más, pero pocas. No me atrae el ligoteo de una noche y para sexo sin compromiso ya tengo a Pippa.

Ella frunce el ceño, pero no insiste. Nos conocemos lo suficiente como para saber cuándo es mejor dejar las cosas tal cual están. Pippa, con su pelo rubio perfectamente recogido y sus ojos azules siempre atentos, me observa por un segundo antes de volver a su lectura. Pero yo no puedo dejar de pensar en lo que acabo de ver, en lo que siento que he vuelto a perder, aunque hayan pasado tres años desde que todo terminó.

Me deslizo bajo las sábanas, pero el sueño parece algo lejano. A pesar de lo cómodo que debería sentirme aquí, con alguien como Pippa a mi lado, mi mente regresa, una y otra vez, a la puerta del bungalow de Julia. A la manera en que la vi con ese hombre y a la forma en que sus ojos brillaban. A ese gesto, casi imperceptible, que solía hacer cuando estaba incómoda, y que esta noche ha vuelto a aparecer, como si el tiempo no hubiera pasado.

¿Es posible que aún sienta algo por ella? No debería. Fui yo quien decidió poner fin a lo nuestro. Sabía que no podíamos seguir enredados en algo que solo nos hacía daño, porque queríamos cosas diferentes. Pero al verla esta noche, tan cerca de otro hombre, algo en mí se ha resquebrajado.

Pippa apaga la luz de la mesita de noche y se acomoda a mi lado. El silencio en la habitación es denso, solo vulnerado por el suave sonido de su respiración. Me giro, intentando concentrarme en lo que tengo ahora, en lo que elegí para mi vida al dejar a Julia. Pero cada vez que cierro los ojos, la imagen de ella vuelve a mí con una claridad que me desarma. Sé que lo correcto es respetar su vida y sus decisiones. Ella ha seguido adelante y yo hice lo mismo. Me duele no tener pareja, como ella, y no haber podido formar una familia como era mi sueño. La dejé, porque ella no quería lo mismo. Y ahora no tengo ni familia ni a Julia. Tal vez, si hubiera cedido a sus prioridades...

Sigo esta relación extraña con Pippa, o no-relación como dice ella, aunque en el fondo no es lo que quiero. Ni una sola mujer ha podido enamorarme como lo hizo Julia.

Las horas pasan lentamente mientras la noche avanza. Pippa se ha quedado dormida, ajena al torbellino de pensamientos que me atormenta. Miro el techo, buscando respuestas que no llegan, mientras las sombras de mis sentimientos se alargan en la oscuridad.

¿Es esto lo que me espera durante los próximos días? Tener que ver a Julia con su pareja, aparentar que todo está bien, que no me afecta. Tendré que mantener la calma, respetar su decisión y, por qué no, fingir que Pippa es algo más para que Julia crea que me va bien. Aunque no sea verdad. Y aguantar ese dolor que sigue ahí, como una herida que nunca terminó de sanar.

Cierro los ojos, intentando silenciar mis pensamientos, pero lo único que consigo es revivir una y

otra vez ese momento en la puerta, el rostro de Julia, la forma en que pronunció mi nombre, sus mejillas encendidas y su pelo revuelto como cuando hacíamos el amor. Pensarlo me la pone dura y a la vez me hierve la sangre de rabia por no ser yo el que le ha provocado que esté así.

No estoy seguro de cómo voy a soportar esta semana. Sé que va a ser larga y difícil, no solo por los preparativos y la boda, sino por la constante presencia de Julia en cada esquina, en cada reunión y en cada mirada. Con él.

He seguido adelante, me repito una y otra vez, como un mantra que espero que acabe por convertirse en verdad. Pero, ¿qué pasa si todavía una parte de mí pertenece a ese pasado que pensé haber dejado atrás?

No consigo dormir a pesar de la respiración relajante de Pippa a mi lado. La primera luz del amanecer empieza a colarse por las ventanas del bungalow, y con ella, una sensación de rendición: la situación es inevitable. Esta semana podría ser la prueba más dura a la que haya tenido que hacer frente en mucho tiempo. Y mientras me levanto, dejando que Pippa siga durmiendo, me preparo mentalmente para lo que vendrá. Para las sonrisas fingidas, para los encuentros incómodos y para mantener las apariencias. Pero sobre todo, me preparo para afrontar esos sentimientos que creía enterrados y para sobrevivir a esta boda sin perder de nuevo algo que no estoy seguro de haber dejado ir del todo.

CAPÍTULO 4

Julia

Cuando abro la puerta y me encuentro con Ryan, todo en mí se detiene. No esperaba verlo todavía, y mucho menos así, tan de repente, tan cerca. Su mirada me atraviesa y, aunque intento mantener la compostura, algo en mi interior se desmorona. Alex, ajeno a lo que sucede entre Ryan y yo, se ríe, sin darse cuenta de la intensidad del momento.

—¡Ryan! —logro decir, aunque mi voz suena más débil de lo que pretendía.

Ryan se disculpa, se despide y se va, dejándome con una sensación de vacío que no esperaba sentir de nuevo. Cierro la puerta lentamente, tratando de ordenar mis pensamientos. Alex sigue riendo, como si todo esto fuera una anécdota más.

—Vaya, parece que las cosas se ponen interesantes —dice, guiñándome un ojo—. ¿Quién era ese tipo? ¿Le estamos molestando?

—Es..., Ryan. Mi ex —respondo con un suspiro, y con gesto de la mano trato de restarle importancia.

No hago caso a las ganas de charla de Alex, o de lo que sea, y me meto en la cama acompañada de mis pensamientos y remordimientos. A él lo mando al sofá y, aunque protesta como un niño, accede al recordarle de nuevo el artículo 6 del contrato.

A la mañana siguiente casi me da un ataque al corazón al notar el cuerpo desnudo de Alex junto a mí en la cama. Estoy segura de que no pasó nada, ¿o sí? Bebí demasiado y el alcohol me ha regalado un dolor de cabeza inoportuno. Le empujo a la vez que le grito:

—Alex, ¿qué haces aquí? —El dolor de cabeza se agudiza al subir la voz.

Alex se despereza en la cama, como si nada. Parece completamente relajado, como si lo de anoche no hubiera dejado huella en él.

—Preciosa, estaba muy incómodo y esta cama es supergrande. Cabemos de sobra sin tocarnos.

—Pero..., tú y yo... —le digo señalándonos a uno y otro.

—Nada, no ha pasado nada. Pero porque no has querido, nena.

Se desespereza dejando a la vista su magnífico torso esculpido a base de gimnasio y giro la cabeza antes de que el cosquilleo que siento entre mis ingles vaya a más.

—Después del numerito de tu ex, nos fuimos a dormir. ¡Qué casualidad que seamos vecinos de bungalow!

Mi ex. Ryan. Algo bueno del alcohol: me había olvidado de su imagen en la puerta por completo. Por culpa de Alex vuelvo a pensar en él y en lo que significa su presencia aquí.

—¿Vamos a desayunar? —me pregunta Alex, sin levantar la vista de su móvil.

—Sí, claro —respondo mientras me dirijo al baño para dejar en el agua de la ducha todo lo que ha pasado, con ayuda de una pastilla para el dolor de cabeza que siempre llevo en el neceser.

Mientras me arreglo, vuelvo a recordar la mirada de Ryan. ¿Qué pensaría al verme con Alex? ¿Le habrá importado? Me doy cuenta de que estoy volviendo a caer en la trampa de analizar cada detalle, algo que creía haber dejado atrás. Sacudo la cabeza, decidida a concentrarme en el presente.

Me pongo un vestido estampado en tonos amarillos y blancos y Alex me sorprende con unos shorts que le quedan como un guante y una camiseta que se ajusta a sus pectorales marcándolos más aún.

Nos dirigimos juntos al restaurante que hay en la terraza de la piscina, un lugar idílico que parece salido de una postal. La piscina azul resplandece bajo el sol y las palmeras se mecen suavemente con la brisa. El ambiente está diseñado para ser relajante, pero conmigo no lo consigue: la presencia de Ryan sigue perturbando mi mente.

Alex, como siempre, está en su elemento, lanzando miradas a todas las mujeres que pasan a nuestro lado. Es como un niño en una tienda de golosinas, incapaz de concentrarse en una sola cosa. Mientras caminamos hacia nuestra mesa, no puedo evitar sentir una punzada de irritación.

—Alex, por favor —le digo en voz baja mientras nos sentamos—. Recuerda que estás aquí para trabajar. Necesito que te comportes y que parezcas mi pareja. Solo deberías tener ojos para mí. ¿Qué va a pensar mi familia si te ve tonteando con todas?

—Lo sé, lo sé —responde él con una sonrisa traviesa—. Pero, ¿has visto a estas mujeres? Esto es como estar en una película. Además, tu familia todavía no ha llegado, ¿no? Soy un profesional. Me comportaré como es debido cuando estén.

—Deberías hacerlo desde ya. Tú eres mi coprotagonista, así que actúa en consecuencia —le respondo, intentando mantener un tono ligero, aunque mi paciencia se está agotando.

Mientras tomamos nuestro desayuno, trato de relajarme y disfrutar del entorno. Alex, por su parte, sigue haciendo comentarios sobre cada mujer que pasa a nuestro lado. Es un juego para él, algo que le divierte y lo mantiene entretenido, pero a mí me empieza a cansar.

—¿Sabes? Podrías al menos intentar disimular un poco —le digo, dándole un suave empujón con el pie bajo la mesa.

—Venga ya, Julia, ¿qué te pasa hoy? —responde él, riéndose—. ¿Estás celosa?

—Ni en tus mejores sueños —le respondo, poniendo los ojos en blanco—. Solo quiero que nos tomemos esto en serio. Recuerda que tenemos un papel que interpretar.

—Lo sé, lo sé —dice, levantando las manos en señal de rendición—. Eres la jefa, lo que tú digas.

Mientras seguimos desayunando, la atención de Alex se desvía una vez más hacia una mujer que pasa cerca de nuestra mesa. Esta vez, es una morena alta, con un bikini rojo que acentúa cada curva de su cuerpo. Alex la sigue con la mirada, y yo siento una mezcla de vergüenza y molestia.

—Alex, por favor... —susurro, intentando que no se note mi frustración.

—¿Qué? Solo estoy mirando —responde él con una sonrisa despreocupada—. No hago daño a nadie.

Decido que es hora de tomar el control de la situación. Si Alex quiere jugar, yo también puedo hacerlo. Me inclino hacia él, adoptando una postura más relajada y coqueta, como si de repente estuviera interesada en algo más que el desayuno.

—¿Sabes, Alex?, creo que tienes razón —digo, acercándome lo suficiente como para que sienta mi aliento en su oído y mi pecho casi roce el suyo—. Este lugar está lleno de gente interesante. Quizá deberíamos... explorar un poco más.

Él me mira, claramente sorprendido por mi cambio de actitud. No lo esperaba y eso me satisface más de lo que creía. Me inclino un poco más, dejando que mi mano roce ligeramente la suya sobre la mesa, mientras le lanzo una sonrisa que sé que lo desconcierta.

—¿Explorar? —repite, tratando de entender mi juego.

—Sí, ¿por qué no? —respondo con un tono despreocupado, levantándome de la mesa—. Vamos a dar un paseo por la piscina. Quizá encontremos algo interesante.

—Tía, ¡cómo me pones!

Me levanto con sensualidad, consciente de que estoy llamando la atención de más de uno a nuestro alrededor. Alex, aún desconcertado, se levanta y me sigue, tratando de mantener el ritmo de mi repentino cambio de humor. Camino lentamente alrededor de la piscina, sabiendo que Ryan está cerca, y permitiéndome disfrutar de la pequeña venganza que esto representa. Mientras nos movemos entre las tumbonas, siento la mirada de Ryan sobre mí. Sé que me está observando, y eso me da un impulso de confianza. Me detengo junto a la piscina, mirando el agua con una expresión pensativa, y luego, sin previo aviso, me agacho y salpico a Alex con un poco de agua.

—¡Ey! —exclama él sorprendido y riendo al mismo tiempo—. ¿Qué estás haciendo?

—Solo me divierto un poco —le respondo, sonriendo mientras lo empujo ligeramente hacia el borde de la piscina.

Alex, tomando la iniciativa, se agacha y recoge un poco de agua en sus manos, lanzándola hacia mí. La sorpresa inicial se convierte en una pequeña guerra de salpicaduras, en la que ambos nos reímos y dejamos que la tensión del desayuno se disuelva en el aire cálido de la mañana. Soy consciente de que nuestra ropa húmeda se pega a la piel mostrando de más, y aun así quiero seguir jugando con mi supuesto novio. Pero mientras río y me divierto con Alex, no puedo dejar de ser consciente de la mirada de Ryan, que sigue fija en mí. Me doy la vuelta y lo encuentro observándome desde su tumbona. La impresionante rubia que está a su lado sigue hablando, pero él parece absorto en lo que está viendo. Esa conexión silenciosa entre nosotros me hace sentir una mezcla de satisfacción y nostalgia.

Decido llevar el juego un poco más lejos. Me acerco a Alex y, con una sonrisa traviesa, lo empujo suavemente hacia la piscina. Él pierde el equilibrio y, con un chapoteo, cae al agua. La risa de los que nos rodean se mezcla con la mía y, por un momento, me siento libre de todo lo que me pesa.

—¡Julia! —grita Alex, emergiendo del agua con una sonrisa—. ¡Te vas a enterar!

Se lanza hacia mí, y por un segundo pienso que me va a arrastrar con él, pero se detiene a pocos centímetros, riendo.

—Venga, no ha sido tan malo —le digo, todavía riendo mientras lo ayudo a salir del agua—. Solo un pequeño refresco matutino.

Me abraza, restregando su cuerpo contra el mío, para mojar mi vestido que, empapado, se pega más aún a cada curva de mi cuerpo. Lejos de sentir vergüenza, noto una oleada de libertad gracias a haber liberado la tensión que tenía hace unos momentos. Nos dirigimos de vuelta a nuestra mesa, empapados, pero más relajados. Alex sigue con su actitud despreocupada, pero yo noto que ha captado la atención de todos, incluida la de Ryan. Mientras nos sentamos, siento una mezcla de emociones que no quiero descifrar. Para los que nos han visto, con ese cuerpo a cuerpo, ya creerán que somos una pareja muy sexi y colada uno por el otro. Porque no voy a negar que el contacto con los pectorales de Alex me han puesto a tono. En este instante me siento fenomenal. A ver cuánto dura.

Más tarde, mi prima Florence llega al *resort* con su habitual energía desbordante. Siempre ha sido la persona más positiva que conozco, capaz de ver el lado bueno de cualquier situación. Su cabello castaño claro está recogido en una coleta floja, y sus ojos verdes brillan con emoción mientras se acerca a mí.

—¡Julia! —grita, lanzándose a mis brazos en un abrazo que casi me deja sin aliento—. ¡Por fin estamos aquí! ¿Estás lista para vivir la mejor semana de tu vida?

—¡Siempre contigo, Flo! —le respondo, sonriendo mientras la abrazo con fuerza—. ¿Cómo estás? ¡Te veo radiante!

Florence siempre ha tenido esa habilidad de iluminar cualquier lugar en el que esté. Su risa es contagiosa, y su energía es tan vibrante que te arrastra con ella sin que te des cuenta.

—Estoy... ¡Uf, estoy a punto de explotar de emoción! —dice, soltando una carcajada—. Pero dime, ¿quién es ese bombón con el que estás?

—Alex —respondo, mientras una sonrisa se asoma en mis labios—. Es mi... bueno, es complicado.

—¡Complicado! —exclama ella, riendo—. ¡Eso es lo que quería escuchar! Suena muy bien. Pero, espera, ¿Ryan no estaba también por aquí? Ya sabes que es el padrino de la boda.

El nombre de Ryan en sus labios hace que mi corazón se acelere. Intento mantener la calma, pero antes de que pueda responder, lo veo acercarse a nosotras. Florence se aparta para darle un abrazo y luego sigue saludando, dejándome a solas con él. Nos miramos en silencio por un momento, hasta que él rompe el hielo.

—Hola, Julia. Te veo bien —dice con una voz que me resulta demasiado familiar, demasiado cercana—. Siento lo de ayer, no era mi intención molestar.

Mi mente se queda en blanco por un instante, y todo lo que puedo hacer es asentir, aunque no estoy segura de estar lista para lo que venga a continuación. Ryan da un paso hacia mí, y siento que algo importante está a punto de suceder. Y en ese momento, la impresionante rubia que estaba con él se acerca, interrumpiendo la tensión entre nosotros con una sonrisa deslumbrante.

Si es su novia, ha hecho un buen cambio, porque yo no soy tan espectacular. Aunque no es el tipo de chica que le pega a Ryan.

—Hola, soy Pippa —dice ella, extendiendo la mano hacia mí—. Y tú debes de ser Julia, ¿verdad?

Me quedo mirando su mano, sin saber si tomarla o no, mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho. Ryan me observa, esperando mi reacción y, de repente, todo el aire parece haberse ido de mis pulmones.

CAPÍTULO 5

Ryan

Cuando veo a Julia jugar en la piscina con ese vestido que se pega a cada curva de su cuerpo, siento un golpe en el pecho que no esperaba y una llamada de atención de otra parte de mi cuerpo, que la añora tanto como yo. Está radiante, feliz, riendo con ese tipo que no deja de mirarla como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Mi mandíbula se tensa, pero trato de no mostrar nada. He pasado años intentando enterrar lo que sentía por ella, y ahora aquí está, riendo y jugando feliz y yo embobado mirándola como si el tiempo no hubiera pasado.

Pippa, a mi lado, parece percibir mi incomodidad. Es impresionante, no hay duda de ello. Su cabello rubio brillante, su cuerpo esculpido y esos ojos azules que podrían encandilar a cualquiera. Y, sin embargo, a pesar de su belleza, siento que no pertenece a mi mundo, no como lo hacía Julia. Pippa es una amiga y una distracción, un escape, y lo sabe. A veces, creo que lo agradece, porque no le gusta estar mucho tiempo sola, pero, a la vez, huye del compromiso. Bueno, lo mismo me pasaba con Julia y por eso la dejé. No hay día en el que no me arrepienta.

—Es guapísima —comenta Pippa, sin apartar la vista de Julia—. Aunque no creo que ese chico sea su novio.

La miro sorprendido por su comentario. Los he visto tan compenetrados, con esa naturalidad que tienen las parejas cuando están bien, que me cuesta creer lo que dice.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, manteniendo mi tono lo más neutral posible.

Pippa se encoge de hombros, sin quitar la vista de ellos.

—No sé, intuición femenina, supongo. Él es un poco... —hace una pausa, buscando la palabra adecuada—. Infantil. No parece el tipo de chico que Julia elegiría para algo serio. Además, su actitud, cómo decirlo... es demasiado relajada. No me transmite esa vibra de *somos pareja* —Veo que hace el gesto de las comillas—. No sé exactamente qué es, pero los noto forzados.

Sorprendido, miro a Julia de nuevo, que ahora se inclina hacia Alex, riendo por algo que él ha dicho. Él la toma de la mano y la gira, como si estuvieran en una película, y ella se deja llevar, coqueteando como si estuvieran solos en el mundo. Mi corazón se encoge. Pippa podría tener razón, pero lo que estoy viendo parece tan real, que no puedo evitar sentirme descolocado.

—Puede ser, aunque tal vez sea que llevan poco tiempo y aún tontean, ¿no? —murmuro, aunque no estoy convencido. Parte de mí quiere creer que Pippa tiene razón, que todo esto es una farsa, pero la otra parte, la parte de mí que sigue herida por todo lo que pasó, no quiere hacerse ilusiones. No quiero que el dolor me impida ver la realidad.

Julia y el chico se levantan de la tumbona, aún riendo, y se alejan hacia el bungalow. La risa de

Julia resuena en mis oídos, y me cuesta apartar la mirada. Algo dentro de mí se remueve, algo que he intentado mantener enterrado durante todo este tiempo.

—Ryan, ¿por qué no intentas hablar con ella? —Pippa me mira, con una sonrisa comprensiva—. No puedes seguir así, observando desde la retaguardia y sufriendo sin saber qué pasa en realidad.

—¿Por qué dices eso? No estoy sufriendo —respondo con un tono más cortante de lo que pretendía, pues no he querido contarle nada. Aunque parece que soy transparente para ella—. ¡Y tampoco observo tanto!

—Claro que no —dice, levantando una ceja con escepticismo—. Pero lo que quiero decir es que, si hay algo que necesitas resolver con ella, ahora es el momento. No puedes dejar que te siga afectando así. Puede que dejaraís cosas sin resolver.

Me quedo en silencio, sin saber qué responder. Pippa tiene razón, pero la idea de hablar con Julia y exponerme a todo lo que podríamos desenterrar, me asusta demasiado. Además, no quiero meterme en medio de una pareja que parece feliz, diga Pippa lo que diga.

—Vamos, no te preocupes por mí —añade, con un tono ligero—. Sabes que estoy aquí para apoyarte, sea lo que sea lo que decidas hacer.

La miro, agradecido por su comprensión. Pippa siempre ha sido directa, pero también ha sabido cuándo darme el espacio que necesito. Nos levantamos y nos dirigimos de vuelta al bungalow para cambiarnos antes del *lunch* de bienvenida que Florence y su prometido, Frank, han organizado. El sol brilla intensamente y el calor tropical comienza a hacerse sentir en mi piel. Mientras caminamos, no puedo evitar volver a pensar en Julia, en lo que diría si supiera lo que estoy sintiendo en este momento.

Al llegar al bungalow, Pippa se lanza al baño para ducharse primero, mientras yo me quedo contemplando la vista desde la ventana. El mar turquesa se extiende ante mí, pero mi mente está en otro lugar. En otra época. Cierro los ojos por un momento, dejando que los recuerdos fluyan. Las risas, los abrazos, los momentos de complicidad que compartí con Julia. Y luego, el dolor, la ruptura, y la sensación de que algo se había roto dentro de mí para siempre.

El sonido de la ducha se detiene, y Pippa sale envuelta en una toalla demasiado pequeña, con su habitual confianza. Me lanza una sonrisa mientras se dirige a vestirse.

—Tu turno, guapo —me dice, guiñándome un ojo.

Me meto en la ducha, dejando que el agua fría me despeje un poco la mente. Pero no importa cuánto lo intente, la imagen de Julia no desaparece. Al acabar, me visto con una camisa de lino blanca y unos pantalones cargo beige, y trato de parecer relajado, aunque por dentro me siento como un nudo de nervios.

El *lunch* se lleva a cabo en un salón al aire libre, rodeado de jardines tropicales. Las mesas están decoradas con flores exóticas y velas que parpadean suavemente bajo la brisa marina. Florence, como siempre, está en el centro de todo, asegurándose de que cada detalle sea perfecto. Es una perfeccionista, pero también es la mejor amiga que podría pedir. Sabe leerme como nadie, y sé que no tardará en abordar el tema de Julia.

—¡Ryan! —grita Florence, corriendo hacia mí con una sonrisa radiante—. ¿Estás listo para la semana más increíble de nuestras vidas?

—Lo que tú digas, Florence —le respondo, devolviéndole la sonrisa y abrazándola con fuerza.

—Necesito hablar contigo —dice en voz baja, mientras nos separamos del bullicio de la fiesta.

Nos dirigimos a una zona más tranquila, bajo una pérgola cubierta de flores, donde la música y las risas llegan amortiguadas por la vegetación. Florence me mira con esa expresión que siempre ha tenido, la que dice que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—¿Cómo estás llevando lo de Julia? —me pregunta sin rodeos.

—Bien... o eso intento —respondo, pasándome una mano por el pelo—. No esperaba verla así, tan... feliz.

—Lo sé —dice ella comprensiva—. Pero tienes que entender que la vida sigue, Ryan. Ella ha seguido adelante y tú también deberías hacerlo.

—Sí, pero no es tan fácil. No cuando veo que está con otro tipo y parece que todo lo nuestro nunca hubiera importado.

—Ryan, sabes que eso no es cierto —responde, mirándome con intensidad—. Lo que tuvisteis fue real y maravilloso, pero las cosas cambian. Y tal vez, esto sea lo mejor para ambos. Esta semana va a ser una gran prueba para ti.

Me quedo en silencio, absorbiendo sus palabras. Florence siempre ha sido la voz de la razón en mi vida, pero esta vez, su consejo me duele más de lo que esperaba. Ella fue la que nos presentó porque son primas y sabe todo de nuestra vida en pareja.

—Además —añade, con una sonrisa—, ¿quién dice que esto es definitivo? El futuro es incierto, Ryan. Quizá solo necesitéis tiempo. Pero, por ahora, disfruta de la semana, ¿vale? Es mi boda y quiero verte sonreír.

Florence me da un beso en la mejilla antes de volver al bullicio de la fiesta, dejándome solo con mis pensamientos. Miro alrededor, viendo a todos disfrutar del momento, y me pregunto si alguna vez podré hacer lo mismo. La boda que soñé con Julia era como esta y eso me provoca algo de envidia, no lo voy a negar. Vuelvo a la mesa, donde Pippa me espera, luciendo espectacular como siempre. Sonríe al verme, pero sus ojos reflejan preocupación.

—Todo bien —le digo antes de que pueda preguntar—. Ya sabes, Florence y sus cosas.

—Me alegro —responde ella, dándome una palmada en la espalda—. Ahora, ¿qué tal si disfrutamos un poco de esta fiesta? Estoy segura de que podemos encontrar algo divertido que hacer.

Pero mi mente sigue en Julia, en lo que vi en la piscina, en lo que Florence me ha dicho. Pippa me arrastra hacia la barra de cócteles, y aunque intento seguirle el ritmo, mi cabeza está en otro lugar.

El sol se pone en el horizonte, y las luces de la fiesta empiezan a brillar con más intensidad. El ambiente es perfecto, pero yo sigo sintiendo que falta algo. Pippa parece notarlo, porque de repente se detiene y me mira con esos ojos que todo lo entienden.

—Ryan, sea lo que sea que esté pasando por tu mente, quiero que sepas que soy tu amiga. No importa lo que decidas hacer, siempre tendrás mi apoyo y sabes que puedo retirarme cuando lo necesites.

Le agradezco con una sonrisa y la beso en los labios, aunque sé que no es suficiente para expresar lo que realmente siento. Pippa es increíble, pero en este momento, no sé si puedo soportar todo lo que estoy sintiendo a la vez.

Los novios toman el micrófono para agradecernos a los asistentes que hayamos cogido una semana de vacaciones para estar con ellos y nos anuncian las actividades programadas. Esta noche hay una cena para todos y mañana se celebrará una gincana por el hotel. Esta tarde nos la dan libre para que los que acaban de llegar se acomoden. Le hago un gesto a Pippa, y ambos nos dirigimos de vuelta al bungalow.

Tras entrar, mientras Pippa se quita los zapatos, yo me dirijo a la ventana y observo el mar turquesa. Los pensamientos me atormentan, y no puedo evitar pensar en lo que Florence me ha dicho. El futuro es incierto, sí, pero lo que siento ahora es presente, y no sé si puedo seguir fingiendo que no me afecta. ¿Por qué debería mentir?

Y justo cuando creo que he encontrado un momento de paz, escucho un suave golpe en la puerta. Mi corazón se acelera, y antes de que pueda reaccionar, Pippa me lanza una mirada curiosa.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

—No... —respondo, caminando hacia la puerta con el estómago revuelto.

Abro la puerta y siento una gran decepción al ver que es Frank y no Julia. No sé por qué mi mente quiso creer que sería ella. ¿Qué esperaba, que se echara a mis brazos pidiéndome perdón?

—Ryan, tío, ¿estás bien? Parece que hayas visto un fantasma. Oye, que unos cuantos vamos a bucear, ¿te vienes?

CAPÍTULO 6

Julia

El bungalow está en silencio, algo que debería agradecer y aprovechar para descansar, pero en lugar de eso, me hace sentir más sola que nunca. Alex se ha ido a bucear, dejándome a solas con mis pensamientos. La imagen de Ryan con esa rubia sigue rondando en mi cabeza, y ni siquiera recuerdo su nombre. Es ridículo lo mucho que me afecta, pero no puedo evitarlo.

Me tumbo en la cama, mirando las vueltas que da el ventilador del techo, intentando aclarar mis pensamientos. Desde que llegué aquí, todo lo que había planeado se ha ido desmoronando. No esperaba ver a Ryan tan pronto y, mucho menos, verlo tan relajado, como si nuestra historia no hubiera significado nada, y con una pareja tan espectacular.

Un golpeteo en la puerta interrumpe mi ensimismamiento. Me levanto, esperando a Alex, pero cuando abro, me encuentro con una de las coordinadoras de la boda.

—Señorita Sinclair, sus tíos han llegado junto a más miembros de la familia. Están esperándola en la terraza del hotel —dice con una sonrisa.

Mi corazón se aprieta. Desde que mis padres murieron, mis tíos, los padres de Florence, han sido mi refugio, mi ancla. Verlos siempre es una mezcla de alegría y dolor, porque me recuerdan lo que he perdido y lo que aún tengo. Trato de sacudirme el malestar, consciente de que no puedo dejarlos esperando.

—Gracias, voy para allá —le respondo, sonriendo para ocultar la agitación que siento.

Me arreglo rápidamente, eligiendo un vestido de tirantes en tonos azules que sé que a mi tía Brenda le encantará. Su aprobación siempre ha sido importante para mí, y hoy no es la excepción. Camino hacia la terraza, rodeada de la exuberante vegetación tropical, que más que refrescarme, me produce una creciente ansiedad.

Al llegar, los veo de inmediato. Mis tíos, Brenda y Henri, están conversando animadamente con otros familiares. Mi tía, con el cabello corto y gris que siempre le da un aire de elegancia, es la primera en verme. Sus ojos verdes se iluminan al reconocermela y, en un segundo, me envuelve en un abrazo cálido.

—¡Julia, mi niña! —exclama, apretándome contra ella—. Qué alegría verte. ¡Estás tan guapa!

—Tía Brenda —respondo, devolviéndole el abrazo con una sonrisa—. Qué gusto verte. Os he echado tanto de menos.

—Y nosotros a ti, cariño —dice, apartándose un poco para mirarme—. Pero dime, ¿dónde está ese novio tan guapo del que nos ha hablado Florence?

La pregunta me pilla desprevenida, aunque debería haberla esperado. Miento entre dientes, intentando que no se note lo mucho que me pesa hacerlo.

—Alex, se llama Alex. Está buceando ahora mismo con los chicos —respondo con fingida naturalidad—. Le encanta el mar, ya sabes. Luego te lo presento.

—¿Buceando? —interviene mi tío Henri, uniéndose a la conversación—. Es genial saber que le gustan las aventuras. Florence nos ha dicho que es un chico encantador.

La mentira se hace más pesada con cada palabra que pronuncio, especialmente porque no quiero engañarlos a ellos. Mis tíos han sido como unos segundos padres para mí y la idea de mentirles me agobia. Quiero cambiar de tema, pero no sé cómo.

—Sí, es un lugar precioso, y Alex está encantado con todo —digo, forzando una sonrisa.

Nos sentamos en la terraza, y trato de participar en la conversación mientras la culpa sigue revoloteando a mi alrededor. Me esfuerzo por prestar atención a sus historias sobre el viaje, pero mi mente sigue volviendo a la mentira que he tenido que decir.

De repente, la tía Charlotte, siempre tan cotilla, se inclina hacia mí con una sonrisa pícaro.

—Julia, cariño, cuéntenos más sobre Alex. ¿Cómo os conocisteis?

Siento como si el suelo se abriera bajo mis pies. No puedo darme el lujo de dudar, así que improviso, tratando de sonar convincente, siguiendo el guion que inventamos el primer día.

—Nos conocimos en Nueva York, gracias a Fiona. Salimos a cenar varias veces, y poco a poco, la cosa se fue dando —respondo, con una sonrisa que espero que parezca natural.

Mi tía asiente, aparentemente satisfecha con la respuesta, pero me equivoco.

—¿Qué habrás visto en él? Con lo buen chico que era Ryan. Que, por cierto, está guapísimo. ¿Lo has visto? Bueno —sigue sin dejarme contestar—, ¿y cuándo te casas? Ya que no le diste esa alegría a tu madre, al menos dánosla a nosotras.

Me ruborizo entera por ese comentario que me llena de ira y tristeza. Mis padres soñaban con una boda como la de Florence para mí y ni eso fui capaz de darles.

Mi tía Brenda me lanza una mirada inquisitiva, como si pudiera ver a través de mis mentiras. Ella siempre ha tenido ese don para detectar cuando algo no va bien.

—Charlotte, ya habrá tiempo para eso. Se están conociendo —le dice a mi tía para que me deje tranquila y yo se lo agradezco con la mirada.

—Y dime, Julia —Sigue Brenda en voz baja, apartándose un poco del grupo—, ¿estás bien? Parece que hay algo que no me estás contando. No te veo feliz.

Mi corazón late con fuerza, y por un segundo, considero decirle la verdad, pero no puedo hacerlo. Lo estropearía todo.

—Estoy bien, tía. Solo es... que todo esto es un poco abrumador —respondo, evitando su mirada.

—Lo entiendo, cariño —dice ella, apretando mi mano—. Solo quiero que seas feliz, y que sepas que estamos aquí para lo que necesites, pase lo que pase.

—Gracias, tía —le digo en un susurro, sintiendo cómo la culpa me consume.

Pasamos un rato más charlando de otras cosas, pero finalmente me despido, sintiendo que necesito un momento para mí. Cuando por fin llego al bungalow, el silencio me envuelve de nuevo.

Me vuelvo a tirar en la cama, agotada tanto física como emocionalmente. Todo este teatro me está agotando, y no sé cuánto tiempo más podré mantenerlo. Me doy la vuelta, intentando encontrar una posición cómoda, pero mi mente sigue trabajando a mil por hora. Entonces, escucho un golpe en la puerta del bungalow. Mi corazón da un vuelco, y por un instante, me pregunto si será Alex que ha vuelto antes de lo previsto. O peor, Ryan. No, no puede ser. ¿Para qué iba a buscarme teniendo un *pibón* en su cuarto? Me acerco a la puerta con cautela, tratando de preparar una sonrisa para quienquiera que esté al otro lado. Abro la puerta, y en lugar de Alex o Ryan, me encuentro con... Florence.

—¡Sorpresa! —exclama, riendo mientras se lanza a abrazarme—. Me ha dicho mamá que estabas aquí. ¡Estaba deseando verte a solas! Tenemos tanto de qué hablar...

Mi tensión se disuelve al verla. Es justo la distracción que necesitaba, alguien con quien puedo ser yo misma sin tener que fingir. La abrazo con fuerza, sintiendo que, al menos por un momento, puedo dejar de lado el peso de las mentiras y simplemente disfrutar del momento.

—¡Flo, qué alegría verte! —le digo, riendo—. Pasa, pasa. Tenemos que ponernos al día.

Florence entra y, mientras se acomoda en el sofá, noto que su energía es tan contagiosa como siempre. Su entusiasmo por la boda, por todo lo que está viviendo, es contagioso, y me dejo llevar por su alegría.

—Pero dime, Julia —dice de repente, con una sonrisa traviesa—, ¿cómo va todo con Alex? Me muero de curiosidad por saber más. Está buenísimo. ¿Has visto como lo miran todas? Ten cuidado no te lo vayan a quitar...

Su pregunta me toma por sorpresa, pero no me molesta. Después de todo, es Florence, mi prima, mi confidente. Y aunque no puedo decirle la verdad completa, al menos con ella puedo relajarme un poco.

—Pues... Alex está siendo todo un caballero —respondo, sabiendo que al menos eso no es una mentira—. Pero ya sabes, estas cosas siempre tienen sus altibajos.

—¿Altibajos? —pregunta, arqueando una ceja—. ¡Vamos, Julia! No me vengas con evasivas. Necesito los detalles jugosos.

Río, sacudiendo la cabeza y, por un momento, siento que la presión en mi pecho disminuye. Puede que esté atrapada en esta situación complicada, pero al menos tengo a Florence para hacerme olvidar las cosas durante un rato.

—Está bien, está bien —cedo, levantando las manos en señal de rendición—. Te prometo que te contaré todo lo que quieras saber... pero antes, ¿por qué no me cuentas qué tal van los preparativos de la boda?

Y así, mientras Florence se lanza a contarme todo sobre la boda, me permito, al menos por un rato, olvidar a Ryan, la rubia y las mentiras, y simplemente disfrutar de la compañía de mi prima. Pero en el fondo, sé que esta paz es temporal, y que los malentendidos y las complicaciones

están lejos de resolverse.

CAPÍTULO 7

Ryan

El agua cristalina de Bora Bora es un refugio para mis pensamientos. Bucear siempre me ha ofrecido una sensación de calma, una especie de paz que no encuentro en la superficie. Hoy, sin embargo, esa tranquilidad se ve empañada por la presencia de Alex, el tipo que ha conquistado el corazón de Julia, y que Frank me ha vuelto a presentar. Mientras descendemos juntos en el agua, no puedo evitar observarlo. Su entusiasmo es pueril, como un niño en una tienda de caramelos, y eso me hace preguntarme cómo alguien así puede haber enamorado a Julia.

Durante la inmersión, Alex se comporta con la misma actitud desenfadada que mostró en la piscina. Hace piruetas bajo el agua, gesticula exageradamente para llamar la atención de los demás y, en un momento dado, incluso se pone a jugar con un pez globo como si fuera un balón de fútbol. Me cuesta creer que este sea el hombre que Julia ha elegido, pero al mismo tiempo, si él la hace feliz, ¿quién soy yo para juzgar?

Después de un buen rato explorando los arrecifes, comenzamos a ascender. Todos los chicos que hemos venido juntos a bucear estamos de buen humor, bromeando y comentando lo que hemos visto bajo el agua. Pero a pesar del ambiente desenfadado, mi mente sigue dándole vueltas a la idea de que Alex no parece ser el tipo de hombre con el que Julia se comprometería. Sin embargo, trato de apartar esos pensamientos. No es mi vida, ni mi decisión.

Al llegar al centro de buceo, dejamos el equipo y recogemos nuestras cosas en el vestuario. Regreso al hotel con Frank y los demás, menos Alex que se queda un poco rezagado, charlando con uno de los instructores. Yo me acerco a la salida, pero justo cuando estoy a punto de irme, me doy cuenta de que me he dejado mi gorra favorita en uno de los bancos del vestuario. Maldigo en voz baja, dándome la vuelta para volver a por ella. Cuando salgo del vestuario con la gorra en la mano, algo me llama la atención al otro lado del centro de buceo. Me detengo en seco, mis ojos se enfocan en una escena que no debería estar viendo. Alex está al otro lado del pequeño muelle, besándose apasionadamente con una chica que, evidentemente, no es Julia. Ella tiene el cabello oscuro, largo y ondulado, y su cuerpo se ajusta perfectamente al de Alex, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Él la devora con ansia, mientras ella le frota el paquete con la mano. Mi primera reacción es la incredulidad. ¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo? Me acerco un poco más, tratando de confirmar lo que mis ojos me muestran. Sí, no hay duda. Es Alex y no está simplemente coqueteando. Está completamente envuelto en ese beso, como si todo lo demás no existiera. Miro a mi alrededor, asegurándome de que nadie me vea observándolos, y luego me retiro en silencio, dejando que la imagen se grabe en mi mente.

El regreso al hotel se me hace eterno. Mi mente está en ebullición, tratando de procesar lo que acabo de ver. ¿Qué significa esto? ¿Es Alex un mujeriego que está jugando con Julia, o hay algo

más en esta historia? Una parte de mí quiere ir a por él, pedirle explicaciones, pero sé que no es mi guerra. No debería meterme, no tengo derecho. Y, sin embargo, no puedo dejar de sentir una punzada de preocupación por Julia. ¿La está engañando? ¿Cómo de seria es su relación?

Cuando por fin llego al bungalow, Pippa está sentada en la terraza, disfrutando de un cóctel tropical y una novela de Scarlett Simmons, su autora preferida. Su cabello rubio brilla bajo el sol, y su sonrisa es tan despreocupada como siempre. Me acerco, tratando de mantener la calma, pero sé que ella me conoce demasiado bien para dejarlo pasar.

—Ryan, ¿qué te pasa? —pregunta en cuanto me ve—. Menuda cara traes... ¿Algo no ha ido bien en la inmersión?

Me siento a su lado, y tomo una respiración profunda antes de responder.

—No, la inmersión fue bien. Es solo que... —hago una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Creo que he visto algo que no debería haber visto.

Pippa me mira con curiosidad, dejando su libro a un lado.

—¿Qué has visto? ¿A qué te refieres?

—Alex —respondo, fijando mi mirada en el horizonte—. Estaba besándose con otra chica. No sé quién es, pero no era Julia, eso seguro.

Pippa se queda en silencio unos segundos, procesando lo que acabo de decir. Luego, sus ojos se ensombrecen.

—¿Estás seguro de lo que viste? —pregunta, aunque su tono sugiere que ya sabe la respuesta.

—Totalmente seguro —respondo, con voz tensa—. No sé qué hacer, Pippa. No quiero meterme, pero si está engañando a Julia, ¿no debería saberlo?

Pippa suspira, mirándome con una mezcla de compasión y frustración.

—Es complicado, Ryan. Por un lado, tienes razón. Si Alex está siendo infiel, Julia merece saberlo. Pero también es cierto que no te corresponde interferir. Podría pensar que lo dices por celos. Esto podría complicar mucho las cosas, especialmente si te equivocas en algo.

—No me estoy equivocando, Pippa. Era él. Lo vi claramente.

Ella asiente, comprendiendo la gravedad de la situación. Se queda pensativa por un momento, antes de volver a hablar.

—Mira, no hagas nada precipitado. Tómame un tiempo para pensar en cómo gestionar esto. No puedes simplemente soltarle esto a Julia sin más. Si lo haces, podrías fastidiar en vez de ayudar.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras él la engaña? —pregunto con frustración.

—No, no te estoy diciendo que lo ignores. Solo digo que necesitas un plan. Tal vez deberías hablar con él primero, tratar de entender qué está pasando antes de hacer cualquier cosa.

Asiento lentamente, sabiendo que Pippa tiene razón, pero sintiendo una creciente inquietud en mi interior. La idea de hablar de esto a Alex me revuelve el estómago, pero quizá sea lo correcto. Necesito saber la verdad, por el bien de Julia.

—Está bien —digo finalmente—. Hablaré con él. Pero si lo que sospecho es cierto, Julia tiene que saberlo. No puedo dejar que siga engañada.

—Te dije que no veía clara esa relación, ¿lo recuerdas?

—Sí..., oye, puede que si hablo con él, Julia se enfade por no haber acudido a ella. ¡Es demasiado complicado!

—¿Y Florence? —responde Pippa, tomando mi mano y dándome un apretón reconfortante

—No, ella solo debe centrarse en la boda. Ya tiene mucho de qué preocuparse.

Nos quedamos en silencio de nuevo para sopesar la situación, observando el sol que comienza a ponerse en el horizonte, pensando cómo proceder. El cielo va cambiando el color conforme llega el atardecer, y el mar refleja esos colores trayendo calma. Debería sentirme en paz en un lugar como este, pero en vez de eso, solo siento una creciente preocupación.

El resto de la tarde pasa en un borrón de pensamientos y dudas. No sé si debo abordar a Alex, ni siquiera sé qué esperar de esa posible conversación. Puede que lo reconozca y puede que no y sea peor. Pero lo que sí sé es que no puedo quedarme quieto. Julia merece la verdad, por muy dolorosa que sea.

Entramos a la habitación para arreglarnos para la cena. Nos han dicho que es informal, así que me visto con unos vaqueros y una camisa azul cobalto con las mangas arremangadas por debajo del codo. Cuando Pippa sale de la ducha, con esa toalla mini que le gusta usar, se detiene frente a mí y, sonriendo, me dice:

—Tengo un plan.

CAPÍTULO 8

Julia

La cena está en pleno apogeo cuando Alex y yo llegamos al salón, algo rezagados porque él volvió tarde de la inmersión. Al entrar, noto que todas las miradas se vuelven hacia nosotros sin disimulo. Alex, con su sonrisa despreocupada y su energía infantil, parece no darse cuenta de la atención que atraemos. Lleva una camisa blanca de lino, desabrochada justo lo suficiente para dejar entrever su pecho, y unos pantalones beige que resaltan su bronceado. Se ve relajado, como si nada en el mundo pudiera perturbar su felicidad.

Yo, en cambio, no puedo evitar sentirme un poco nerviosa. He optado por un vestido de seda azul turquesa, que cae suavemente sobre mis curvas, con un escote discreto y algo sensual. El color resalta el tono dorado de mi piel, y la falda de vuelo se mueve con cada paso, dándome una sensación de libertad que contrasta con la tensión que llevo dentro.

El salón donde se lleva a cabo la cena es impresionante. Las paredes están adornadas con paneles de madera oscura que contrastan con las luces cálidas que cuelgan del techo, creando un ambiente íntimo y elegante. Las mesas, dispuestas en círculos, están decoradas con centros de mesa de flores tropicales que añaden un toque de color al blanco de los manteles y de la vajilla. A través de los ventanales, la vista del mar iluminado por la luna es de una belleza que deslumbra.

Nos dirigimos a nuestra mesa, donde veo a Ryan sentado junto a Pippa, que está espectacular con un vestido rojo ajustado que resalta cada una de sus curvas, y un escote tan generoso que atrae todas las miradas. El pelo rubio, totalmente liso, cae relajado sobre sus hombros, y sus labios pintados de un tono carmesí contrastan con su piel bronceada. Al otro lado de la mesa, Frank y Florence están inmersos en una conversación animada, pero en cuanto nos acercamos, todos levantan la vista para saludarnos.

—¡Alex! —exclama Frank, levantando su copa—. Por fin llegas. Ya creíamos que te habías quedado a vivir en el arrecife.

—¡No podría! —responde Alex, riendo mientras se sienta a mi lado—. Aunque no voy a mentir, la idea es tentadora.

Mientras nos acomodamos, noto que Ryan evita mirarme directamente. Su expresión está tensa y, aunque intenta participar en la conversación, se nota que algo le incomoda. Me pregunto si tendrá que ver conmigo o si, simplemente, está cansado después de pasar la tarde buceando.

—Me encontré con Ryan durante la inmersión —me dice Alex, inclinándose hacia mí—. Es un tipo majo. Hemos hablado un poco.

—¿Ah, sí? —respondo, tratando de parecer indiferente, aunque por dentro, el hecho de que hayan interactuado me provoca una extraña mezcla de emociones.

Mientras la cena avanza, aunque el ambiente en la mesa es animado, no logra quitarme la sensación de que hay una gran tensión subyacente. Pippa, sentada al lado de Alex, parece particularmente interesada en él. Lo noto en la forma en que lo mira, en cómo sus dedos rozan casualmente su brazo cuando le habla, y en las sonrisas que intercambian. Es un coqueteo sutil, pero evidente para cualquiera que preste atención. Y por supuesto, Alex, que no pierde ocasión para asomarse al escote de Pippa, encantado de que le hagan ese tipo de caso. Ryan, por su parte, parece cada vez más incómodo y, aunque trata de disimularlo, sus ojos no dejan de moverse entre Alex y Pippa, como si estuviera tratando de averiguar lo que está pasando. Yo también empiezo a sentirme inquieta, especialmente cuando, en medio de la conversación, noto un ligero movimiento debajo de la mesa.

Al principio, no le doy importancia, pensando que es mi imaginación. Pero cuando el movimiento se repite, me doy cuenta de que es real. Bajo la mesa, las piernas de Alex y Pippa están demasiado cerca, rozándose de una manera que no puede ser accidental. Mi corazón se acelera, y una sensación de horror se apodera de mí. Me agacho para coger la servilleta que he tirado con disimulo como excusa para echar un vistazo debajo de la mesa. Lo que veo me deja sin aliento. Las piernas de Alex y Pippa están entrelazadas de una manera que es cualquier cosa menos inocente. La evidencia es clara y no sé cómo procesarlo.

Me enderezo rápidamente, intentando mantener la compostura. Mi mente está en caos, y no sé cómo gestionar esta situación. No quiero montar una escena, pero tampoco puedo ignorar lo que acabo de ver. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Increpar a Alex ahora mismo? ¿Esperar a que estemos a solas? Y Pippa... ¿Cómo se atreve a coquetear con él delante de mí y de Ryan?

La cena sigue sin que nadie parezca darse cuenta del tsunami que se desarrolla en mi interior. Apenas puedo probar bocado. Siento una mezcla de rabia y tristeza que amenaza con desbordarse en cualquier momento. Cada vez que Alex se inclina hacia Pippa para decirle algo, o cuando ella ríe en respuesta, es como una puñalada en mi corazón. Ryan, sentado frente a mí, parece igual de perturbado. Me pregunto si habrá notado lo mismo que yo o si simplemente está preocupado por otra cosa.

Cuando por fin la cena termina y todos se levantan para ir al salón de cócteles, decido que no puedo seguir fingiendo. Me acerco a Alex y le digo en un susurro:

—Necesito hablar contigo. En privado.

Él me mira sorprendido, pero asiente, dándose cuenta de que algo no va bien.

—Claro, Julia. Vamos.

Nos dirigimos hacia una de las terrazas del salón, lejos del bullicio de la fiesta. El aire fresco de la noche me ayuda a calmarme un poco, pero mi mente sigue dando vueltas, tratando de encontrar las palabras para lo que tengo que decir.

—Alex, ¿qué crees que estás haciendo? —le espeto, sin poder contener más mi enojo—. Te he visto coqueteando con Pippa toda la noche. ¡Y no me digas que no ha pasado nada, porque lo he visto con mis propios ojos! Se supone que eres mi pareja y me estás dejando en evidencia.

Él se queda boquiabierto. Seguramente no se esperaba que fuera tan directa. Intenta balbucear

alguna excusa, pero no le doy tiempo.

—¡Lo he visto todo, Alex! —le digo con la voz temblorosa por la furia—. ¿A qué clase de juego estás jugando? No te pago para que ligan con otras, y menos aún con la pareja de mi ex —añado en voz baja. Solo faltaba que se enteraran todos de que Alex no es mi novio real.

—Julia, por favor... No es lo que parece —intenta explicarse, pero su tono no me parece convincente.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es? —le respondo, cruzando los brazos mientras lo miro fijamente.

Alex parece a punto de decir algo, pero en lugar de eso, se detiene y su mirada se desliza más allá de mi hombro. Una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios, lo que me hace fruncir el ceño.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, sintiendo que mi paciencia se agota.

—No digas nada, pero creo que tenemos compañía —susurra Alex, inclinándose hacia mí, tan cerca que sus labios casi rozan mi oído.

—¿De qué estás hablando? —le respondo en un tono bajo, aunque el hecho de tenerlo tan cerca me pone nerviosa y siento que un cosquilleo se instala entre mis ingles.

—Ryan —susurra, con una sonrisa de complicidad—. Nos está mirando desde lejos, justo al otro lado de la terraza.

Mi corazón da un vuelco. Miro a Alex a los ojos, tratando de averiguar si está bromeando o no, pero su expresión es seria, aunque divertida. Antes de que pueda detenerlo, se inclina un poco más, y sus labios rozan mi mejilla, alterando más mis terminaciones nerviosas.

—¿Qué estás haciendo? —digo algo confundida y molesta, empujándolo ligeramente. Mis manos perciben los músculos de su pecho y las aparto con rapidez. Esto no está bien.

—Tranquila, Julia —responde él, con una mirada pícaro, mientras me acaricia la mejilla con el dedo pulgar—. Solo estoy haciendo que todo esto parezca más creíble. Si Ryan piensa que estoy locamente enamorado de ti, será más fácil para nosotros. Además... —añade con una sonrisa de niño travieso—, tú no estás nada mal, pero que nada mal. Porque no quieres, que si no...

Siento el calor subir a mis mejillas al oír sus palabras, y me maldigo internamente por ruborizarme en un momento así. Alex es guapo, qué digo, está muy bueno, pero este no es el momento ni el lugar para que él trate de besarme incumpliendo su contrato.

—Alex, por favor, esto es ridículo —murmuro, apartando la cara y cruzando los brazos nuevamente—. No necesito que me beses para que esta farsa funcione.

—¿No? —dice él, arqueando una ceja—. Entonces nadie se creerá que soy tu novio si nunca te toco. Además, me pareció que me correspondías.

Lo miro fijamente, tratando de ignorar el hecho de que tiene razón. Pero antes de que pueda responderle, cuando él ya tiene una mano sobre mi nuca y su mirada fija en mis labios para besarme, escucho una voz a lo lejos que interrumpe el momento.

—¡Por favor, todos al salón principal! Vamos a anunciar el programa para mañana —grita uno de los organizadores de la boda desde la entrada del salón.

Sus palabras son suficientes para romper la tensión. Me enderezo y, sin decir una palabra más,

empiezo a caminar hacia el salón, cogida de la mano de Alex. Mi mente sigue girando en torno a lo que acaba de pasar, pero trato de enfocar en lo que viene a continuación. Al entrar en el salón, noto que todos los invitados están reuniéndose alrededor del centro de la sala, donde Florence y Frank se han colocado junto a un gran tablón de anuncios. Florence sostiene un micrófono, y pienso que no sé de dónde saca tanta energía para seguir como si nada a estas horas de la noche.

—¡Atención, atención! —exclama mi prima con una sonrisa radiante—. Estamos a punto de anunciar el evento más esperado del fin de semana: nuestra gran gincana de parejas.

Un murmullo de emoción recorre la sala y, aunque trato de concentrarme en lo que Florence está diciendo, no puedo evitar sentir la mirada de Alex sobre mí. Me giro para mirarlo, y él me dedica una sonrisa que parece decir: «Te lo dije». Siento que me estoy enredando en algo que no tengo controlado, y eso me desconcierta.

—Mañana por la mañana, todas las parejas participarán en una serie de desafíos por todo el *resort* —continúa Florence, señalando el tablón donde se ven fotos del lugar—. Será una oportunidad para reírnos, competir y, por supuesto, para que todos os conozcáis mejor. Porque..., redoble de tambores —dice haciendo el gesto—, después del desayuno sortharemos las parejas.

Un murmullo crece en el salón.

—Sí —continúa—, no participaréis con la pareja que elijáis, si no con quien os toque. Pero hasta mañana no sabréis quién será —sonríe satisfecha.

A medida que Florence explica los detalles del evento, mis pensamientos siguen volviendo a lo que pasó con Alex hace apenas unos minutos. Me pregunto si realmente fue solo una táctica para convencer a Ryan, o si había algo más detrás de su intento de besarme, ya que no ha sido la primera vez. No puedo evitar sentirme un poco intrigada y, lo que es peor, un poco halagada. Alex es un hombre atractivo, y aunque sé que lo nuestro es una farsa, no puedo negar que parte de mí está disfrutando más de lo que debería.

Por otro lado, me pregunto qué pasaba con Pippa. ¿También quiere tirársela a ella? Este tío es tremendo. O va a por todas o no lo entiendo.

Florence termina de explicar las reglas de la gincana, y el entusiasmo en la sala crece. Todos están ansiosos por competir, y el ambiente se llena de risas y comentarios sobre quiénes serán las parejas más competitivas.

—Esto va a ser divertido —susurra Alex a mi oído, interrumpiendo mis pensamientos.

—Si tú lo dices... —respondo, sin poder evitar una pequeña sonrisa—. Por mí, me quitaba de la lista de participantes ya.

—Y tranquila —añade él, guiñándome un ojo—, no volveré a intentar besarte... a menos que me lo pidas, claro. O si la situación lo requiere. Recuerda que soy un...

—...profesional, sí, lo sé —hago una mueca de hastío.

Lo miro, tratando de mantenerme seria, pero su actitud desenfadada me arranca una pequeña risa. Por primera vez desde que llegamos aquí, me planteo qué pasaría si bajo la guardia y dejo que las cosas ocurran. A ver si después de todo, esta semana no va a ser tan mala como pensaba.

El día siguiente llega con una luz tenue que apenas logra atravesar las cortinas del bungalow. Me despierto con la sensación de que la noche anterior fue una especie de mal sueño, pero al recordar lo que pasó, la realidad me golpea de nuevo con fuerza. Me levanto, me ducho y me visto con un *short* vaquero y una camiseta de tirante ancho, con el bikini debajo, para ir cómoda a la gincana.

No tengo que esperar mucho para encontrarme con Alex, que había salido a correr. Apenas he salido del baño cuando lo veo entrar, con su actitud despreocupada y su sonrisa que en otras circunstancias me habría derretido. Pero ahora, solo me provoca un dolor sordo en el pecho.

—Julia, tenemos que hablar. He estado pensando en lo de la cena —dice en cuanto me ve, con una expresión más seria de lo habitual en él.

—Sí, lo sé —respondo, sintiendo cómo la tensión se apodera de mi cuerpo.

Nos dirigimos hacia un rincón de la terraza, donde el sonido de las olas es lo único que nos rodea. Me siento en un banco de madera, y él se sienta a mi lado, aunque manteniendo una distancia que nunca antes había existido entre nosotros.

—Anoche... —comienza, pero yo lo interrumpo.

—No, Alex, déjame hablar primero —le digo, fijando mi mirada en la suya—. Te vi con Pippa, y no sé qué demonios estabas pensando, pero lo que hiciste fue una falta de respeto hacia mí, hacia Ryan, y hacia todo lo que estamos tratando de hacer aquí.

Él baja la cabeza, visiblemente avergonzado.

—Julia, lo siento. De verdad, no fue mi intención que las cosas se salieran de control. Solo... solo estaba tratando de ser majo, de hacerme amigo de tus amigos, pero supongo que me pasé de la raya.

—¿Majo? —repito con incredulidad; ya solo la expresión me produce risa—. ¡Alex, no puedes hablar en serio! Lo que vi no tiene nada que ver con hacer amigos. Estás jugando con fuego, y no es justo para ninguno de nosotros. No te pago para eso.

—Lo sé, lo sé... —responde, con voz apagada—. Pero, Julia, también tienes que entender que esto, lo nuestro... no es real. Y tengo mis necesidades de las que tú no quieres saber nada. Yo follo prácticamente todos los días y desde que estoy aquí... nada de nada. Lo siento. Sé que me dejé llevar y que no está bien, pero...

Sus palabras me dejan sin aliento por un momento. Es verdad, lo nuestro no es real. Pero eso no significa que él tenga el derecho de comportarse de esa manera.

—Tienes razón —digo finalmente—. No es real. Pero esperaba más de ti. Al menos, esperaba respeto y que cumplieras con tu papel como un profesional —lanzo su palabra comodín para hacer daño con toda la intención. Sé que le va a doler.

Él asiente, pero no dice nada más. Doy por finalizada la conversación y me levanto, pues ya no hay nada más que agregar.

—Voy a irme un rato —digo, con voz fría y distante—. Necesito tiempo para pensar en todo esto. Te espero en el desayuno. Diré que has salido a correr si me preguntan por qué no vamos juntos. Ah, y vístete cómodo para la gincana.

—Julia... —comienza a decir, pero yo ya me he dado la vuelta y empiezo a alejarme.

Necesito tiempo, necesito espacio y, sobre todo, necesito alejarme de todo lo que este lugar representa en este momento. Doy un rodeo antes de ir a desayunar. Mientras camino hacia la playa, con los pies descalzos hundiéndose en la arena cálida, me prometo a mí misma que encontraré una manera de seguir adelante. No sé cómo, pero lo haré.

Y mientras las olas continúan rompiendo suavemente en la orilla, me doy cuenta de que la única persona en la que realmente puedo confiar ahora soy yo misma.

CAPÍTULO 9

Ryan

El sol brilla intensamente sobre Bora Bora cuando todos nos reunimos en el salón principal para el sorteo de parejas de la gincana. La expectación, las risas y los comentarios nerviosos llenan el aire. Florence, siempre radiante y enérgica, está al frente, junto a un gran bol de cristal lleno de papelitos con los nombres de los chicos. La emoción crece a medida que cada chica se acerca a sacar un nombre, y no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Mi mirada se cruza con la de Julia, quien intenta mantenerse serena, pero puedo ver la tensión en sus ojos.

Estoy intentando mantenerme sereno, pero la idea de que me pueda tocar pasar el día con Julia me pone los nervios de punta. Mi corazón late con fuerza cuando la veo acercarse al bol y noto cómo su mano tiembla ligeramente mientras saca un papelito. Florence se inclina hacia ella, sonriendo mientras Julia desenrolla el papel.

El tiempo parece detenerse cuando ella lee el nombre.

—Ryan —anuncia Julia, con voz temblorosa. Levanta la mirada hacia mí, y veo en sus ojos el reflejo de la sorpresa y la incomodidad.

Mi corazón se acelera, y una parte de mí se siente aliviada, mientras otra se llena de inquietud. Tener que pasar tiempo con ella, tan cerca, sin poder tocarla ni decirle todo lo que realmente siento, va a ser una prueba difícil de superar. Peor aún que toda la gincana junta

Hago un esfuerzo por comportarme con naturalidad, como si no me importara, pero no puedo evitar una pequeña sonrisa cuando me acerco a ella. Julia pone cara de circunstancia, claramente incómoda con la situación, pero yo no puedo evitar sentir una chispa de emoción al saber que, al menos durante la gincana, estaremos juntos. Tal vez pueda comentarle lo que sé de Alex y tantear qué tiene con él.

Mientras nos organizamos en parejas, veo a Alex al otro lado de la sala. Está emparejado con Rebecca, una amiga de Florence que no tiene novio y que parece encantada con la idea. Sus miradas se cruzan brevemente, y aunque Alex sonríe, es la expresión de ella, como si se lo quisiera comer, la que más me preocupa. La conversación que tuve con Pippa la noche anterior vuelve a mi mente: Alex intentó acostarse con ella. Mi pecho se contrae de rabia al pensar que ese tipo está jugando con Julia, que quizá ella no se da cuenta de lo que pasa.

—¿Qué, Ryan, estás listo? —pregunta Julia, interrumpiendo mis pensamientos. Su tono es serio, casi desafiante, y veo que está decidida a no dejarse llevar por los sentimientos. Quiere ganar, y eso es algo que siempre he admirado de ella: su determinación.

—Listo y preparado —respondo con naturalidad, como si no hubieran pasado los años, aunque

por dentro vivo en un conflicto—. ¿Y tú? No te veo muy entusiasmada.

—Oh, ¿por qué? Me encanta jugar —dice ella, levantando una ceja—. Y espero que estés a la altura. Ya sabes que no me gusta perder.

Sonrío, a pesar de la tensión. Claro que lo sé. Esta es la Julia que conozco, la que siempre está lista para competir, para darlo todo y poner todo su ser en lo que sea que haga. Y aunque sé que esto es solo un juego, algo dentro de mí quiere demostrarle que todavía podemos ser un equipo, que no todo está perdido entre nosotros. En realidad, para mí nunca estuvo perdido; fue ella la que no quiso luchar porque nuestra relación diera un paso adelante, la que dejó que los miedos guiaran sus decisiones, y ahora estamos aquí. Siento que no ha pasado el tiempo y a la vez, todo parece diferente con ella.

Florence, que también participa con su futuro marido, pasa el micrófono a la organizadora de la boda que empieza a explicar las primeras pruebas, y todos nos dirigimos a la playa, donde se han colocado varios obstáculos y desafíos. La primera prueba es sencilla: una carrera de sacos en la arena. Julia y yo nos alineamos junto a las otras parejas, y mientras me preparo para saltar, la cercanía de su cuerpo me envuelve y siento algo familiar al estar junto a ella.

—No te quedes atrás, Ryan —me dice Julia en un tono autoritario, como si ya supiera que voy a flaquear. Lo que no sabe es que estos años sin ella me he cuidado mucho y estoy fuerte como un toro.

—No te preocupes por mí —le respondo, sonriendo—. Vamos a ganar esta prueba.

La señal de partida suena, y comenzamos a saltar por la arena, tratando de mantener el equilibrio y el ritmo. Es ridículo y agotador, pero el espíritu competitivo de Julia es contagioso. No puedo evitar reírme cada vez que uno de nosotros pierde el equilibrio, aunque su expresión seria me dice que no está para bromas.

Me obligo a no pensar en lo que me altera su cercanía para no caer al suelo porque solo su presencia hace que me flaquee hasta las piernas.

A mitad de la carrera, Julia se tambalea y cae, arrastrándome con ella. Los dos rodamos por la arena, ella encima de mí, y tras el sofoco embarazoso de ver su cara pegada a la mía y que mi cuerpo reaccione al contacto del suyo, ambos nos reímos a pesar de nosotros mismos.

—¡Ryan! —exclama, empujándome mientras trata de levantarse—. ¡Esto es culpa tuya!

—¡Claro que no! —respondo, todavía riendo, mientras la ayudo a levantarse—. Pero debo decir que me gusta esta parte del juego.

Julia me lanza una mirada que podría matarme, pero hay una chispa en sus ojos que me dice que también está disfrutando. Nos levantamos rápidamente y logramos terminar la carrera en un respetable tercer lugar.

La siguiente prueba nos lleva a una zona de la playa, donde debemos construir una torre de piedras lo más alta posible. Es un desafío de equilibrio y paciencia, dos cosas en las que Julia siempre ha sido buena. Mientras ella se concentra en apilar las piedras con precisión, yo no puedo evitar observarla, admirando la forma en que su mente trabaja con rapidez y decisión, y embebado con el movimiento de su cuerpo.

—¿Vas a ayudarme o solo piensas mirarme? —me dice, sin apartar la vista de las piedras.

—Perdón, es que me distraes —respondo, con una sonrisa que sé que la desconcierta.

Julia se detiene un segundo, y veo que su expresión se suaviza ligeramente antes de volver a concentrarse en la tarea, mordiéndose el labio inferior para no sonreír. Ese gesto manda un aviso a mi entrepierna que trato de atajar con la mente. Me uno a ella, y juntos logramos construir una torre que se tambalea peligrosamente, pero que se mantiene en pie. Ganamos por poco y chocamos nuestras manos antes de pasar a la siguiente prueba.

A medida que avanzan las pruebas, nos encontramos rozándonos más de lo que es estrictamente necesario. Pequeños toques en el brazo, las manos que se encuentran al pasar un objeto, la cercanía cuando tenemos que trabajar juntos. Cada contacto es como un latido más fuerte de mi corazón, un recordatorio de lo que perdimos, y de lo que aún podría ser si no estuviera con ese Alex que parece sacado de una serie de vikingos.

La siguiente prueba es una carrera en la que uno de nosotros debe correr por la arena cargando al otro en su espalda. Julia y yo nos miramos, y aunque ambos sabemos que esto será complicado, la firmeza en sus ojos es clara.

—Te llevo yo —dice Julia, quitándose las sandalias y preparándose para correr.

—¿Estás segura? —le pregunto, tratando de ocultar mi sorpresa—. No quiero que te lastimes, peso mucho más que antes.

Evidentemente, aún no ha visto mis músculos que apenas existían cuando estábamos juntos.

—No te preocupes por mí, Ryan. Solo asegúrate de no caerte —responde ella, muy segura, sonriendo de una manera que hace que mi corazón dé un vuelco.

Me subo a su espalda, y aunque siento que es algo ridículo, la cercanía de nuestros cuerpos hace que mi mente se nuble. Siento el calor de su piel bajo mis manos, el ritmo de su respiración, y por un segundo, me pierdo en la sensación de estar tan cerca de ella.

La carrera comienza, y Julia corre con un empeño feroz. A pesar de las risas y los comentarios de los demás, ella se concentra en la meta, y yo hago todo lo posible para no desequilibrarla. Pero en un momento, siento que se tambalea, y aunque trato de sujetarme, caemos ambos a la arena, rodando uno sobre el otro. Al caer le rozo el pecho sin querer, con lo que me ha costado mantener la mano lejos durante la carrera sin saber de dónde agarrarme.

El impacto de nuestros cuerpos al chocar me deja sin respiración, y durante un segundo, estoy tan cerca de ella, que puedo sentir su aliento en mi piel. La arena se cuela entre nosotros, y el mundo parece detenerse, mientras nuestras miradas se enlazan. La risa se apaga en mis labios, y lo único que puedo pensar es en cuánto la he echado de menos y en que ojalá se parara el tiempo en este instante.

—¡Ryan! —dice Julia, rompiendo el hechizo—. ¡Levántate! Tenemos que seguir.

Nos ponemos de pie, ambos cubiertos de arena y, aunque no ganamos la carrera, hay algo en lo que acabamos de vivir que me deja una sensación extraña en el pecho. Una mezcla de arrepentimiento y deseo, junto al convencimiento, sin razón, de que lo que tuvimos aún no está completamente perdido.

La última prueba nos lleva a un desafío de equilibrio en una cuerda floja que cuelga sobre una de las piscinas. Julia y yo nos miramos, sabiendo que esta es nuestra oportunidad de ganar. Nos

acercamos a la cuerda, y mientras la cruzamos, siento la tensión en cada músculo de mi cuerpo, no solo por el esfuerzo físico, sino por la proximidad de nuestros cuerpos, por el hecho de que estamos en esto juntos, como lo estuvimos tantas veces antes.

A medida que avanzamos, nuestros cuerpos se rozan, y cada vez que ella se tambalea, instintivamente la agarro para evitar que caiga. Cada contacto es como un rayo de electricidad que me recorre el cuerpo y mi único deseo es que esta prueba no termine nunca.

Cuando llegamos al otro lado, y la prueba acaba, nos abrazamos por haber conseguido superar todas las pruebas. La organizadora coge el micrófono y anuncia a los ganadores, que no son otros que Alex y Rebecca. De la alegría ambos se abrazan y se dan un pico que deja a Julia plantada en el suelo y blanca como la pared. La cojo por los hombros para obligarla a mirar hacia otro lado y entonces nos anuncian como los segundos clasificados. Julia frunce el ceño, claramente decepcionada por no haber ganado, pero cuando nuestras miradas se encuentran, algo cambia en su expresión. Me sonríe y me regala un abrazo menos apasionado que el de Alex y Rebecca, y sin pico. Creo que es el momento de hablar con ella.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —contesta con una sonrisa que yo sé que no siente—. Mejor ser los segundos que los últimos.

—No lo decía por eso.

Me deja sin respuesta cuando empieza a andar. Mientras nos dirigimos hacia el grupo, veo a Alex y Rebecca riendo juntos, claramente disfrutando de la victoria. Alex está relajado, haciendo bromas y lanzando miradas juguetonas a Rebecca, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. ¿Es que no le importa Julia? ¿Qué clase de pareja son? Las palabras de Pippa diciendo que no son pareja martillean mi mente y me planteo si tendré que darle la razón después de todo. Sé que Julia no quería compromisos, por eso me echó de su lado cuando le confesé que deseaba casarme con ella y tener hijos. Pero, ¿esta relación tan abierta, tan despreocupada del uno por el otro? No lo entiendo. Hablaré con ella porque creo que debo hacerlo, pero si es lo que Julia quiere, no me meteré en su decisión.

Por otro lado, Pippa está sentada con un señor mayor, un pariente de Florence con el que le tocó participar en la gincana. No pasaron de la carrera de sacos y ambos decidieron que era mejor verla y reírse de los demás desde la comodidad de un sofá y con un cóctel en la mano. Aunque parezca que ella coquetea con él, no lo hace. Es una mujer a la que le encanta divertirse y muy curiosa. La pareja ideal para salir porque con todo lo pasa bien.

—Bueno, no hemos ganado, pero ha sido divertido, ¿no? —dice Julia, mirándome con una sonrisa cansada—. Me alegro de que nos haya tocado juntos.

—Sí, ha sido genial —respondo, sabiendo que aunque no lo diga en voz alta, este día ha significado mucho más para mí que cualquier victoria.

Mientras nos reunimos todos para la foto final, no puedo evitar sentir que, aunque la gincana ha terminado, el verdadero desafío para mí acaba de comenzar. He decidido acercarme a ella e intentar borrar los años de separación. La cuestión es si ella deseará lo mismo o volverá a echarme de su lado.

Quedan tres días para que nos marchemos de Bora Bora y mi intención es llevarme el paraíso

connmigo.

CAPÍTULO 10

Julia

Echando chispas por dentro me acerco a Alex después de la gincana. El entusiasmo y la risa aún llenan el aire, pero mi mente está ocupada con la imagen de él y Rebecca abrazándose con más entusiasmo del que era necesario, pico incluido, para celebrar una victoria. No sé por qué me molesta tanto, pero una chispa de celos ha prendido en mí, eso y pensar en la imagen que estamos dando como pareja. Aunque sea de mentira. Decido no dejarme vencer por esa sensación y me acerco a Alex con firmeza. Lo rodeo por la cintura, marcando territorio frente a Rebecca, que me lanza una mirada suspicaz.

—Vamos, Alex. Es hora de disfrutar de nuestro merecido descanso —le digo, dándole un beso en la mejilla, que siento más frío de lo que me gustaría.

—Claro, preciosa —responde él, sorprendido por mi gesto, pero sigue mi juego con una sonrisa encantadora. A ver si es verdad que es un profesional, aunque no me lo haya demostrado todavía.

Nos dirigimos al *brunch* que han preparado junto a la piscina después de la gincana. La brisa marina es suave y refrescante, y el ambiente es relajado, con todos charlando y riendo con las anécdotas del juego. Pero yo no puedo quitarme de la cabeza lo que he visto entre Alex y Rebecca, ni la forma en que él parece disfrutar de la atención femenina que recibe, venga de quien venga. Sin duda ha escogido una profesión que le va como anillo al dedo. Y tampoco puedo evitar recordar los momentos con Ryan durante la gincana, lo cerca que estuvimos, lo fácil que fue caer en la dinámica que solíamos tener. Si tan bien estaba con él, ¿por qué lo dejé ir?

Nos servimos algo de beber y un par de aperitivos, y luego me lo llevo al bungalow. No quiero postergar más la conversación que debemos tener. Alex, siempre tan relajado en su propio mundo, no parece darse cuenta de la tensión que se ha instalado entre nosotros. Cuando llegamos al bungalow, cierro la puerta y me giro para ponerme frente a él sin dejarle escapatoria.

—Alex, tenemos que hablar.

—¿Otra vez? —responde, dejándose caer en la cama con una sonrisa perezosa—. Creía que lo habíamos aclarado todo esta mañana.

—No lo creo, porque lo que he visto hoy no se puede aclarar tan fácilmente. No puedes seguir coqueteando con cualquiera, van a sospechar que no somos novios, y eso podría arruinarlo todo —le espeto, cruzando los brazos frente a él—. Y si eso ocurre, no te pagaré lo que falta.

Alex se incorpora, su sonrisa desaparece lentamente mientras me mira. Imagino que tocarle el bolsillo no es algo que le guste demasiado. Pero el contrato es claro. Sus ojos azules brillan con una chispa de algo diferente, una especie de malicia.

—¿Y tú, Julia? —pregunta, inclinándose hacia mí—. No me digas que no he notado cómo te has puesto de lo más cariñosa con Ryan durante la gincana. ¿Qué pasa? ¿Aún hay algo entre vosotros? Saltan chispas de deseo cada vez que os acercáis.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Claro que no quiero pensar en Ryan de esa manera, pero no puedo negar que estar tan cerca de él ha despertado sentimientos que creía enterrados. Pero no voy a dejar que Alex me desvíe del tema.

—Eso no tiene nada que ver. Estamos hablando de ti, no de mí —respondo, tratando de sonar lo más convincente posible, aunque ni yo me creo lo que digo—. Además, Ryan y yo solo estábamos compitiendo. Tú, en cambio, pareces estar en un concurso de flirteo constante.

Alex se echa a reír, pero esta vez su risa tiene un tono diferente, algo más oscuro.

—Vamos, Julia. Sabes tan bien como yo que lo nuestro es un acuerdo. No hay sentimientos involucrados aquí, solo un contrato. Y si te soy sincero, me estás volviendo loco. No puedo seguir jugando a ser tu novio sin que pase nada. Cuando me has abrazado en el *brunch* mi cuerpo ha reaccionado, ¿sabes? Necesito liberar algo de tensión y si no es contigo, será con otra. Estás demasiado buena para que sea inmune a tu contacto, o a verte casi en bolas por la habitación.

Su confesión me deja sin aliento, y la mezcla de enfado y sorpresa que siento es casi abrumadora. Pero antes de que pueda reaccionar, Alex se levanta de la cama, acercándose a mí con una mirada que mezcla desafío y deseo.

—¿Sabes lo que creo? —dice, acariciando mi mejilla suavemente—. Creo que estás intentando dar celos a Ryan, y que lo que te molesta de todo esto no es lo que yo hago, sino que Ryan no esté reaccionando como quieres.

Me quedo sin palabras, mi mente trata de procesar lo que acaba de decir. ¿Es eso cierto? ¿Estoy usando a Alex para provocar una reacción en Ryan? El solo hecho de pensarlo me hace sentir mal, pero no puedo negar que la idea de que Ryan me desee de nuevo ha cruzado por mi mente más de una vez.

—Alex, esto no es un juego —susurro, apartando su mano de mi rostro—. No quiero que uses lo de Ryan como una excusa para ligar con otras, y tampoco quiero que te hagas ideas equivocadas. Tenemos que mantener las apariencias, pero con respeto. Me da igual con quien te acuestes mientras no se entere nadie, absolutamente nadie —recalco—, de los invitados a la boda. ¿Me has oído? Nadie. Si creen que me pones los cuernos, te cargarás todo el montaje y no te pagaré.

Él asiente, aunque su expresión me dice que no está del todo convencido. Finalmente, suspira y me mira con una mezcla de resignación y desafío.

—Está bien, Julia. Lo que tú digas. Pero recuerda que el tiempo aquí es limitado, y si sigues jugando con fuego, alguien va a quemarse.

Lo miro fijamente, sin saber cómo responder a eso. Decido dejarlo estar por el momento, y tras un par de minutos de silencio incómodo, sugiero que nos preparemos para ir a la piscina que han reservado solo para los invitados de la boda.

—De acuerdo, vamos a la piscina. Será mejor que intentemos relajarnos un poco antes de que la situación se nos vaya de las manos —digo, tratando de sonar más segura de lo que me siento en realidad.

Alex sonríe de nuevo, esta vez con un brillo travieso en los ojos que me hace preguntarme qué estar  tramando. Nos cambiamos y salimos del bungalow, caminando hacia la piscina, cogidos de la mano. Siento la necesidad de hacer que esta relación parezca real, aunque por dentro estoy hecha un l o.

Cuando llegamos a la piscina, el lugar es un paraíso. El agua cristalina brilla bajo el sol y las tumbonas est n dispuestas con esmero alrededor de la piscina. Hay una barra de cócteles en un rincón, donde algunos invitados ya est n disfrutando de bebidas tropicales. Pero mi atención se desvía rápidamente hacia Ryan, que est  sentado en una tumbona junto a la impresionante Pippa. Ella luce espectacular en un bikini rojo, con muy poca tela, que resalta su figura, y Ryan parece estar disfrutando de la compañía, aunque no puedo evitar notar que su mirada se desvía hacia nosotros de vez en cuando.

Me siento en la tumbona junto a Alex y, sin pensarlo demasiado, comienzo a comportarme de manera más afectuosa de lo habitual. Apoyo mi cabeza en su hombro, juego con los botones de su camisa para quitársela, y dejo que mi mano acaricie suavemente su abdomen. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, y cuando miro de reojo, veo que Ryan también ha notado el cambio en mi actitud.

—Vaya, Julia —susurra Alex, inclinándose hacia mí con una sonrisa p cara—. Si no supiera que me estás usando para darle celos a Ryan, pensaría que realmente est s disfrutando de esto. Si quieres puedes ponerme crema o te la pongo yo a ti, mmm. S  hacer unos masajes sensuales que te van a encantar. Y eso sí que est  en el contrato.

Me sonrojo ante su comentario, pero no quiero que tenga razón, aunque sí que la tiene. Estoy intentando provocar una reacción en Ryan, pero, al mismo tiempo, no puedo evitar sentirme atraída por Alex. Es guapo, encantador, con un cuerpo que parece esculpido por los dioses vikingos y su cercanía me afecta más de lo que debería.

—No digas tonterías —le respondo, intentando mantener la compostura—. Solo estoy disfrutando del momento, no dar celos a nadie.

— De verdad? —pregunta, inclinándose más cerca—. Porque si sigues calent ndome así, voy a necesitar encontrar otra manera de liberar esta tensión, y no creo que te guste mucho la idea de que lo haga con otra, como te dije antes. Estoy que no aguanto mucho más, *baby*.

Antes de que pueda responderle, Alex comienza a acariciarme el muslo. Me siento tensa y molesta por su actitud, pero decido seguirle el juego que yo he comenzado. Entonces veo cómo el bulto que esconde su ba ador, por supuesto ceñido, crece más de lo prudente en un sitio público. Y yo también siento que me deshago por dentro del bikini por el calor, la mirada que noto de Ryan o las caricias de Alex. O por todo a la vez. Me levanto sin avisar, lo agarro del brazo y lo arrastro hacia el borde de la piscina.

— Ah, s ? Pues vamos a refrescarte un poco —le susurro, y antes de que pueda resistirse, lo empujo hacia el agua.

Alex cae con un gran chapoteo, y no puedo evitar reírme mientras lo veo salir a la superficie, con el cabello empapado y una expresión de sorpresa en su rostro.

—Julia... —empieza a decir, pero yo ya me he tirado al agua también, salpic ndolo de nuevo.

Nadamos juntos durante un rato, aunque la tensión entre nosotros no desaparece del todo. S  que

he cruzado una línea, pero no puedo evitar sentir que he hecho lo correcto al recordarle que no puede controlar la situación a su antojo.

Después de unos largos, Alex sale del agua con una expresión más seria y se dirige hacia las tumbonas sin decir una palabra. Está enfadado. Decido seguir nadando un poco más para despejar mi mente. A medida que me alejo hacia el centro, disfruto del silencio y la tranquilidad del agua, dejando que el sol acaricie mi piel. Pero cuando llego al otro extremo de la piscina y me doy la vuelta para nadar de regreso, veo a Ryan agarrado del borde, observándome con una expresión que no puedo descifrar. Sus ojos se clavan en los míos y siento una oleada de emociones, que me sacude hasta lo más profundo. Es como si todo lo que ha ocurrido en los últimos días, todos los juegos, las mentiras y las tensiones no fueran más que una cortina de humo, y ahora, aquí, en este instante, solo existiéramos nosotros dos. Ryan no dice nada, pero la intensidad de su mirada me deja sin aliento. Me acerco lentamente, y cuando llego al borde de la piscina, me tiende una mano para que me agarre y me quede junto a él. La acepto, aunque mi corazón late con fuerza al sentir su piel contra la mía. Es un contacto que dura solo unos segundos, pero que parece extenderse en el tiempo.

—¿Todo bien? —me pregunta con voz suave, casi en un susurro.

—Sí, solo necesitaba refrescarme.

En vez de seguir hablando, nos quedamos mirándonos, como si intentáramos descifrar lo que realmente está pasando entre nosotros. Pero antes de que pueda decir algo más, escucho a Alex llamándome desde la otra orilla de la piscina.

—¡Julia! ¿Vienes o qué? —grita, con una alegría que no se corresponde con su enfado anterior. ¿Está otra vez interpretando o realmente quiere algo de mí?

Siento una punzada de incomodidad al escuchar su voz. Ryan aparta la mirada, y su expresión vuelve a ser la misma de siempre, cerrada, inaccesible. Me doy cuenta de que este bonito momento entre nosotros se ha esfumado tan rápido como llegó, y me siento atrapada entre lo que quiero y lo que sé que debo hacer.

Ryan sale de la piscina apoyándose en el borde y me quedo sin habla al ver su espalda en la que se marcan todos los músculos y los brazos fuertes. ¿Desde cuándo está tan impresionante? Una vez arriba, me ofrece su mano y me ayuda a salir. Otra vez ese breve contacto activa todas mis terminaciones nerviosas y mi cuerpo se estremece, sobre todo al ver la tableta de chocolate en la que se ha convertido su abdomen. Ahora no sé cuál de los dos tiene mejor cuerpo, el dios vikingo o Ryan.

—Sí, ya voy —le respondo a Alex, forzando una sonrisa antes de volver a mirar a Ryan—. Gracias por ayudarme.

Él asiente, pero no dice nada más. Me doy la vuelta y camino hacia Alex, sintiendo su mirada fija en mi espalda, y puede que en mi culo, mientras me alejo y trato de caminar recta a pesar de sentir las piernas como si fuesen de gelatina. Siento cada paso como si luchara contra la gravedad, como si todo mi cuerpo quisiera girarse y volver a estar cerca de Ryan, pero me obligo a seguir adelante. Alex me recibe con una toalla extendida y una sonrisa que no le llega a los ojos. Me envuelve en la toalla y me da un beso en la frente, un gesto que debería ser reconfortante, pero que en este momento lo siento vacío.

—Venga, deja que te seque —dice con cariño, mientras frota la toalla por mi cabello de manera

exagerada, intentando sacarme una risa que no llega.

Me dejo hacer, intentando relajarme y disfrutar del momento, pero mi mente sigue volviendo a Ryan, a la forma en que me miró, como si quisiera decirme algo que nunca ha llegado a pronunciar.

—Vamos, preciosa, hay que disfrutar del sol un rato más antes de la cena —insiste Alex, tirando de mí hacia las tumbonas.

Nos sentamos juntos, pero mi mente sigue atrapada en esos breves instantes en los que estuve tan cerca de Ryan. Siento la presencia de Alex a mi lado, y la siento mucho, porque me está poniendo crema protectora a la vez que me hace un suave masaje que me está calentando más que el sol. Pero, a pesar de ello, mi mente parece estar a kilómetros de distancia. Cierro los ojos, dejando que el sol caliente mi piel, mientras intento convencerme de que esto es lo que quiero, que esta farsa puede seguir adelante sin que todo se desmorone.

Pero en el fondo, sé que estoy caminando sobre una cuerda floja, y que en cualquier momento podría perder el equilibrio. Y cuando eso ocurra, no estoy segura de qué será lo que encontraré al caer.

Mientras disfruto del sol en la tumbona, escucho a la organizadora de la boda anunciar que es hora de empezar a prepararse para la cena de esa noche en la que nos van a separar: tanto el novio como la novia celebran la despedida de soltero en un salón distinto. Al abrir los ojos, me encuentro con Alex mirándome, y por un momento, su expresión parece más seria de lo habitual.

—Julia... —comienza, pero se detiene como si no supiera cómo seguir.

—¿Qué pasa? —le pregunto, tratando de parecer relajada.

—Solo quiero que sepas que... —hace una pausa, mirándome a los ojos con una intensidad que rara vez veo en él—. No quiero que todo esto se complique más de lo necesario. Solo... quiero que estés bien, ¿ok?

Sus palabras me toman por sorpresa, y durante un segundo, veo algo en sus ojos que me hace pensar que quizá hay más en Alex de lo que he estado dispuesta a ver, que tal vez, junto a esa cabeza hueca que tiene, haya un buen corazón. Pero antes de que pueda responder, él me sonríe de nuevo, con esa sonrisa despreocupada que parece decir que todo está bien.

—Vamos, toca prepararse para la fiesta —dice, levantándose y ofreciéndome la mano para ayudarme a levantar.

Tomo su mano y lo sigo de regreso al bungalow, pero mi mente sigue dividida entre lo que acabo de ver en Alex y lo que sentí al estar cerca de Ryan. La noche que se avecina promete ser complicada, y no puedo evitar preguntarme cuánto más podré seguir manteniendo este delicado equilibrio.

Al menos esta noche solo estaré con las chicas y mañana también, ya que está previsto un día de *spa*, peluquería y esteticista para nosotras. Y mientras me cambio de ropa y me preparo para la noche, siento que en algún momento, algo va a ceder. Y cuando lo haga, nada volverá a ser lo mismo.

CAPÍTULO 11

Ryan

La fiesta de despedida de soltero es todo lo que Frank había prometido y más. El salón está repleto de luces brillantes, música que resuena en cada rincón, y un ambiente cargado de alegría y demasiada testosterona. A pesar de ello, mi mente no puede dejar de divagar hacia Julia, hacia lo que pasó durante la gincana y, sobre todo, hacia lo que sentí al estar tan cerca de ella.

Los chicos jalean a Frank y le piden a la *streeper*, que se hace esperar. El novio ruega paciencia mientras los del hotel habilitan varias videoconsolas, unos billares y futbolines para que juguemos. Sin duda una despedida de lo más original.

Mientras me sirvo un whisky, mi mirada busca a Alex entre la multitud. Lo encuentro charlando animadamente con un grupo de amigos de Frank, con esa actitud despreocupada y segura de siempre. Pero hay algo en su manera de moverse, en cómo sonríe con esa facilidad irritante, algo bobalicona, que me hace dudar de lo que realmente siente por Julia. Y ella por él, porque no le pega nada. ¿Es sincero o simplemente está jugando un papel?

Decido que es hora de obtener algunas respuestas. Me acerco al grupo con el que está, intentando mostrarme lo más natural posible, mientras los pensamientos se arremolinan en mi mente. Alex me ve y me saluda con una sonrisa amplia, levantando su vaso hacia mí como si fuéramos colegas.

—¡Ryan! —exclama, visiblemente contento de verme—. ¿Qué tal lo estás pasando? Esta fiesta es una pasada, ¿eh?

—Sí, Frank se ha lucido —respondo, aceptando el vaso que me ofrece, aunque apenas pruebo su contenido—. Oye, Alex, quería preguntarte algo. Julia y tú..., ¿cómo os va?

Su sonrisa titubea un poco y, por un instante, creo que va a evitar la pregunta. Pero finalmente se encoge de hombros y me mira con una expresión más seria.

—Va bien, tío. No te preocupes —responde, pero su tono no es del todo convincente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada, pura curiosidad —digo, tratando de sonar despreocupado—. En realidad, quiero que Julia sea feliz, ¿sabes? Me preocupo por ella. Han sido muchos años juntos, ¿sabes? —Doy un sorbo antes de seguir, levantando la mano para que no hable—. Lo que pasa, tío, es que, no sé, no veo en vosotros esa complicidad típica de las parejas que se aman, como Frank y Flo. Pensé que tal vez había algo que no estaba funcionando. Si quieres hablar, ya sabes que la conozco bien.

—¿Complicidad? —contesta con una risa forzada—. Claro que la hay. Ya sabes cómo es esto.

Cada uno necesita su espacio de vez en cuando. Pero no te preocupes por Julia, está bien. Yo me ocupo de que lo esté.

No puedo evitar sentir una punzada de irritación ante su respuesta. No me convence, y sé que algo más está ocurriendo porque, de lo contrario, no asaltaría a toda mujer con la que se cruza. Sin embargo, no quiero presionarlo demasiado. Si hay algo, lo sabré con calma.

La conversación se interrumpe cuando Frank toma el micrófono y anuncia una sorpresa para todos. La expectativa en el salón crece pensando que son las *srtreeper*, pero Frank explica que se abrirán las puertas para un espectáculo conjunto con las chicas. En ese momento me doy cuenta de que Alex desaparece discretamente entre la multitud. Algo en su manera de irse me hace sospechar que tiene otros planes, y decido no perderlo de vista.

Las puertas del salón se abren de par en par y todos somos invitados a pasar a un patio exterior, donde hay un escenario montado. Las luces se atenúan, y un grupo de bailarines aparece en escena, ofreciendo un espectáculo de danza que combina elementos tradicionales polinesios con toques modernos. Es impresionante y me quedo embobado mirando cómo bailan, relajado y disfrutando del espectáculo. Me integro con los invitados ejerciendo mi papel de padrino, pero mi mente sigue dándole vueltas a lo que podría estar pasando con Julia y Alex. Decido relajarme un poco, participar en los corrillos y dejarme llevar por la música y el ambiente festivo. Pero es difícil, sobre todo cuando noto que Pippa me está buscando con la mirada desde el otro extremo de la sala desde el instante en que se abren las puertas para unir las dos fiestas.

Mi intención es localizar a Julia, saber dónde está y evaluar si puedo acercarme a ella, pero antes de que pueda hacerlo, Pippa llega hasta mí, llamando la atención de todos los hombres de mi alrededor por culpa de un vestido tan ceñido a su cuerpo que deja poco a la imaginación.

—¡Ryan! —exclama, tomándome del brazo—. Tengo que contarte algo, he hablado con Julia y con algunas de sus primas. Ya sabes, esos momentos de confianzas entre chicas.

—¿Sí? —respondo, aunque mi atención sigue dividida.

Pippa me lleva a un rincón más apartado para que podamos hablar sin interrupciones.

—Julia no está tan bien como quiere aparentar —me dice en voz baja—. Sus primas me han contado que ha estado bastante estresada últimamente, y que esta boda le está removiendo muchas cosas del pasado.

Siento un nudo en el estómago al escuchar a Pippa. Sé que Julia es fuerte, pero también sé lo mucho que le afecta todo lo relacionado con su familia y su vida pasada, la falta de sus padres y, quizá, el reencontrarse con un fantasma del pasado, es decir, conmigo.

—¿Y qué más te han dicho?

—Solo eso, que la ven más distante de lo habitual, como si estuviera intentando lidiar con demasiadas cosas a la vez. —Pippa hace una pausa, mirándome con seriedad—. Creo que necesita apoyo, Ryan. No solo de Alex, sino de alguien que realmente la conozca, porque la verdad es que ese Alex pasa bastante de ella. Nunca vi una pareja igual. ¿Sabes que se ha intentado tirar a varias? No solo a Rebecca y a mí. Ese chico no está bien y Julia debería saberlo.

Sus palabras me golpean con fuerza, y una parte de mí sabe que tiene razón. Quiero estar ahí para Julia, quiero ayudarla a atravesar todo esto y que me aclare qué tiene con Alex, pero no sé si ella me dejará hacerlo. Lo que tengo claro es que no permitiré que ningún hombre le haga daño.

—Gracias por decírmelo, Pippa —respondo, con la mente en plena ebullición—. Haré lo que pueda para estar cerca de ella.

Pippa sonríe, pero hay algo en su mirada que me inquieta. Creo que no me ha contado todo. Antes de que pueda decir algo más, se despide con un ligero beso en la mejilla y desaparece en la multitud, mientras la segunda parte del espectáculo comienza.

Paso el resto de la noche intentando disfrutar del baile y de la compañía, pero mis pensamientos siguen girando en torno a Julia, que también ha desaparecido. Cuando la fiesta empieza a decaer, decido regresar al bungalow. Necesito pensar, aclarar mis ideas y decidir qué voy a hacer. Cuando llego, encuentro a Pippa sentada en la terraza, con una copa de vino en la mano y una expresión relajada en el rostro con ese brillo en los ojos de quien ha tenido una sesión de buen sexo. La conozco y a mí no me engaña.

—Hola, Ryan —me saluda con una sonrisa sugerente—. ¿Cómo te fue en la fiesta?

—Bien, supongo —respondo, sentándome a su lado—. Aunque no puedo dejar de pensar en lo que me dijiste antes.

Pippa asiente, mirándome con una mezcla de comprensión e inquietud.

—Bueno, Ryan, hay algo más que debo decirte.

—Lo sabía. Te lo llevo notando toda la noche. Cuéntame.

—Después de la cena, estuve con Alex en la playa.

Mi corazón se detiene por un momento. No quiero oír lo que va a decir, pero sé que no puedo evitarlo.

—¿Y...? ¿A qué te refieres con *estar*?

—Me lo tiré —admite, bajando la voz sin pudor ninguno—. Fue algo que ocurrió sin planearlo, pero creo que deberías saberlo. Ya te dije que tenía un plan para demostrarte que ese chico no está con ella por amor. Debe haber algo que no sabemos.

No sé cómo reaccionar. Parte de mí se siente aliviada al saber que Alex está más interesado en Pippa que en Julia, pero otra parte está profundamente molesta, porque la está engañando y no se lo merece. No puedo evitar sentir un extraño asco por la situación, como si algo sucio se hubiera colado en todo esto.

—Lo siento, Ryan —dice Pippa, notando mi incomodidad—. Sé que esto complica las cosas, pero pensé que preferirías saberlo.

—Está bien, Pippa —respondo, aunque mi voz suena más dura de lo que pretendía—. Solo... necesito un poco de tiempo para pensar.

Ella asiente, respetando mi necesidad de espacio. Se levanta, me da un beso en la mejilla y desaparece en el interior del bungalow, dejándome solo en la terraza con mis pensamientos. Lo que no le he llegado a decir a Pippa es que una cosa es que se acueste con quien quiera, porque es libre, y otra que esa persona sea Alex y hayan tenido sexo justo antes de compartir cama conmigo. Me da asco y no me apetece nada tener esa cercanía esta noche.

El aire de la noche es fresco y la brisa del mar acaricia mi piel, pero no puedo disfrutarlo. Me siento atrapado entre lo que siento por Julia, la confusión que me provoca Alex, y saber lo que ha

pasado con Pippa. No, me repito, no voy a dormir con ella esta noche. No puedo hacerlo.

Me levanto, decido que necesito caminar y alejarme de todo esto por un rato. Mañana es la boda y, como padrino que soy, debo estar al cien por cien. Camino por la playa, sintiendo la arena fría bajo mis pies, mientras el sonido de las olas me acompaña. Necesito tiempo, claridad y, sobre todo, encontrar una manera de acercarme a Julia sin que todo esto se venga abajo. ¿Cómo decirle a una ex que su pareja le pone los cuernos sin que suene a celos?

Y mientras camino bajo la luz de la luna, me doy cuenta de que no puedo seguir ignorando lo que siento. Si realmente quiero que Julia vuelva a ser parte de mi vida, debo actuar. Pero antes, necesito descubrir la verdad, saber si ella sigue sintiendo algo por mí. Y cuando lo haga, estaré listo para dar el siguiente paso.

CAPÍTULO 12

Julia

La ráfaga de aire que se forma al abrir la puerta con la ventana abierta me trae el olor a mar y creo que estoy soñando. Me despierto con un sobresalto cuando escucho el ruido de la puerta al cerrarse. Alex ha llegado y, por el sonido de sus pasos, está claro que ha bebido más de la cuenta. El reloj marca las dos de la mañana, y mi corazón late con fuerza mientras me preparo para enfrentar la conversación que he estado temiendo.

—¿Dónde estabas? —le increpo enfadada, mientras me incorporo en la cama.

Alex me mira con una sonrisa torcida, el aliento le apesta a alcohol y a coño, y se sienta en el borde de la cama. No parece avergonzado, ni siquiera preocupado.

—Solo estaba... divirtiéndome un poco —responde, con su habitual tono despreocupado, que me irrita aún más—. No es para tanto, Julia. No te pongas así.

—¿Divirtiéndote? ¿Sabes cuánto tiempo estuve buscándote? Al final, decidí volver al bungalow, porque no quería que nadie me viera sola y se empezaran a preguntar dónde estabas, o peor aún, con quién —respondo llena de ira, tratando de contener las lágrimas que amenazan con desbordarse.

Alex se encoge de hombros y se deja caer hacia atrás, mirándome desde la cama con una expresión que mezcla cansancio y una pizca de arrepentimiento.

—Estuve con Pippa —confiesa, como si fuera lo más natural del mundo—. Es... increíble, ¿sabes? Como una diosa del amor o algo así. No sabes lo bien que folla y las tetas que tiene. Nunca estuve con nadie tan desinhibida y eso que estábamos en la playa. —Me mira y su expresión cambia—. Eh, eh, no te pongas celosa, lo nuestro es solo un trato, ¿recuerdas?

Su confesión es como una puñalada en el corazón. No es solo el hecho de que haya estado con otra mujer, cuando debería simular fidelidad a mí, sino que esa mujer sea Pippa, la chica con la que Ryan ha venido a la boda y que aún no sé si es su novia o qué. Me levanto de la cama rápidamente, sintiendo cómo las lágrimas comienzan a llenar mis ojos, y corro al cuarto de baño para intentar procesar lo que acaba de suceder. Una vez dentro, me apoyo en el lavabo, mirando mi reflejo en el espejo. Las lágrimas caen sin control, y me siento atrapada, rota, incapaz de entender cómo he llegado a esta situación. ¿Por qué es todo tan complicado? ¿Por qué no puedo tener una relación simple y sincera? Cierro los ojos y, noto cómo el tirante de mi camisón cede, resbala por mi hombro y deja mis pechos a la vista. Por un momento, dejo que mi mente divague, imaginando que Ryan está detrás de mí, acariciándome suavemente, ofreciéndome el consuelo que tanto necesito. Paso mis manos por el cuello, rozo las clavículas y bajo hasta mis pechos, que amaso como si lo hiciera él. Me arqueo ligeramente y me apoyo en el lavabo

mientras bajo la mano por mi abdomen hasta que el camisón llega al suelo. Me acaricio por encima de las bragas y el eje de los muslos, mientras no dejo de llorar. No entiendo qué me pasa. Mi piel se eriza al pensar en él y un deseo profundo, enterrado desde hace tiempo, resurge con fuerza.

Pero la realidad es otra, y cuando vuelvo a abrir los ojos, solo me veo a mí misma, desmoronada y avergonzada, tratando de encontrar la fuerza para seguir adelante. Respiro hondo y decido que no puedo seguir así. No puedo permitir que Alex me haga sentir de esta manera y me deje en ridículo delante de mi familia y el resto de invitados, no cuando lo que tenemos es un simple acuerdo. Si no puede cumplir con el contrato, si no puede hacerse pasar por mi novio, lo mejor es que se largue y ya me inventaré otra mentira. Será mejor un embuste más que me libere de esta carga que seguir disimulando.

Salgo del baño, decidida a decirle a Alex que se vaya, que ya inventaré alguna excusa para explicar su ausencia. Pero cuando entro en la habitación, lo encuentro atravesado en la cama, profundamente dormido, con una respiración tan pesada, que llena el aire con un ritmo constante. La ira que sentía se transforma en una tristeza profunda. Me siento como una fracasada, incapaz de controlar la situación y mis propios sentimientos. Me tumbo en el sofá tratando de volver a dormir, porque no quiero compartir mi espacio con él. Siento cómo las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas, pero me esfuerzo por contenerlas. El cansancio emocional me pesa, pero no puedo dormir. Mi mente parece un circuito en el que los pensamientos son como las bicis que no dejan de correr en círculo, pensando en Ryan, en Alex, en Pippa... en todo lo que ha salido mal. Me siento perdida, como si estuviera navegando en un mar sin rumbo. Cuando lo tracé con Fiona, parecía el plan perfecto y todo está saliendo mal.

Hay otra cosa que me atormenta: ¿debería decirle a Ryan que su chica se ha acostado con Alex? No sé qué relación tienen, pero tal vez le rompa el corazón. No sé qué hacer.

Me siento tan abrumada y el ambiente está tan cargado que decido que necesito salir, alejarme de esta habitación que apesta a alcohol y relajarme en la playa, aunque solo sea un momento. Me levanto del sofá, me pongo una chaqueta ligera y salgo del bungalow, dejando atrás el caos que he creado. El aire fresco de la noche me envuelve y el sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla me llama. Empiezo a caminar por la playa, dejando que la arena fría acaricie mis pies descalzos, buscando un poco de paz. A lo lejos, veo una figura sentada en la arena, mirando al mar. Mi corazón se acelera al reconocer la silueta de Ryan y, por un instante, dudo de si debería acercarme. Pero algo en mí me empuja hacia él, como si, en medio de este caos, él fuera el único que pudiera ofrecerme algo de claridad. Me acerco con cuidado, intentando no hacer demasiado ruido, hasta que estoy lo suficientemente cerca para que se dé cuenta de mi presencia. Ryan se gira hacia mí y, en la penumbra, veo un atisbo de sorpresa en su mirada.

—Julia —dice, con la voz cálida, casi en un susurro, como si temiera romper la calma de la noche—. ¿Estás bien? Es muy tarde...

Me siento a su lado, sin responder de inmediato, dejando que el silencio entre nosotros hable por sí mismo. Durante unos segundos, solo escucho el sonido del mar y siento cómo la presencia de Ryan a mi lado me reconforta de una manera que no esperaba.

Apoyo mi cabeza sobre su hombro y entonces hace lo que más necesito en este momento: me rodea con su brazo y me envuelve, acogiéndome en su regazo cálido que huele a hogar.

No puedo hablar. Solo sollozo y él se da cuenta de mis hipidos. Me besa en el pelo y me

consuela como a una niña.

Ryan no dice nada, pero su mano se mueve hacia la mía, entrelazando sus dedos con los míos. El simple gesto me llena de una calidez inesperada, y por un momento, todo lo que quiero es quedarme así, junto a él, sin pensar en nada más.

—Julia —dice después de un rato. Noto algo de preocupación en su voz y a la vez una gran ternura. ¿Cuándo decidí que no quería esto?—. Lo siento. Siento todo lo que te está pasando, sea lo que sea, y lamento no haber estado para ti cuando más lo necesitabas.

Sus palabras rompen las barreras que había construido para protegerme, y siento cómo mis lágrimas comienzan a fluir de nuevo, pero esta vez no las detengo. Ryan me atrae hacia él, apretando más ese abrazo que me hace sentir, por primera vez en mucho tiempo, que no estoy sola. Nos quedamos así, en silencio, mientras las estrellas brillan sobre nosotros y el mar sigue su vaivén eterno. No sé cuánto tiempo pasa, pero en ese momento, no importa. Lo único que importa es que, en medio de todo este caos, he encontrado un lugar seguro, aunque sea por un breve instante.

Pasado un rato, que no sé si han sido horas o minutos, mi cuerpo necesita moverse. Me separo un poco de Ryan, lo suficiente para mirarlo a los ojos, y lo que veo en ellos me da el valor para decirle algo que llevo mucho tiempo evitando.

—Te echo de menos —susurro.

Ryan me mira con una intensidad que me deja sin aliento y, durante unos segundos, pienso que no va a responder. Y no lo hace con palabras. Eleva su mano hasta mi mejilla y me toma la cara antes de darme un beso en los labios. Lo que siento me recorre el cuerpo como una corriente eléctrica y me da el calor que me hacía falta. Es como si de pronto mi cuerpo volviera a tener vida.

Me besa de nuevo y abro mis labios resecos para recibirlo y enredar nuestras lenguas como tanto nos gustaba hacer. Suspiro profundamente y vuelvo a besarlo. No quiero que esto se acabe nunca.

—Aún somos nosotros, Julia. Nunca dejamos de serlo.

Sus palabras me llenan de una esperanza que había olvidado que podía sentir y, mientras el mundo parece detenerse a nuestro alrededor, sé que hemos llegado a un punto de inflexión. Lo que pase a partir de ahora, cambiará nuestras vidas para siempre. Me acurruco en él, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho y, por un momento, el espacio entre nosotros desaparece por completo.

—Julia, quiero seguir besándote, pero...

El limbo en el que estaba sumida se rompe, y la realidad vuelve a instalarse entre nosotros, recordándome lo complicado que es todo esto. Y todo por un «pero» dicho de forma aislada. Un «pero» que significa muchas cosas.

Levanto la cabeza y lo miro de frente, aguantando mi deseo de tumbarlo sobre la arena y que nos devoremos.

—Pero...

—¿Estás con ese botarate? ¿En serio?

—¿Y tú con esa Barbie? —contraataco, ofendida.

Ryan se ríe con una carcajada que quita tensión al momento y me contagia. No sé por qué, pero me río también mientras espero su respuesta.

—Pippa y yo solo somos amigos que compartimos bungalow. Entre ella y yo no hay nada. En serio. Florence me sugirió traer a alguien y ella es una buena amiga. Te juro que no hay nada más. Venga, te toca.

—Yo —titubeo porque necesito crear una mentira coherente—, contraté un novio de alquiler —suelto de pronto.

Ryan vuelve a reírse más fuerte que antes.

—Es un tío tan básico que podría creerte. Ahora en serio, ¿qué pasa con él? —Se pone serio y añade—, sé que no te es fiel.

—Sí, lo sé. —Echo mi cuerpo hacia atrás apoyándome en los codos, y mi chaqueta se abre ligeramente dejando a la vista el escote de mi camisón—. De hecho se ha liado con tu amiga esta noche.

Ryan me mira con cara de sorpresa y sonrío de medio lado. Ahora mismo solo deseo borrar esa sonrisa con un beso. Acerca mi mano a mí y creo que me va a tocar, pero se limita a cerrar la chaqueta sin decir nada más. Solo me mira como si no se creyera lo que está pasando.

—Lo íbamos a dejar —miento ya que la verdad no se la ha creído—. Por sus infidelidades. Pero le pedí que me acompañara porque no quería venir sola y tener que dar explicaciones. Me prometió comportarse y ya ves, es superior a él. Le voy a pedir que se marche mañana. No quiero estar con él en la boda, ya me ha puesto bastante en ridículo.

Ryan se acerca a mí y me besa por la cara.

—Es que no podía ser otra cosa. Ese tío no te merece, Jul.

Me sigue besando.

—Estás preciosa.

Mete la lengua en mi boca y siento cómo me deshago entera. Me tumbo del todo y nos besamos con avidez, como si quisiéramos recuperar los años separados. Me acaricia el pecho por el hueco que deja mi chaqueta. De pronto me da la risa.

—¿Te das cuenta de que estamos haciendo lo mismo que ellos?

—Sí —contesta—. Y no quiero. Lo malo es que están ocupando nuestros bungalows.

Se sienta y yo hago lo mismo a su lado. Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro en un intento de recibir el amor que tanto he echado de menos. Me abraza.

—¿Quieres ser mi pareja en la boda?

—Sí, Ryan. En cuanto me deshaga del dios vikingo.

Nos reímos y trato de quedarme con esa sensación que tanto añoraba. ¿Por qué lo eché de mi lado? Tengo mucho en lo que pensar.

Me levanto lentamente, todavía con la mano de Ryan entrelazada en la mía.

—Vamos, es tarde. Mejor volvamos antes de que alguien se dé cuenta y nos vea aquí retozando como adolescentes —le digo con una sonrisa triste.

Ryan asiente y se levanta también, pero no suelta mi mano mientras caminamos de regreso por la playa, en silencio, pero con una nueva llama en nuestros corazones.

CAPÍTULO 13

Ryan

El camino de regreso al bungalow está envuelto en un silencio cargado de emociones. Julia camina a mi lado, tengo su mano entrelazada con la mía y, aunque no decimos nada, hay una comprensión tácita entre nosotros, como si hubiéramos cruzado una línea invisible que nos une de nuevo, aunque ninguno sepa aún qué significamos el uno para el otro. Cada paso en la arena parece más ligero que el anterior, y la brisa marina acaricia nuestros rostros con una suavidad que me hace sentir, por primera vez en mucho tiempo, que estoy con quien debo estar. Al llegar al bungalow, me detengo en la entrada, incapaz de soltar su mano. Julia me mira con una mezcla de tristeza y anhelo, y me doy cuenta de que, a pesar de lo que acabamos de compartir en la playa, el peso de lo que viene todavía nos aplasta.

—Creo que Pippa está despierta —digo en voz baja, más para mí mismo que para ella—. Y yo no quiero que todo esto termine aquí, Julia.

Ella asiente, comprendiendo lo que no he dicho con palabras. Me acerco más y la beso suavemente, un beso que no quiere ser de despedida. Un beso que pide tiempo para resolver lo que nos ha separado hasta ahora.

—Si estás de acuerdo, voy a pedirle a Pippa que se vaya a tu bungalow con Alex esta noche. Quiero que estemos solos, sin distracciones, sin sentir que nos pueden ver, solos tú y yo —le susurro, rozando sus labios con los míos una vez más antes de separarnos.

Julia curva sus labios y me da esa sonrisa que siempre ha tenido el poder de desarmarme, y asiente de nuevo antes de desaparecer en la oscuridad, dirigiéndose a su bungalow. La veo alejarse, y el deseo de correr tras ella y no dejarla ir es casi abrumador, pero sé que lo correcto es darle espacio para que también se aclare.

Entro en mi bungalow con paso firme, y encuentro a Pippa sentada en la cama, con el cabello suelto cayendo desordenado sobre sus hombros, leyendo una de sus novelas. Está vestida con un camisón de seda que deja poco a la imaginación, y sus ojos me miran con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Dónde has estado? —pregunta, aunque su tono no es de reproche, sino más bien de preocupación—. Me tenías preocupada, Ryan. Te fuiste sin decir nada y no sabía si te habías enfadado por lo de Álex o qué.

Cierro la puerta detrás de mí y me acerco a ella, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Necesitaba estar solo para pensar. Pero..., Pippa, necesito pedirte un favor —empiezo y veo cómo frunce el ceño, como si ya intuyera lo que voy a decirle—. Necesito que vayas al

bungalow de Alex esta noche.

Ella me mira fijamente durante un segundo, mientras sus ojos analizan los míos, buscando la respuesta que ya imagina. Finalmente, asiente con una ligera sonrisa.

—Lo sabía —dice, con un tono de voz que parece teñido de una resignación casi dulce—. Sabía que esto pasaría tarde o temprano.

—Pippa, no es que no me importes, tú eres importante para mí, la mejor amiga estos últimos meses..., pero lo que siento por Julia... —No puedo continuar. Las palabras se me atragantan en la garganta.

Pippa se levanta y se acerca, colocando una mano en mi mejilla con suavidad. Sus ojos reflejan comprensión, pero también una pizca de tristeza.

—Ryan, he sido tu amiga durante mucho tiempo y lo seguiré siendo, si tú quieres. Solo amiga. Nunca he pretendido competir con lo que sientes por Julia, y no quiero hacerlo ahora. Lo nuestro ha sido algo conveniente para los dos y lo bueno es que siempre lo hemos tenido claro. Por supuesto que iré al bungalow de Alex, pero solo porque quiero que seas feliz, y sé que eso solo puede pasar si estás con ella —me responde, y me sorprende la madurez y la ternura con la que lo dice.

La abrazo, agradecido por su comprensión, y ella se aparta lentamente, recogiendo algunas cosas en silencio. Antes de salir, se gira y me lanza una última mirada.

—Solo quiero que seas feliz, Ryan. Haz lo que tengas que hacer, pero no te arrepientas de nada.

Le devuelvo la sonrisa, y ella se va sin hacer ruido, dejándome solo en el bungalow. El silencio es abrumador, pero al mismo tiempo, es lo que necesito para procesar todo lo que ha sucedido.

Me acerco a la cama y me siento en el borde, sintiendo cómo la adrenalina de la noche comienza a desvanecerse, dejándome con una sensación de agotamiento y anticipación. Miro hacia la puerta, sabiendo que, en cualquier momento, Julia podría entrar. Los minutos pasan lentamente, y empiezo a pensar en todo lo que ha sucedido. En lo que Pippa dijo sobre mi felicidad, en lo que siento por Julia, y en lo que necesito hacer para que todo salga bien esta vez. No puedo permitirme cometer los mismos errores del pasado, no cuando estoy tan cerca de recuperar lo que siempre he querido.

Entonces, escucho el suave golpeteo en la puerta. Mi corazón se acelera, y me levanto rápidamente para abrirla. Allí está ella, Julia, con una expresión que mezcla determinación y vulnerabilidad, y en ese momento, sé que hemos tomado la decisión correcta.

—¿Puedo pasar? —pregunta, con la voz temblando ligeramente.

—Claro —respondo, dándole paso y cerrando la puerta tras ella.

Nos miramos en silencio durante un instante, y luego ella avanza hacia mí. Sus ojos brillan con una intensidad que me deja sin aliento. Sin decir una palabra, se acerca y me besa, un beso que no deja espacio para dudas ni arrepentimientos. Es un beso cargado de promesas y de todas las cosas que hemos dejado sin decir durante tanto tiempo.

Nos movemos juntos hacia la cama, sin dejar de besarnos, y cuando finalmente caemos sobre las sábanas, el mundo exterior desaparece por completo. Lo único que existe es este momento, este lugar, y la certeza de que, pase lo que pase mañana, esta noche es nuestra.

La observo con verdadera devoción cuando levanto mi cuerpo ligeramente y tomo distancia.

—Eres preciosa y quiero que esta noche sea especial.

Ella sonríe a la vez que levanta medio cuerpo. Sus manos van hacia los hombros y ella misma baja los tirantes del camisón dejando a la vista sus turgentes pechos que tanto me gustaban. Y me gustan. Llevo la mirada a ellos, como si aún no me lo creyera y esa sensación infantil de que si los toco, desaparecerán. Subo las manos y las pongo debajo de cada seno para con el dedo pulgar empezar a rozar sus pezones rosados. Paso a acariciarlos a la vez que mi lengua entra en su boca y ella gime de placer. Nos tumbamos y aprovecho el movimiento para seguir besándola por el cuello. Suelto un pecho para llevarlo a la boca mientras mi mano recorre el resto de su cuerpo, llevándose el camisón con ella hasta dejarla con la ropa interior. Sigue siendo deliciosa y aún no la he probado entera.

Bajo la mano un poco más y le quito lo que le queda de ropa. Al quedarme de rodillas ante ella aprovecho para sacarme la camiseta y el pantalón junto con los boxer. Ella emite una risita.

—No has perdido el tiempo, Ryan. Este cuerpazo no lo tenías hace tres años.

—Estaba tan hecho mierda cuando lo dejamos que o me tiraba al alcohol o me desahogaba en el gimnasio. Y opté por lo segundo —confieso, acercándome de nuevo a ella y dejando que nuestras pieles se rocen y se reconozcan.

—Siento ser la causa de tu malestar —solloza—, pero con este resultado... parece que ha merecido la pena. Ahora quiero probarte más aún.

Al decirlo me suelta un lametón por todo el torso. Aprovecho para cogerla por los lados de la cara y acercar mi boca a la suya. Nos damos un beso que nos excita a ambos. Yo siento cómo mi polla reclama la humedad que ya noto en Julia, pues nuestros sexos se rozan durante el beso. Ella mete la mano entre los dos y me acaricia acercando la punta a su centro, mientras me mira con fuego en los ojos. Aparto su mano y me inclino hacia su sexo dispuesto a regalarle un orgasmo con la lengua. Y lo consigo, vaya si lo consigo. Está tan excitada que mis besos, mordiscos y movimientos de mi lengua entre sus pliegues, hacen que gima como no recordaba. Está más desinhibida que hace años y eso me gusta. Tiene ganas de mí y eso me encanta y me excita más.

Cuando tras el éxtasis final se deja caer sobre la cama, vuelvo a buscar su boca para besarla. Ambos nos movemos sin parar, somos un caos de brazos, besos, pellizcos y caricias que solo se acompañan cuando la penetro. Al principio me recibe apretada y yo gozo acoplando nuestras formas una embestida tras otra. Mi orgasmo sigue al suyo y me derrota cayendo sobre ella. Jadeo contra su cuello mientras ella me acaricia enredando sus dedos en mi pelo.

Y no quiero estar de otra forma ni en otro lugar ni con nadie más. Siempre ha sido ella y he necesitado tres años de ausencia para reconocerlo ante mí mismo.

El resto de la noche la pasamos entre susurros, caricias y dos orgasmos más de todos los que aún nos debemos. Nos hablamos de todo y de nada, como si estuviéramos recuperando el tiempo perdido. Nos volvemos a conocer, explorando cada rincón de nuestras almas y de nuestros cuerpos, dejándonos llevar por el deseo y el amor que nunca desapareció, solo estaba esperando el momento adecuado para resurgir.

Cuando finalmente el sueño nos vence, nos acurrucamos el uno en el otro, y por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz. Julia está aquí, conmigo, y nada más importa.

No dormimos mucho. Lamentablemente, el sol se cuele a través de las cortinas al amanecer y nos despierta con su luz suave. Julia es la primera en moverse, y la observo mientras se levanta lentamente, estirando su cuerpo con una gracia que me deja embelesado. La veo y siento que ella es mi hogar, que quiero esto todas las mañanas de mi vida. Pero no se lo digo, pues aún tengo miedo a que se vaya corriendo como la última vez. Nunca ha querido comprometerse.

—Tengo que volver al bungalow antes de que Pippa regrese —dice en voz baja, aunque sé que no quiere irse.

Asiento, comprendiendo que aún no podemos revelarlo todo al mundo. Ella se viste rápidamente, y antes de salir, me lanza una última mirada, una mirada que promete más noches como esta.

—Te veré luego —susurra antes de cerrar la puerta.

Me quedo en la cama, escuchando los sonidos matutinos del *resort*, sintiendo cómo una nueva ilusión se mezcla con la satisfacción de haber dado el primer paso hacia lo que siempre debió ser. Pero también sé que el día de hoy traerá nuevos desafíos, sobre todo cuando Julia se enfrente a Alex y finalmente ponga fin a todo este engaño.

Por ahora, todo lo que puedo hacer es esperar y estar preparado para lo que venga. Porque esta vez, no voy a dejar que nada ni nadie se interponga en mi camino hacia la felicidad con Julia.

CAPÍTULO 14

Julia

Regreso al bungalow con la primera luz del amanecer y, aunque me siento ligera después de la noche con Ryan, sé que lo que me espera dentro no será fácil de manejar. Abro la puerta con cuidado, intentando no hacer ruido, y lo que encuentro me deja helada. Alex y Pippa están dormidos en la cama, completamente desnudos, con los cuerpos entrelazados como si no hubiera espacio para nada más que su lujuria. La sábana apenas cubre sus partes más íntimas, y el aire está cargado con el olor a sexo y sudor. Por un instante, me quedo paralizada, contemplando la escena con una mezcla de disgusto y tristeza. No es solo la traición de Alex, porque eso ya lo esperaba, sino el hecho de que Pippa, a pesar de todo lo que Ryan me dijo anoche, esté aquí, liada con él. Trato de no hacer ruido, mientras me acerco a la cama y sacudo a Alex suavemente por el hombro.

—Alex, despierta —susurro, aunque lo que realmente quiero hacer es gritar.

Él abre los ojos lentamente, parpadeando con confusión antes de darse cuenta de dónde está. Se incorpora un poco, mirándome con una sonrisa somnolienta, que rápidamente se convierte en una expresión de incomodidad cuando ve mi cara.

—Julia... —murmura, intentando cubrirse con la sábana.

—Voy a ducharme. Cuando salga, Pippa ya no debería estar aquí —le digo, manteniendo la voz firme, aunque por dentro estoy temblando.

Sin esperar respuesta, me dirijo al baño después de abrir una ventana para ventilar la habitación, y cierro la puerta detrás de mí con un golpe seco. Abro la ducha y dejo que el agua caliente caiga sobre mi cuerpo, intentando limpiar no solo la suciedad física, sino también la emocional. Las lágrimas comienzan a mezclarse con el agua y, por un momento, me permito sentir el dolor, la decepción y la frustración que he estado reprimiendo, y dejo que una nueva ilusión que crece dentro de mí, aflore y me saque una sonrisa de satisfacción.

No sé cuánto tiempo paso bajo el agua, pero cuando finalmente salgo, me siento más tranquila, aunque el nudo en mi estómago sigue ahí. Me pongo un vestido de tirantes y abro la puerta del baño. Pippa ya no está, y Alex sigue en la cama, con la sábana apenas cubriendo su sexo y regalándome la vista con su escultural cuerpo.

—Alex, tenemos que hablar —le digo, acercándome con determinación—. Necesito que esto termine, ahora.

Él se sienta en la cama, la sábana cae aún más, pero no parece importarle. Su expresión es una mezcla de arrogancia y falsa inocencia.

—¿Qué pasa ahora, Julia? —pregunta, como si no entendiera la gravedad de la situación.

—¿Cómo que qué pasa? Ya te lo dije ayer. No estás aquí para follar a nadie y dejarme en evidencia. Te comunico que tu contrato ha llegado a su fin —le respondo con calma, aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho—. Quiero que te vayas ahora.

Él frunce el ceño, claramente sorprendido por mi tono directo.

—¿En serio? ¿Todo esto por una noche con Pippa? Vamos, Julia, sabes que lo nuestro no es real. ¿Por qué te molesta tanto? Además, ella se ofreció voluntaria para *entretenerme*. No he hecho nada malo.

—No sé qué insinúas, porque mi interés en ti es cero. Me importa poco con quién te acuestes. Lo que me importa es que lo hagas en mi cama e incumpliendo el contrato que has firmado. Te recuerdo que estás trabajando y eso no incluye sexo con nadie. ¿Me oyes? Con n-a-d-i-e —repito—. Ya no quiero seguir con esta farsa. No puedo seguir fingiendo que somos algo que no somos, y mucho menos cuando ni siquiera puedes mantener las apariencias —le digo, cruzando los brazos frente a mí, intentando mantener la compostura—. Ya he cambiado tu billete de vuelta desde la tablet, el avión sale esta tarde. Puedes recoger tus cosas e irte. Y no te preocupes, recibirás el pago por los días que has trabajado, pero no más.

Alex me mira con una mezcla de incredulidad y desafío.

—¿Me estás echando? Julia, esto es ridículo. No puedes hacerme esto.

—Puedo y lo estoy haciendo. —Camino hacia el escritorio donde tengo guardado el contrato que firmamos y lo sostengo frente a él—. Si no te vas, romperé esto ahora mismo y no recibirás un solo centavo.

Sus ojos se fijan en el contrato, y puedo ver cómo la realidad comienza a asentarse en su mente. Se muerde el labio, claramente molesto, pero finalmente asiente, dándose cuenta de que no tiene otra opción.

—Está bien —responde con un tono de voz que suena más a resignación que a aceptación—. Pero que sepas que me lo he pasado bien contigo, Julia, eres cojonuda. A pesar de todo.

No le respondo, no hay nada más que decir. Lo observo mientras se levanta de la cama y comienza a recoger sus cosas. Mientras se ducha pido el desayuno para los dos en la habitación. Después, en silencio, se viste y hace la maleta, evitando mirarme a los ojos. Siento una mezcla de alivio y tristeza mientras lo veo irse. Al cerrar la puerta detrás de él, respiro hondo, sintiendo cómo el peso que llevaba encima empieza a aligerarse.

Con Alex fuera de mi vida, al menos esta parte del caos ha terminado. Pero sé que todavía tengo mucho por resolver, especialmente con Pippa. No quiero encararme con ella, pero sé que es inevitable. Decido que la mejor manera de hacerlo es durante la mañana de *spa* y peluquería con el resto de las mujeres de la boda. Me visto rápidamente y me dirijo hacia el spa donde las demás ya están reunidas. Al llegar, el ambiente es relajado y cálido, con una fragancia suave de aceites esenciales llenando el aire. Las paredes están decoradas con tonos naturales, y el sonido del agua corriendo en fuentes cercanas añade un toque de serenidad al lugar. Florence, la novia, me recibe con una sonrisa radiante.

—¡Julia! Qué alegría verte. Ven, vamos a disfrutar de un día de mimos —me dice, arrastrándome hacia una de las mesas de manicura.

Me uno a las demás, que ya están sumergidas en conversaciones coloquiales y risas. El personal del *spa* nos atiende con esmero, comenzando con una exfoliación suave en las manos y luego una manicura que deja mis uñas relucientes y perfectamente cuidadas. El ambiente se llena de bromas y charlas sobre la boda, los preparativos y, por supuesto, sobre los hombres presentes en el evento.

—¿Habéis visto al dios vikingo, Alex creo que se llama? —bromea una de las amigas de Florence, mientras nos pintan las uñas—. Creo que es el tipo más bueno de la boda. ¡Qué suerte tienes, Julia!

—Suerte la vuestra, porque está libre. Nunca debió de venir porque habíamos cortado hace unas semanas —miento—, pero me ablandé. Siento deciros que ya se ha ido.

Todas simulan que lloran por la pérdida, y yo me obligo a sonreír, aunque mi mente está en otra parte. Pippa está sentada al otro lado de la sala y nuestras miradas se cruzan de vez en cuando, pero ninguna de las dos se atreve a decir nada. He notado el gesto de sorpresa al saber que Alex se ha ido. Después de la manicura, nos dirigimos a los puestos de pedicura, donde nos ofrecen un baño de pies con sales minerales y masajes que son pura delicia. A medida que el personal trabaja en mis pies, siento cómo la tensión se va desvaneciendo poco a poco y, por un momento, logro relajarme y disfrutar del cuidado que me dan. El siguiente paso es un masaje corporal completo que es tan celestial como necesario. El masajista aplica presión en los puntos exactos para liberar toda la tensión acumulada y cierro los ojos, dejándome llevar por la sensación de alivio que recorre mi cuerpo. Durante el masaje, trato de no pensar en nada y simplemente estar en el momento. Para acabar, nos aplican mascarillas faciales que nos dejan la piel suave y luminosa, mientras compartimos anécdotas de bodas. Es un momento de conexión entre todas nosotras, una pausa en medio del caos de la boda, y me encuentro disfrutando más de lo que esperaba, olvidándome del punto de inflexión que es ahora mi vida. Ya decidiré más adelante, cuando la vuelta a la realidad sea necesaria. Ahora disfruto de este limbo cortesía de mi prima Florence. Pero sé que no puedo evitar a Pippa para siempre, y cuando finalmente llega el momento de ir a la peluquería, decido que es hora de hablar. La encuentro en uno de los sillones, esperando su turno, y me acerco con una sonrisa tensa.

—Pippa, ¿cómo estás? —le digo en voz baja, para que las demás no nos escuchen—. Creo que deberíamos hablar.

Ella sonríe y nos dirigimos a un rincón más apartado del salón. Mi valentía se esfuma y me quedo en silencio, sin saber por dónde empezar. Finalmente, Pippa toma la palabra.

—Julia, lo siento. No debí acostarme con Alex, y menos en el bungalow. Fue un error, y te pido perdón de corazón —dice, y siento que su tono es sincero.

La miro fijamente, intentando decidir cómo responder. Parte de mí quiere gritarle, pero otra parte sabe que eso no cambiará nada.

—Si te soy sincera, Alex ya no era nada para mí y me da igual lo que haga. Solo le pedí que durante la boda no se acostara con nadie, Pippa, y no lo ha cumplido —respondo con franqueza—. Quería guardar las apariencias delante de mi familia y no ha sido capaz de hacerlo. Ojalá no hubiera venido.

—No sé cuál fue tu intención al traerlo, ni te voy a preguntar. Solo te quiero decir que si era para darle celos a Ryan, no hacía falta. Somos amigos y ha llorado muchas veces sobre mi hombro.

Por si no te has dado cuenta, sigue enamorado de ti. Aunque, qué digo, si habéis pasado la noche juntos...— sonrío con malicia.

—Fui muy dura con él. Lo sé. Y lo he echado de menos estos tres años, aunque no quisiera reconocerlo. Ayer hablamos, ¿lo sabes?

—Sí, pero sin detalles. Y no hace falta que me cuentes nada. Mi intención al hablar contigo era que tuvieras claro que nosotros ni somos ni nunca hemos sido novios. Solo compartimos el bungalow. Me pidió que lo acompañara, porque no quería venir solo a la boda de Florence.

—Lo sé.

—Dicho esto, no tengo inconveniente en irme de su habitación y que seas tú quien lo acompañe esta tarde en la ceremonia.

—¿Lo harías? Aunque aún no he decidido nada respecto a él... Puedes quedarte en mi bungalow. Ya has probado la cama —río y ella suelta una carcajada ante mi respuesta.

Después de nuestra charla, me siento en el sillón de la peluquería, donde me lavan el pelo con un champú aromático, que me hace sentir como si flotara en una nube. El estilista me ofrece varias opciones de peinados, y finalmente me decido por algo sencillo, que me parece muy elegante: un moño bajo flojo con mechones cuidadosamente sueltos, con un toque de brillo que resalta mi color natural. El resultado es perfecto, y me siento renovada y lista para afrontar la ceremonia y lo que venga después.

Como la mañana se preveía larga, la organización ha dispuesto un almuerzo ligero tipo *buffet*, que está delicioso, en una terraza del *spa*. Todas nos reunimos alrededor de una gran mesa al aire libre, disfrutando del sol y de la compañía. Las conversaciones son amenas, llenas de nervios ante lo que aún nos espera, y me encuentro riendo con las demás, sintiéndome parte del grupo a pesar de todo. El comentario sobre Alex, el dios vikingo, vuelve a salir, y todas ríen mientras Pippa y yo intercambiamos una mirada cómplice. Me uno a las risas, pero por dentro, sé que esa parte de mi vida ha terminado, y me siento aliviada de que así sea. Nunca volveré a mentir así. He aprendido la lección.

A medida que la tarde avanza, cada una de nosotras regresa a su bungalow para prepararse para la boda. Mientras camino de regreso, siento una mezcla de emociones: nerviosismo, incertidumbre..., y también una sensación de que, finalmente, las cosas están empezando a encajar. Sé que la noche que se avecina será crucial, no solo para Florence y Frank, sino también para Ryan y para mí.

Entro en el bungalow, por fin sola, y recojo por si después de la fiesta lo intercambio con Pippa, como hemos hablado. Todo depende de lo que pase con Ryan esta noche. Saco el vestido que he traído para la boda y me visto dispuesta a deslumbrar a mi antiguo amor y reconquistarlo, aunque una duda todavía flota en el ambiente: ¿de verdad quiero una vida con él cuando volvamos a la realidad?

CAPÍTULO 15

Ryan

Veó cómo pasan los segundos en el reloj de mi móvil mientras me ajusto la corbata por enésima vez, luchando contra los nervios que me recorren desde la punta de los pies hasta la cabeza. Como padrino de la boda, debería estar enfocado en asegurarme de que todo salga perfecto para Frank y Florence, pero mi mente no deja de divagar hacia Julia.

Hace apenas un rato, Pippa me ha confesado que han hablado en el spa, y aunque no me ha dado detalles, me ha dicho que la conversación fue bien y que Julia parecía más tranquila. Pero eso no calma mis nervios, no cuando lo único que quiero es verla, saber cómo se siente y, si es posible, recuperar lo que alguna vez tuvimos.

A pesar de mis nervios, consigo llegar el primero al jardín donde se va a celebrar la ceremonia y coordinarme con la organizadora, como corresponde a mi papel de padrino. Luego voy a la sala donde están dando los últimos retoques a Florence, que está preciosa. Cuando nos avisan de que Frank está en el estrado, la novia y yo salimos del brazo y recorremos el pasillo hasta llegar a él. He mirado por el rabillo del ojo a los asistentes y no he visto a Julia.

Cuando finalmente desde el estrado la veo sentada entre los invitados, el aire parece desaparecer de mis pulmones. Julia está absolutamente deslumbrante. Lleva un vestido de un tono azul profundo que resalta el color de sus ojos y contrasta con su piel dorada por el sol. Unos mechones de su cabello caen a los lados de la cara, y su sonrisa, esa que siempre me ha derretido, ilumina su rostro de una manera que me deja sin palabras. Parece una visión, un sueño hecho realidad.

—¿Estás bien? —me pregunta Frank, dándome un codazo con una sonrisa traviesa al notar que no puedo apartar la vista de los asistentes.

—Sí, solo... es Julia, que está preciosa —admito, sin apartar la mirada.

Frank suelta una leve carcajada y me da una palmada en la espalda.

—Pues no pierdas más tiempo, tío. Esta es tu oportunidad.

La ceremonia está a punto de comenzar, y me giro hacia el oficiante de la boda, sintiendo la responsabilidad de mi papel como padrino. Los nervios se calman un poco cuando veo a Florence relajada, radiante en su vestido blanco, con una sonrisa que podría iluminar el mundo entero. Ella y Frank se miran con tanto amor que es imposible no emocionarse. Es el tipo de amor que todos deseamos encontrar y, en ese momento, siento una punzada de esperanza. Quizá, algún día, Julia y yo podamos tener eso también. Aunque no nos casemos si ella no lo desea.

La ceremonia es preciosa, con flores tropicales adornando cada rincón y la brisa marina

acariciando suavemente nuestros rostros. Los votos de Frank y Florence son sinceros y emotivos, y cuando intercambian los anillos, hay pocas caras sin lágrimas entre los invitados, incluida la mía. Me doy cuenta de que este es un momento que recordaré para siempre, no solo porque estoy aquí con mi mejor amiga, sino porque Julia está aquí también y, aunque estemos a unos metros de distancia, siento su presencia de una manera que me reconforta.

Después de la ceremonia, llega el momento de mi discurso antes de la cena. Me levanto de mi asiento con una copa de champán en la mano, y todos los ojos se vuelven hacia mí. Siento un nudo en el estómago, pero cuando mi mirada se cruza con la de Julia, encuentro la fuerza que necesito.

—Buenas noches a todos — noto como mi voz resuena en el aire cálido de la isla—. Es un honor estar aquí hoy, como padrino de mi mejor amiga, Florence, en este día tan especial. Frank y ella son la prueba viviente de que el amor verdadero no solo existe, sino que puede superar cualquier obstáculo, y crear algo verdaderamente hermoso.

Hago una pausa, permitiéndome sonreír, mientras miro a los recién casados.

—Frank, hermano, has encontrado a alguien increíble, y estoy seguro de que juntos vais a construir una vida llena de felicidad y aventuras. Gracias por hacer feliz a mi amiga. Eres todo lo que ella siempre soñó, y mucho más. Y lo sé porque durante años he sido ese hombre en el que ha confesado que yo no era su hombre —sonrío—, aunque de niño soñaba con ella, porque eras tú su destino. Gracias Florence porque tu amistad me ha traído a Frank, que es ahora uno de mis mejores amigos. Soy muy afortunado de teneros en mi vida y os deseo el mejor de los viajes juntos. Veros tan enamorados hace que todos nosotros os envidie..., perdón —todos ríen—, creamos en el amor. Que seáis muy felices.

Levanto la copa en un brindis.

—Por el amor, por la felicidad, y por todos los momentos que nos esperan en el futuro. ¡Salud!

Las copas se alzan y los aplausos llenan el aire. Me siento con el corazón lleno de emoción, pero mi mirada no deja de buscar a Julia. Durante la cena, aunque estoy sentado en la mesa principal con los novios, mis ojos no pueden evitar desviarse hacia donde está ella, compartiendo mesa con Pippa. Veo cómo le susurra algo al oído, que responde con una risa, y me pregunto de qué estarán hablando. Es curioso, porque a pesar de la distancia física entre nosotros, siento que las cosas han cambiado, como si una barrera invisible se hubiera derrumbado. Me gustaría acercarme hasta ellas, pero también quiero que este momento se desarrolle de forma natural, sin presiones.

Después de la cena, el ambiente se relaja cuando comienza el baile. La pista, decorada con luces colgantes y rodeada de palmeras, se convierte en el centro de la fiesta. Los invitados se divierten, bailando con alegría bajo el cielo estrellado, y aunque me uno a ellos, mi mente sigue enfocada en una sola persona, que ahora habla con sus familiares. Espero encontrar el momento de acercarme a ella. Llega un momento que no puedo esperar más. La banda comienza a tocar una canción lenta, y aprovecho la oportunidad. Cruzo la pista con resolución y la mirada fija en Julia. La encuentro charlando con Pippa y algunas de las otras invitadas, pero cuando me ve acercarme, su conversación se interrumpe. Pippa sonríe con picardía y se retira discretamente, dejándonos solos.

—¿Me concedes este baile? —le pregunto, ofreciéndole mi mano.

—¡Cuánta formalidad! —ríe nerviosa—. ¿En qué siglo estamos?

—Vale, vale... ¿Bailas conmigo, preciosa?

Julia me mira divertida y hace que mi corazón se acelere. Después de un breve segundo, sonrío y coloca su mano en la mía.

—Por supuesto —responde, y juntos nos dirigimos a la pista de baile.

El grupo canta una canción romántica, a un ritmo lento que nos permite acercarnos el uno al otro. Coloco una mano en su cintura, y ella rodea mi cuello con los brazos. El mundo parece desvanecerse a nuestro alrededor y, durante los minutos que dura la melodía, solo existimos nosotros dos. Siento el calor de su cuerpo contra el mío, el suave roce de su respiración, y mi corazón late con fuerza al ritmo de la música.

—Estás increíble esta noche, Julia —le susurro al oído, sin poder evitarlo.

Ella sonrío, y puedo ver el rubor en sus mejillas, lo que me hace sentir más atraído por ella.

—Gracias, Ryan. Ese spa al que nos ha llevado Florence ha hecho magia. Tú también estás muy guapo. Y tu discurso... ha sido precioso.

—Todo lo que he dicho fue de corazón —le aseguro—. Y no puedo evitar pensar en nosotros, en lo que tuvimos. Y en lo arrepentido que estoy por haberte dejado ir.

Julia no responde de inmediato, pero sus ojos me miran con una intensidad que hace que el tiempo se detenga. Nos movemos al compás de la música, contoneando nuestros cuerpos que encajan a la perfección, como si este fuera nuestro destino.

En medio del baile, una pequeña anécdota nos arranca una carcajada. Florence, la novia, se acerca a nosotros con un pequeño ramo de flores, y con una sonrisa traviesa, se lo lanza a Julia. Pero en lugar de atraparlo, el ramo golpea a un invitado que está justo detrás, un hombre mayor que se pone rojo como un tomate cuando todos estallan en risas. Julia y yo nos unimos a la risa, y la tensión entre nosotros se disuelve por un momento, reemplazada por la alegría pura del momento.

Después del baile, decido que no puedo dejar que la noche termine aquí. Tomo la mano de Julia y la llevo fuera del bullicio de la fiesta, hacia la playa, donde las olas susurran suavemente bajo la luz de la luna. Nos quitamos los zapatos y caminamos descalzos sobre la arena, dejando que el agua nos acaricie los pies.

—Esta noche ha sido perfecta —dice Julia, mirando hacia el horizonte—. Me da pena que acabe y volvamos a la rutina. ¿Tú no, Ryan? Después de lo de anoche, ¿qué pasa contigo y conmigo?

—Me pasa lo mismo —confieso, deteniéndome y girándola para que me mire—. Julia, lo único que quiero es estar contigo. No he dejado de amarte ni un solo día, y sé que cometí errores, que quizá debí ceder más y aceptar que no quieres tener ni marido ni hijos... Rompimos y yo no estoy mejor que cuando estaba contigo. Yo..., yo solo quiero una oportunidad, si tú quieres.

—Yo también te he echado de menos —admite, y veo la sinceridad en sus ojos de los que parece querer salir una lágrima—. Lo siento, Ryan. Toda la culpa fue mía. Fui yo quien te echó de mi lado por todos mis absurdos miedos al compromiso. Me he reñido mucho por haberte dejado marchar y perder al hombre que más he querido en mi vida.

Sus palabras me golpean fuerte en el pecho. Siempre me he echado la culpa y ella ha hecho lo mismo. Somos tontos, pienso. Muy tontos. Porque nos queremos y nos hemos separado por no hacernos daño. Bajo la cabeza, entendiendo la importancia de lo que estamos hablando, sin saber qué decir ni qué hacer para no meter la pata. Nos quedamos en silencio, dejando que las olas hablen por nosotros. Y entonces, sin pensarlo demasiado, me inclino y la beso. Es un beso lleno de disculpas, de esperanzas y de todo el amor que he guardado durante los últimos años. Ella me corresponde y, en ese momento, siento que todo lo que hemos vivido nos ha llevado a este preciso instante.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —le susurro, temeroso de romper la magia del momento.

Julia sonrío, acariciando mi mejilla.

—No hay nada que desee más.

CAPÍTULO 16

Julia

Ryan me besa con ternura, y yo me dejo llevar por la magia de la noche, por la idea de que todo está bien entre nosotros. Pero sé que no es cierto, que debajo de ese beso hay una verdad que no he compartido y que amenaza con destruir todo lo que estamos reconstruyendo. Un secreto que debo contarle. Saber que ha llegado el momento me da terror y siento una punzada en el estómago acompañada de lágrimas que no puedo parar.

—¡Eh!, ¿estás llorando?

—Ryan... —susurro aun rozando mis labios con los suyos. Mis lágrimas dejan un sabor salado entre nosotros.

Él me mira, con esa calidez en sus ojos que una vez fue mi refugio. Pero hay algo que debo decir, algo que he callado por demasiado tiempo, y que sé que cambiará todo entre nosotros.

—¿Qué pasa, Julia? —pregunta, con una suavidad que me desarma sin tener ni idea de la bomba que está a punto de explotar.

Siento cómo mi corazón se acelera y las palabras se agolpan en mi garganta. No sé por dónde empezar, pero no puedo seguir callando. El peso de mi secreto se ha vuelto insoportable.

—Cuando nos separamos... —consigo decir con voz temblorosa—, porque no quería casarme y tener familia, ¿recuerdas? —Asiente—. Me encontraba fatal. Pensaba que todo era por la separación y por eso me negaba a verte para curarme cuanto antes. Pero —sollozo—, no era por eso. O no solo por eso. Es que, estaba embarazada.

Boom.

Ryan se queda inmóvil, su expresión cambia en un instante. La calidez en sus ojos desaparece, reemplazada por una incredulidad que me atraviesa como un puñal. Da un paso atrás, soltando mi mano, como si necesitara espacio para procesar lo que acaba de escuchar.

—¿Cómo dices? —susurra con la voz quebrada llena de incredulidad—. ¿Embarazada? ¿Me tomas el pelo?

—No supe cómo decírtelo —continúo, llorando y moqueando sin parar—. Estaba aterrada, Ryan. No quería casarme, no quería hijos... Pensé que te arruinaría la vida si te lo decía y me la arruinaría a mí. No sabía qué hacer. Tenía tanto miedo de lo que significaba... Y luego...

—¿Luego qué? ¿Qué hiciste? No se te ocurriría... —se lleva la mano a la boca aterrado.

—No, no hice nada. El destino se encargó de todo y, de forma natural, lo perdí. Cuando pasó,

sentí alivio, pero también una pena enorme... pensé que era una señal, que no estaba destinada a ser madre.

Él se queda en silencio, pero sus ojos me dicen todo lo que necesito saber. Está devastado. La tristeza, el dolor y la rabia se mezclan en su expresión. Su respiración es irregular, y veo cómo aprieta los puños, luchando por mantener el control.

—¿Me estás diciendo que... que iba a ser padre? —La tristeza de su voz me encoge el corazón—. ¿Y decidiste no decirme nada? ¿Dejaste que siguiera con mi vida sin contarme algo tan importante?

—¡No sabía qué hacer! —exclamo, sintiendo cómo las lágrimas ruedan por mis mejillas—. No sabía si decírtelo o no. Y cuando lo perdí... pensé que era lo mejor, que no había nada que hacer. Que ya no tenía sentido decírtelo... ¡Ryan ya no estábamos juntos!

—No me lo puedo creer —dice con la voz quebrada.

Ryan cierra los ojos con fuerza, como si quisiera alejarse de esta realidad, de las palabras que acabo de pronunciar. Cuando vuelve a abrirlos, veo la tristeza transformada en algo más oscuro, en un dolor tan profundo que casi me derrumba.

—No tienes idea de lo que has hecho, Julia —dice con voz ronca, llena de una amargura que me rompe el corazón—. No es solo que no me lo dijeras... Es que no confiaste en mí, ni siquiera para algo tan importante. ¡Estás hablando de nuestro hijo!

Cada palabra es una estocada directa a mi pecho. Siento que me falta el aire, que estoy perdiendo el control. Intento acercarme a él, pero Ryan da un paso atrás, alejándose de mí. La distancia entre nosotros se vuelve insalvable.

—Lo siento... —susurro, pero sé que mis disculpas no serán suficientes para reparar lo que acabo de destruir—. No quise hacerte daño, nunca quise...

—¡Pero lo hiciste! —me interrumpe enérgico—. ¡Ahora mismo estoy destrozado, Julia! Pensé que lo había perdido todo cuando nos separamos, pero ahora... ¡Ahora sé que perdí mucho más de lo que creía!

Las lágrimas caen libremente por su rostro, y sé que no hay nada que pueda decir para aliviar su sufrimiento. La culpa me devora desde dentro, y todo lo que quiero es poder retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera.

—Ryan... por favor... —intento alcanzar su mano, pero él la retira.

—No puedo... No puedo hacer esto ahora —dice, en un susurro cargado de dolor—. No quiero verte, ni escucharte... Necesito... necesito tiempo, espacio... No sé si alguna vez podré perdonarte, Julia. Me has engañado. No sé si podré superarlo.

Lo veo girarse y alejarse de mí, hacia el lado contrario de la playa. Cada paso que da es un golpe en mi corazón. Me quedo allí, inmóvil, con las lágrimas cayendo y el sabor amargo de la pérdida inundando mi boca. He perdido a Ryan de nuevo, por mi culpa, y esta vez, no creo que haya vuelta atrás.

Me flaquean las piernas cuando la realidad me golpea con toda su fuerza y caigo de rodillas en la arena, sollozando como nunca antes. El dolor es insoportable, y todo lo que puedo hacer es llorar por el hijo que nunca conocí, por el amor que he destrozado y por la confianza que he

traicionado.

No sé cuánto tiempo paso llorando en la playa antes de que decida volver al bungalow. El peso de lo que acabo de confesar a Ryan es casi insoportable, y la soledad de la noche me envuelve como una manta fría. Me levanto con dificultad, sintiendo cómo mis piernas tiemblan mientras camino de regreso, cada paso más pesado que el anterior. La conversación con Ryan me ha dejado destrozada, y lo único que quiero es esconderme del mundo. Al llegar al bungalow, abro la puerta con manos temblorosas y me tiro vestida en la cama, sin encender las luces. El silencio es ensordecedor, roto solo por mis sollozos, que se hacen más fuertes cuanto más intento contenerlos. Me llevo las manos al rostro, tratando de ahogar el dolor que siento en el pecho, pero es imposible. Las lágrimas fluyen sin control, y cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Ryan, herido y devastado, como un eco que resuena en mi mente. Entre los sollozos me parece escuchar un suave golpe en la puerta del bungalow. Al principio, pienso si será Ryan y un latigazo de dolor me recorre el cuerpo. Me voy a levantar para abrir y entonces oigo la voz de Pippa, con quien había quedado para que durmiera en mi bungalow, que me llama desde el otro lado.

—Julia..., ¿estás ahí?

Me levanto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano, y abro la puerta. Pippa está de pie en el umbral, con el ceño fruncido al verme en ese estado. Se adelanta un paso, buscando a Ryan con la mirada, pero el bungalow está vacío.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con suavidad, entrando y cerrando la puerta detrás de ella.

No puedo soportar la mirada inquisitiva de Pippa, así que me doy la vuelta y camino hacia el sofá, donde me recuesto. Mis lágrimas comienzan a fluir otra vez, y Pippa, sin decir nada más, se sienta a mi lado y me abraza con fuerza.

—Julia, por favor, cuéntame qué ha pasado —insiste, con firmeza y ternura a la vez.

—Ryan... —baluceo entre sollozos—. Le he contado algo... algo que debí haberle dicho hace mucho tiempo. Algo que hubiera cambiado nuestras vidas y... lo he perdido. Esta vez, de verdad.

Pippa me mira con confusión, sin entender del todo lo que estoy diciendo, pero su abrazo se vuelve aún más protector.

—No entiendo nada, ¿qué es eso tan grave que le has dicho?

Tomo aire, intentando calmarme lo suficiente para hablar. Le explico, entre lágrimas, cómo descubrí que estaba embarazada poco después de que Ryan y yo nos separáramos, cómo el miedo y la incertidumbre me consumieron, y cómo finalmente perdí al bebé antes de siquiera haber podido tomar una decisión. Le confieso que interpreté ese aborto espontáneo como una señal de que no estaba hecha para ser madre, y que por eso nunca se lo conté a Ryan, pensando que no había otra oportunidad con él.

Pippa se queda en silencio mientras hablo, su expresión pasa de la sorpresa a la tristeza. Cuando termino, baja la vista y me aprieta las manos.

—Julia... eso es... lo siento tanto, cariño. No puedo ni imaginar lo que has pasado, y es normal que Ryan esté dolido, pero tienes que darle tiempo para procesarlo. Ha sido un golpe muy duro, tanto para ti como para él.

—Lo sé, Pippa... lo sé —respondo, sintiendo cómo las lágrimas vuelven a acumularse en mis ojos—. Pero no puedo evitar sentir que lo he arruinado todo. Otra vez.

Pippa me abraza con fuerza, acunándose como si fuera una niña pequeña y, por un momento, me dejo llevar por ese consuelo que solo una amiga verdadera puede ofrecer. Pero sé que, por mucho que Pippa intente tranquilizarme, el dolor de haber herido a Ryan tan profundamente no desaparecerá fácilmente.

—Lo siento tanto, Pippa —le digo entre lágrimas—. Sé que no tiene que ver contigo, y siento haberte arrastrado a esto. Lo he complicado todo, otra vez.

—Julia, escúchame —me dice Pippa, levantando mi barbilla para que la mire a los ojos—. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Y Ryan... él te ama, lo sé. Está enfadado ahora, pero te ama. Dale tiempo. Las cosas se pueden arreglar, pero no puedes seguir castigándote por lo que pasó. Seguro que en ese momento pensaste que era lo mejor y él lo comprenderá, aunque no le guste ni esté de acuerdo. Te mereces ser feliz, y él también.

Me quedo en silencio, asimilando sus palabras. Tal vez Pippa tenga razón. Quizá no todo esté perdido y todavía haya esperanza para Ryan y para mí, pero ahora mismo, todo lo que puedo hacer es esperar y ver si él está dispuesto a encontrarla también. Y si me quiere lejos de su vida, lo entenderé.

CAPÍTULO 17

Ryan

Camino sin rumbo por la playa, con el sol comenzando a asomarse en el horizonte, anunciando un nuevo día que, para mí, parece tan sombrío como la noche que acabo de atravesar sentado en una roca. Cada paso que doy sobre la arena me pesa, como si el mundo entero se hubiera volcado sobre mis hombros. Las olas rompen suavemente en la orilla, pero ni siquiera el sonido del mar logra calmar el caos que bulle dentro de mí. No puedo dejar de pensar en lo que Julia me ha contado, en el hecho de que íbamos a ser padres y yo nunca lo supe. Esa revelación me ha golpeado como un puñetazo directo al estómago, robándome el aliento y llenándome de una tristeza que no sé cómo manejar. La rabia y el dolor se mezclan en mi pecho, creando un nudo que me ahoga.

¿Cómo pudo guardarse algo así? ¿Cómo pudo pensar que no debía decírmelo, que no tenía derecho a saberlo? La confianza que creía que estábamos reconstruyendo se ha desmoronado en un instante, y ahora no sé qué pensar, qué sentir, ni qué hacer. Mi mente es un torbellino de pensamientos oscuros y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo respuestas, solo preguntas que me taladran el alma. Cuando finalmente decido regresar al bungalow, lo hago sin prisa, como si el camino de vuelta fuera una condena que debo cumplir. No deseo ver a Julia, no después de lo que me ha contado, pero debo hacer la maleta. Necesito tiempo para procesarlo, para entender el dolor que me ha causado y decidir qué hacer con lo que queda de nosotros. Si es que queda algo.

El sol ya está alto cuando llego al jardín del complejo y lo que más deseo es entrar en el bungalow sin que nadie me vea, sin tener que dar explicaciones que ni yo mismo puedo entender. Pero mi suerte no me acompaña, porque, mientras rodeo una de las esquinas, me encuentro cara a cara con Florence. Está vestida con un sencillo camisón de satén y su cabello, suelto, ondea con la brisa matutina. La sorpresa en su rostro es evidente y, por un momento, ambos nos quedamos en silencio, mirándonos como si fuéramos extraños. Pero Florence no es una extraña. Es mi mejor amiga, la persona en la que siempre he confiado, y ahora, al verla, siento una mezcla de alivio.

—Ryan... ¿Qué haces aquí? Pensé que estarías con Julia después de ese baile que os habéis marcado en la pista.

No puedo evitar el nudo en mi garganta y cuando intento responder, mi voz sale rota, llena de todo el dolor que he estado reprimiendo. Los ojos me escuecen, pero ya están secos de tanto llorar. Seguro que mi aspecto le parecerá el de un borracho, con el traje arrugado, la camisa por fuera del pantalón y el pelo alborotado, por no hablar de que en mi cara se debe notar que no he dormido nada.

—No sé dónde está. Se fue después de contarme su gran secreto —respondo apretando los puños de la rabia que aún siento.

Veó cómo su expresión cambia de la sorpresa a la preocupación y, en un instante, lo entiendo. Florence debía de estar al tanto de lo que pasó, seguro. Lo ha sabido todo este tiempo.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —pregunto, sin poder ocultar la amargura en mi voz.

Florence baja la mirada, incapaz de sostener la mía. El silencio entre nosotros es denso, y cada segundo que pasa siento cómo la distancia entre nosotros, que siempre fue mínima, se convierte en un abismo.

—Ryan, por favor... no es lo que piensas —dice finalmente, con la voz cargada de culpa—. Julia me lo contó cuando pasó, porque estuvo ingresada en la clínica y me pidió que no te dijera nada. No sabes lo difícil que fue para mí, pero... ella estaba destrozada. Pensaba que lo hacía por tu bien, por el suyo... No supe qué hacer más que apoyarla en lo que decidiera.

Sus palabras son como una bofetada, y la rabia que he estado conteniendo finalmente estalla.

—¿Por mi bien?! —exclamo sin poder controlar el tono de mi voz—. ¿Cómo podía ser por mi bien que no supiera que iba a ser padre, que perdí a un hijo que ni siquiera sabía que existía?! Florence, tú eras mi amiga, confiaba en ti, y me traicionaste al guardar ese secreto.

Veó cómo las lágrimas se acumulan en los ojos de Florence, pero ahora mismo, no puedo sentir compasión. La rabia y el dolor me consumen, y no hay espacio para nada más.

—Lo siento, Ryan... de verdad que lo siento —susurra, mientras las lágrimas caen por sus mejillas—. Julia me lo pidió... y yo... yo no sabía qué hacer. Me sentía atrapada entre dos personas a las que amo. Guardo sus secretos igual que guardo los tuyos, por eso confiáis en mí, ¿no? Es lo que hacen los amigos —solloza sin dejar de llorar—. No hay un solo día que no me haya arrepentido de haber guardado ese secreto, pero... no quería hacerle más daño a Julia. Ya estaba sufriendo mucho... Lo siento. Lo siento tanto.

Las palabras de Florence me golpean con una fuerza que no esperaba. La rabia que sentía se ve reemplazada por una profunda tristeza, una sensación de pérdida que parece infinita. No solo he perdido a un hijo que nunca conocí, sino que también siento que he perdido a la mujer que amaba y, por si fuera poco, descubro que he sido traicionado por mi mejor amiga. Me siento en uno de los bancos de madera del jardín, con la cabeza entre las manos. El sol, que ya está alto en el cielo, me quema la piel, pero apenas lo noto. Florence se acerca lentamente y se sienta a mi lado, manteniendo una distancia que respeta mi dolor, pero lo suficientemente cerca para ofrecerme su apoyo.

—Ryan... —susurra, con la voz quebrada—. No hay palabras que puedan aliviar lo que estás sintiendo ahora mismo, y lo sé. Pero, por favor, no te cierres a lo que aún puede ser. Julia cometió un error, un error enorme, pero estaba asustada, confundida... Ella te ama, siempre lo ha hecho. Y si decides alejarte, lo entenderé, pero quiero que pienses en todo lo que habéis compartido, en todo lo que aún podéis tener. No la castigues por sus miedos. Todos cometemos errores. Creo que deberíais hablar. No ahora, ni mañana. Cuando estéis preparados.

El peso de sus palabras se instala en mi pecho, aumentando el conflicto que ya sentía. Sé que Florence tiene razón en muchas cosas, pero el dolor de haber sido ninguneado y engañado sobre algo tan crucial es devastador.

—No sé si puedo hacerlo, Flo... —respondo con voz débil, levantando la vista para encontrarme con sus ojos llenos de compasión—. No sé si puedo perdonaros esto. Me duele demasiado.

—Lo sé... lo sé, Ryan. Y nadie te va a juzgar por lo que decidas hacer. Pero, por favor, no tomes una decisión ahora. Estás herido, y eso es lo más normal del mundo. Date tiempo. Julia también necesita tiempo para procesar todo lo que ha pasado. Ambos lo necesitáis. Ella ayer era una mujer feliz gracias a ti y ahora no me quiero ni imaginar cómo debe de estar.

Florence respeta mi silencio, y nos quedamos con el sonido del mar y el canto de las aves como única compañía. Siento cómo coloca suavemente su mano sobre la mía, transmitiéndome una calidez que no sabía que necesitaba. Cierro los ojos, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo finalmente caigan.

—No quiero perderla, Flo... —murmuro, casi en un susurro—. Pero no sé cómo voy a superar esto.

Florence aprieta mi mano con más fuerza, y cuando abro los ojos, veo sinceridad y arrojo en su mirada.

—No tienes que decidirlo ahora, Ryan. Nadie espera que lo hagas. Pero si hay una mínima posibilidad de que puedas perdonarla, de que puedas seguir adelante, te aseguro que valdrá la pena. Julia es una mujer increíble y tú lo sabes. Está dispuesta a hacer lo que sea necesario para enmendar lo que hizo. No te pido que la perdones de inmediato, solo que te permitas a ti mismo sentir, sin que el dolor decida por ti.

Sus palabras resuenan en mi mente mientras el dolor y la confusión siguen arremolinándose en mi interior. No sé qué hacer, no sé si seré capaz de perdonar a Julia, pero una pequeña parte de mí, una parte que apenas se escucha en medio del caos, me dice que Florence tiene razón. Que debo escucharla, que ella también sufre y que siempre he sabido que es la mujer de mi vida. ¿Voy a dejarla ir otra vez?

—Flo, tal vez no seas una amiga de mierda —reímos—. Oye, ¿y tú qué haces aquí en tu noche de bodas? Frank se va a cabrear conmigo —le digo extrañado—. No creo que yo sea el mejor plan en tu primer día de casada.

Mis palabras quitan tensión al momento y ambos reímos.

—No te lo vas a creer —me dice con las mejillas ruborizadas—, pero nos hemos quedado sin condones en la suite nupcial y me iba al bungalow que he ocupado estos días para coger más.

Los dos estallamos en risas. Nos quedamos allí, en silencio, mientras Florence me arroja con su presencia, ofreciéndome un consuelo silencioso que, aunque no disipa mi dolor, lo hace un poco más soportable. Y me recuerda que, a pesar de todo lo que bulle dentro de mí, no estoy solo. Eso, al menos por ahora, es suficiente.

Frank sale preocupado por la tardanza de la que ya es su mujer.

—¡No me lo puedo creer, Flo! Nuestra primera noche de casados y ya estás con otro.

Los tres soltamos una carcajada y no solo por la broma sino por las pintas que llevamos. Frank lleva unos boxer del revés y la cara roja. Rezuma sexo por todos los poros de su piel. Se acerca a mí, que ya me he levantado para irme, y sin saber nada de lo que ha pasado, me dice:

—Tío, no sé qué haces que no estás con ella. Deja de perder el tiempo.

CAPÍTULO 18

Julia

El agua caliente de la ducha cae sobre mí, pero no logra aliviar el frío que siento en mi interior. La noche ha sido interminable, con mis pensamientos girando en torno a la conversación con Ryan en la playa. Cada vez que cierro los ojos, revivo ese momento, la expresión de dolor en su rostro y la incredulidad en su voz. Es como una película que se repite una y otra vez en mi mente, y no puedo apagarla. La única salida que veo es seguir adelante, aunque no sé cómo lo haré. Volver a mi rutina y encerrarme en ella para sobrevivir es mi única opción. Y en eso ya soy experta.

Me visto con calma, eligiendo unas mallas de algodón y una camisa *oversize*, algo cómodo para el viaje de regreso. Al mirarme en el espejo, veo una versión de mí misma que apenas reconozco. Mis ojos están hinchados, los labios resecos, y la expresión en mi rostro es la de alguien que ha perdido algo importante. Me tomo un momento para respirar hondo y tratar de recomponerme. No quiero que mi familia me vea así, no después de todo lo que hemos pasado juntos en estos días que se supone de felicidad. Necesito mostrarme fuerte, aunque por dentro esté hecha pedazos.

Salgo del bungalow y el aire cálido de la mañana me golpea suavemente, mezclado con el aroma del mar y las flores tropicales que rodean el complejo. El sol ya está alto, iluminando los jardines con una luz cálida que un día normal me habría hecho sentir en paz. Pero hoy, todo parece diferente, como si el mundo se hubiera vuelto más frío, más distante. Camino despacio hacia el restaurante, donde se sirve el desayuno, sabiendo que me espera un desfile de despedidas, abrazos y sonrisas que tendré que devolver. Aunque lo último que quiero es fingir que todo está bien, es lo que tengo que hacer. Al llegar al restaurante, me recibe una oleada de sonidos familiares: el murmullo de conversaciones, el tintineo de tazas de café, y las risas suaves de los invitados, que aún se sienten embriagados por la felicidad de los últimos días. La decoración, con sus colores cálidos y muebles de madera, es acogedora, aunque para mí hoy me resulta asfixiante. Es como si el ambiente festivo fuera una burla a mi tristeza.

Veo a mi familia reunida en una mesa grande, charlando animadamente mientras disfrutan del desayuno. Mi prima pequeña, con su vestido floreado y su cabello aún enredado por la brisa marina, se ríe de algo que dice su madre. Mi tía, con su eterno semblante tranquilo, me saluda con la mano y me hace señas para que me una a ellos. Trago saliva, forzando una sonrisa, y camino hacia la mesa, tratando de bloquear el dolor que sigue latente en mi pecho.

—¡Julia! —exclama mi tía con una sonrisa amplia—. Ven, siéntate con nosotros. Estábamos comentando lo maravillosa que ha sido esta boda. ¿No te parece?

—Sí, ha sido preciosa —respondo mientras me siento junto a ellas, forzando mi voz a sonar

normal—. Florence y Frank han hecho un trabajo increíble. Todo ha salido perfecto.

Las conversaciones giran en torno a los momentos más destacados de la boda, los votos emotivos, la música que hizo bailar a todos hasta altas horas de la noche, y las anécdotas divertidas, como el tío George tratando de enseñar a bailar salsa a los jóvenes. Pero aunque río en los momentos apropiados y asiento cuando se dirigen a mí, mi mente está en otro lugar. No puedo dejar de pensar en Ryan, en su rostro destrozado, en cómo nos hemos hecho tanto daño sin querer. La madre de Florence, que está sentada frente a mí, me observa con esa mirada que solo alguien que te conoce bien puede tener, como si pudiera ver a través de mis ojos. Su expresión se suaviza, y en un momento en que las conversaciones se cruzan y nadie parece prestarnos atención, se inclina hacia mí.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta en voz baja, y en su tono noto que está preocupada.

—Sí, tía, solo estoy un poco cansada. Han sido días intensos —miento, evitando su mirada.

Ella no parece convencida, pero no insiste. Me acaricia la mano sobre la mesa, un gesto de consuelo que, aunque breve, me hace sentir un poco más conectada. Durante un segundo, siento la tentación de contarle todo, de desahogarme y dejar que ella me consuele como cuando era adolescente y me acogió al faltar mi madre. Pero sé que no puede hacer nada por mí en este momento. Esta es una lucha que tengo que librar sola.

Después de un rato, la conversación se centra en las despedidas. Florence y Frank se acercan a nuestra mesa, ambos radiantes a pesar de la evidente fatiga que muestran sus rostros. Florence lleva el cabello recogido en un moño sencillo, y sus ojos brillan con la felicidad que solo una novia recién casada puede tener. Frank, a su lado, sonríe con ese aire despreocupado que siempre lo ha caracterizado, pero hay un brillo en sus ojos que revela lo mucho que esta boda significa para él.

—¡No puedo creer que ya se estén yendo todos! —exclama Florence mientras se inclina para abrazar a su madre—. Se me ha pasado volando...

—Ha sido una boda maravillosa, hija —responde mi tía, devolviéndole el abrazo—. Nos vamos con recuerdos preciosos. Pero sobre todo, con la alegría de haberte visto tan feliz.

—Gracias, mami —dice Florence con una sonrisa—. No sabéis cuánto significa para mí haber tenido a toda la familia aquí.

Cuando llega mi turno, mi prima me abraza con fuerza y siento cómo su calidez me envuelve. Por un instante, todo el dolor se desvanece, y me aferro a ella como a un ancla en medio de una tormenta.

—Julia, gracias por estar aquí. No hubiera sido lo mismo sin ti —susurra en mi oído antes de separarse.

—Gracias a ti, primita. Te deseo toda la felicidad del mundo —le digo, tragándome las lágrimas que pugnan por salir.

—Tenéis que hablar, cariño. Está destrozado y solo tú puedes hacer algo —susurra muy bajito a mi oído antes de separarse de mí.

Frank también me abraza, y cuando se aparta, me mira con una mezcla de seriedad y preocupación.

—Cúidate, Julia. Y ya sabes, aquí estamos para lo que necesites.

Asiento, agradecida por sus palabras, pero incapaz de decir más. Las despedidas continúan, con abrazos y promesas de volver a vernos pronto. Algunos de los invitados ya están recogiendo sus cosas y subiendo a los coches que los llevarán al aeropuerto, y veo cómo la tristeza y la nostalgia comienzan a teñir el ambiente. Las sonrisas se vuelven más melancólicas, y las risas, más suaves.

Cuando finalmente termino de despedirme de todos, me siento agotada. No solo físicamente, sino emocionalmente. Cada abrazo, cada palabra de despedida ha sido una pequeña distracción que me ha evitado pensar en lo que estoy dejando atrás, y lo que probablemente no tendré de nuevo. Florence y Frank se alejan tomados de la mano, y yo me quedo viendo cómo se pierden entre los demás invitados. Me pregunto si alguna vez tendré lo que ellos tienen, esa conexión tan profunda que parece inquebrantable.

Con el corazón cargado de emociones y el alma triste, regreso al bungalow para recoger mis cosas y prepararme para ir al aeropuerto. Cada paso que doy me acerca a una despedida aún más dolorosa, y el peso de lo que he perdido con Ryan se hace más insoportable. Cuando abro la puerta del bungalow, lo primero que noto es el silencio. Un silencio que solo es roto por el sonido lejano de las olas rompiendo en la orilla. Miro hacia el jardín por el que he venido tratando de recoger solo los buenos recuerdos, pero me doy cuenta de que, por mucho que trate de escapar de mis pensamientos, siempre están ahí, acechándome.

Entro en el bungalow y, al encender la luz, me encuentro con una sorpresa que me deja sin aliento. La habitación está llena de flores, un estallido de colores que inunda el espacio. Los ramos se extienden por todas partes, cubriendo cada rincón, y el aire está impregnado de su aroma dulce y delicado. Mis ojos recorren la habitación, tratando de asimilar lo que estoy viendo, pero lo que realmente llama mi atención es el ramo en el centro de la cama. Peonías rosas, mis flores favoritas, envueltas en un lazo de seda blanca. Mi corazón late con fuerza mientras me acerco al ramo, y entonces veo una *tablet* colocada cuidadosamente delante de las flores, con una nota que dice: «Toca la pantalla». Mis manos tiemblan cuando la tomo y hago lo que la nota indica. La *tablet* se ilumina, y lo que veo me deja sin palabras.

Ryan aparece en la pantalla, con aspecto desaliñado. Tiene los ojos enrojecidos y el cabello revuelto. Su pinta es la de alguien que ha pasado una noche en vela, luchando contra sus propios demonios. Pero lo que realmente me impacta es la expresión en sus ojos. A pesar de todo, hay calidez en ellos, una sinceridad que me toca profundamente.

—Julia, no sé ni por dónde empezar, así que lo haré sencillo. Ayer reaccioné mal, muy mal. Y lo siento. Me dolió, y aún me duele, saber lo que pasó y no haber estado ahí contigo en esos momentos, no saber algo que me implicaba directamente... No sé... Pero comprendo que tú también has sufrido mucho, y quiero que hablemos de todo, sin filtros, sin juicios, sin dolor y sin reproches. Solo tú y yo, como siempre debimos hacer.

Mientras escucho sus palabras, siento que algo dentro de mí se rompe y se reconstruye al mismo tiempo. Ryan sigue hablando, y cada palabra es como un bálsamo para mi corazón herido.

—Quizá es mucho pedir recordar tu sufrimiento, pero necesito saberlo todo. Solo quiero que hablemos y después decidimos cómo seguir, juntos o separados. Necesito llenar esa brecha que esta noche se ha hecho más grande, ese hueco que vive en mí desde que nos separamos. Si estás dispuesta a intentarlo, te espero en Nueva York, en ese lugar que tanto nos gustaba del Brooklyn Bridge Park, ¿lo recuerdas? Nos debemos una conversación. No te pido una respuesta ahora.

Solo piénsalo. Si decides que quieres intentarlo, estaré esperando el sábado a las cinco de la tarde. Te deseo un buen viaje de vuelta.

El video se detiene, pero me quedo mirando la pantalla, con las lágrimas corriendo libremente por mi rostro. No puedo creer lo que acabo de escuchar. A pesar de todo, Ryan está dispuesto a perdonarme, a hablar de todo lo que ha pasado y empezar de nuevo, juntos o separados. Tiene razón: le debo una charla para explicarle lo que pasó con detalle.

Me siento en el sofá, rodeada por el aroma dulce de las flores, y cierro los ojos, permitiendo que las emociones me inunden. Durante mucho tiempo he huido de mis propios sentimientos y de mi propio deseo de ser feliz. He dejado que mis miedos me controlen, que decidan por mí, y ahora, por primera vez, siento que puedo tomar una decisión diferente y confiar.

Me quedo en silencio un rato, dejando que la idea de volver a ver a Ryan, de hablar con él, se asiente en mi corazón. Sé que la conversación que vamos a tener no será fácil, que habrá dolor y lágrimas, pero también sé que si no lo intento, me arrepentiré por el resto de mi vida. Miro el reloj y veo que me queda poco tiempo. Voy a perder el avión si no me pongo en marcha. Recojo mis cosas, cierro la maleta, con una de las flores dentro, y salgo del bungalow, dejando atrás todo el dolor y las dudas que me han acompañado durante tanto tiempo. Mientras camino hacia el coche que me llevará al aeropuerto, siento que algo ha cambiado dentro de mí. La tristeza aún está ahí, pero también hay una nueva esperanza, una pequeña llama que arde con fuerza en mi interior y una nueva motivación.

Voy a ir a Nueva York. Voy a encontrarme con Ryan y, pase lo que pase, voy a ser sincera, con él y conmigo misma. Es hora de dejar de huir, de dejar de esconderme y aparcar los miedos a un lado. Es hora de hacer frente a la verdad y ver si aún podemos construir un futuro juntos. Al menos ese es mi deseo, pero debo estar preparada por si él decide que no merezco la pena después de que hablemos.

EPÍLOGO

Ryan

Despierto al notar frío en la cama por el hueco que ha dejado ella. Me doy media vuelta y mi cuerpo se queja aún con la piel hipersensible tras los besos y fricciones de la noche. Apenas he dormido unas pocas horas cuando caí agotado y es que mi chica es una amazona que sabe bien cómo llevarme al clímax cada vez que hacemos el amor.

Ayer vino cansada del trabajo y me ofrecí a darle un masaje en los pies. Lo que comenzó de forma inocente, fue a más. Su cansancio iba mezclado con un deseo por mí que me conmovió y, por supuesto, me motivó a seguir el masaje hacia sus piernas. Le quité la ropa interior y le separé los muslos para iniciar otro tipo de masaje, esta vez con mi lengua. Notar que arquea la espalda por el placer que le provoco es algo que me vuelve loco. Mientras mi lengua conseguía ese goce, mis manos subieron por debajo del vestido hasta sus senos, se colaron por debajo del sujetador, que levanté como pude, y pellizqué sus pezones. Un grito de dolor me puso en alerta y fui a separar mis manos, pero ella puso las suyas sobre las mías para que siguiera. El orgasmo pareció romperla en dos. Callé sus jadeos con mi boca al besarla mientras ella llevó sus manos a mi pantalón para desabrocharlo y bajarlo a duras penas. Lo necesario para liberar mi erección que llevó con suavidad a su centro. Ella misma se masturbó conmigo, aprovechando su humedad e introduciendo mi polla en ella con maestría. Estas veces en que me dejo hacer me ponen tanto como cuando soy yo el que domina.

Me doy cuenta de que me estoy tocando mientras rememoro la noche que siguió en la cama donde nos amamos con una dulzura que no es tan habitual. Aunque solemos variar tanto en el sexo, que todas las noches son nuevas para nosotros. Toco su lado frío de la cama y me pregunto dónde estará. Mi estómago se queja de hambre, quizá alentado por el olor a café que empieza a desplegarse por la casa. Me levanto y voy al baño antes de bajar a desayunar.

Anoche celebramos que han pasado seis meses desde aquel día en el parque de Brooklyn, seis meses desde que decidimos darnos otra oportunidad, desde que hablamos por primera vez sin barreras, con toda la sinceridad que nos debíamos. Recuerdo cómo me sentí en ese momento, nervioso y ansioso, esperando que Julia apareciera. Y cómo, cuando finalmente llegó, su presencia lo cambió todo. Nos sentamos en la hierba sobre una manta que llevé, con vistas al río y al puente, y comenzamos a hablar, a desenterrar todo lo que habíamos guardado durante años. Fue doloroso, sí, pero también liberador. Y al final de esa conversación, supe que no podía dejarla ir de nuevo. Cierro los ojos por un momento, saboreando el recuerdo, sintiendo cómo esa misma calidez de entonces me envuelve ahora. Me estiro frente al espejo y miro al hombre en el que me he convertido. Me refresco y salgo esperando encontrar a Julia en la cocina. Camino descalzo por el suelo de madera, sintiendo el frescor bajo mis pies, mientras me dirijo hacia el piso de abajo. Al llegar, me envuelve un suave aroma floral que se mezcla con el del café. Pero

de Julia, nada. No la veo.

—¿Julia?

Silencio.

Entro en la cocina y lo que veo me frena en seco. Sobre la mesa hay un ramo de peonías rosas, las flores favoritas de Julia. Sonrío, intrigado por lo que esto puede significar, y es entonces cuando veo detrás una bandeja que contiene un desayuno completo: tortitas, café con leche, zumo de naranja recién exprimido. Todo dispuesto con un cuidado que refleja la mano de Julia. Y junto a la bandeja, una tablet con una nota que dice: «Toca la pantalla».

Me río por la ocurrencia de Julia. Muchas veces hemos hablado de mi forma de pedirle una oportunidad el último día de Bora Bora. Siento una mezcla de curiosidad y emoción por ver qué me quiere decir, y espero que no sea una despedida. No, estamos bien, no puede ser eso. Toco la tablet con miedo y la pantalla se ilumina. Un video con la imagen de Julia, sonriendo, me derrite el corazón. Está en nuestra cocina, con su pijama de satén y el cabello revuelto, como si hubiera estado planeando esto desde temprano.

—Buenos días, cariño —dice con ternura—. Sé que probablemente estés sorprendido por todo esto, pero quería hacer algo especial. —Hace una pausa, y su sonrisa se ensancha—. Hoy se cumplen seis meses desde aquel día en el parque, ¿lo recuerdas? Seis meses desde que decidimos darnos otra oportunidad, y no puedo estar más feliz de haberlo hecho.

Me apoyo en la mesa, dejando que sus palabras me envuelvan, recordando todo lo que hemos pasado juntos en estos últimos meses. Cómo hemos reconstruido nuestra relación, día a día, superando miedos y dudas, redescubriendo el amor que nunca se fue.

—He estado pensando mucho en nosotros, en todo lo que hemos vivido y en lo que está por venir —continúa Julia, en un tono más serio, pero no menos cálido—. Y hay algo que quiero decirte, algo que he estado guardando para este momento.

Un temor se agarra en el centro de mi pecho, pero sigo mirando atento a lo que me vaya a contar. La cámara se mueve ligeramente, enfocándose en algo que ella sostiene en su mano. Mi corazón late con fuerza cuando veo lo que es: una prueba de embarazo. Julia la acerca a la cámara, y puedo ver claramente las dos líneas que indican lo que tanto había deseado, aunque no me atreviera a admitirlo.

—Ryan, vamos a ser padres. Te quiero mucho.

Las lágrimas comienzan a llenar mis ojos mientras miro la pantalla, sintiendo cómo una ola de emoción me invade. Es un sueño hecho realidad, uno que nunca pensé que llegaría después de todo lo que pasó. Miro a mi alrededor, buscando a Julia, deseando abrazarla, compartir este momento con ella. Y está ahí, a mi lado, apoyada en la puerta de la cocina, observando la escena. En un instante, la tengo entre mis brazos, sintiendo su calidez, su amor, y el milagro de lo que está ocurriendo.

—Perdona que te lo haya dicho así, pero tenía miedo de tu reacción. No sabía si estarías contento... —susurra, con la voz temblorosa.

—Contento no, Julia... Estoy feliz, emocionado, todo a la vez. Te quiero con locura —respondo, apretándola contra mí.

Ella se separa un poco, lo suficiente para mirarme a los ojos, y lo que veo en los suyos me deja sin palabras. Nuestras miradas enlazadas lo dicen todo, hay fuego, hay amor, hay esperanza. Enmarco su rostro con mis manos y la beso con toda la pasión y la avidez que siento. La alzo un poco y ella envuelve mi cintura con sus piernas desnudas. Torpemente, damos unos pasos hasta llegar a la encimera donde la apoyo. Sus manos vuelan por los botones del pijama, abriendo ante mí sus más que turgentes pechos y ahora entiendo el dolor de anoche. Son más sabrosos, aunque voy con cuidado, porque está más sensible. Los lamo con delicadeza mientras hunde sus dedos en mi pelo. Me bajo el pantalón y la despojo de su ropa interior.

—Aquí está nuestro hijo —le digo poniendo la mano en su vientre, todavía plano.

Ella asiente y pone la mano sobre la mía para llevarla hasta su sexo, caliente y húmedo.

—Te deseo más que nunca —me dice al oído y el mensaje llega como una flecha a mi polla.

La acerco más a mí, poniéndola en el borde de la encimera, y nos hacemos uno. Me coloco en su abertura y, cuando empujo, me invade una sensación de plenitud. Apoyada con las manos en el frío mármol y arqueada hacia atrás, recibe mis empujones con jadeos que me enloquecen. No puedo ser más feliz. Ella se corre antes que yo, y cuando siento un orgasmo que me recorre como un latigazo por todo el cuerpo, me dejo caer sobre Julia. Ambos jadeamos, satisfechos y locos de amor.

—Aprovecha ahora que la cocina será lugar prohibido cuando haya niños —me dice entre risas y jadeos.

—Pondré una cerradura —aseguro y ella me devuelve otra de sus risas que lo llenan todo.

—Ryan... hay algo más —dice cuando nos levantamos y nos colocamos la ropa—. Sabes que siempre tuve miedo a no ser suficiente para ti. Primero por no querer lo mismo que tú, no darte esa vida que deseabas. Luego, cuando perdí al bebé, sentí que el destino me decía que yo tenía razón, que no te merecía y nunca sería buena para ti. Ahora no entiendo cómo pude pensar así porque te adoro, no deseo estar con nadie más que contigo..., bueno, y con lo que venga —dice tocándose la barriga y yo beso su mano—. Todavía no sé si soy lo que mereces, pero sé que te amo más que a nada en el mundo, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Voy a decir algo, pero me calla con un gesto de la mano, mientras que con la otra abre un cajón y saca una cajita azul.

—Ryan, ¿quieres casarte conmigo?

La pregunta me toma por sorpresa, pero mi respuesta es inmediata, llena de la certeza de que no hay nada que desee más.

—Sí, Julia, claro que sí. Nada me haría más feliz que casarme contigo. Eres un sueño para mí y soy el hombre más afortunado del mundo por tenerte.

Nos besamos, y en ese beso está todo el futuro que nos espera, una vida juntos llena de amor y la certeza de que, pase lo que pase, siempre nos tendremos el uno al otro.

Este es nuestro comienzo, nuestro verdadero comienzo. Y esta vez, nada ni nadie nos separará.



¿Te ha gustado?

Pues espera a vivir Pasión en Los Angeles, una historia de abogados que se odian..., pero no tanto.

¿Quieres saber cómo empieza?

Sigue leyendo:

PASIÓN EN LOS ANGELES

PRÓLOGO

Emily

El sonido del martillo al golpear sobre la mesa resuena en la sala, indicando el fin de la sesión. Las palabras del juez, a pesar de su tono profesional y controlado, son como una daga que se clava directa en mi orgullo.

—El tribunal se inclina a favor de la moción presentada por la defensa. Caso desestimado.

Mi corazón se detiene por un segundo, y luego comienza a latir con furia. Miro al hombre que está sentado al otro lado de la sala, con esa sonrisa arrogante que nunca falla en sacarme de quicio. Daniel Grayson. Ha conseguido lo que quería. De nuevo.

Me levanto despacio, sin apartar la mirada de él. Mientras los abogados de su equipo intercambian felicitaciones y palmadas en la espalda, él se mantiene en su silla, observándome con una calma que solo intensifica mi rabia. Sabe que ha ganado, y lo disfruta.

—Buen intento, Collins —dice, con ese tono de falsa cortesía que me revuelve el estómago.

—Esto no ha terminado, Grayson —respondo, con una voz que, para mi sorpresa, se mantiene firme.

Él se levanta, ajustándose la corbata, mientras me dedica una última sonrisa, esa sonrisa que usa para camelar al jurado, antes de salir de la sala. Su seguridad es insoportable, y no puedo evitar apretar los puños, prometiéndome que la próxima vez no se saldrá con la suya.

Mientras recojo mis cosas, la frustración se mezcla con una determinación férrea. Daniel Grayson no va a tener la última palabra en esta guerra. Puede que haya ganado esta batalla, pero la guerra entre nosotros está lejos de terminar. Y la próxima vez, me aseguraré de que sea él quien salga derrotado.

Capítulo 1

Emily

Las puertas del ascensor se cierran con un suave zumbido, aislándome del bullicio del edificio y dejando que el silencio me envuelva. Siento la tensión acumulada en mis hombros, y mientras el ascensor asciende, trato de calmarme. Este es un día importante, un día en el que no puedo permitirme fallar.

El reflejo en las paredes de acero pulido me devuelve la imagen de una mujer segura de sí misma, impecablemente vestida en un traje de diseño que resalta mi figura esbelta. Dos mechones de mi cabello rubio, cuidadosamente peinado en un moño bajo, enmarcan mi cara con un toque desenfadado, y el maquillaje destaca la fuerza de mi mirada. Hoy soy la abogada brillante, la mujer que ha trabajado incansablemente para llegar hasta donde está.

El ascensor se detiene en el piso más alto, y las puertas se abren con un suave tintineo. Respiro hondo y doy un paso adelante, entrando en el corazón del poder corporativo de Los Ángeles. Las paredes de cristal ofrecen una vista panorámica de la ciudad, y la luz del sol se filtra a través de ellas, creando un juego de sombras que recorre el suelo de mármol. El lujo es palpable en cada rincón, desde las obras de arte contemporáneo que cuelgan de las paredes hasta las elegantes sillas de cuero que adornan la sala de espera.

Me detengo un momento antes de seguir avanzando, observando el espacio con una mezcla de admiración y desdén. Esto es lo que Daniel Grayson ha construido: un imperio de opulencia y poder que refleja perfectamente la personalidad del hombre con el que estoy a punto de enfrentarme. Un lugar que ha sido testigo de innumerables victorias, muchas de ellas a costa de otros. Hoy, sin embargo, estoy decidida a que esta reunión marque una diferencia, un antes y un después en su carrera.

Al fondo, lo veo. Daniel está de pie junto a una ventana, con la espalda hacia mí. Su silueta, alta y poderosa, irradia una autoridad que pocos pueden igualar. Lleva un traje hecho a medida que se ajusta a su atlético cuerpo como una segunda piel, y su presencia domina la habitación, incluso sin decir una palabra.

Mis pasos resuenan en el suelo, y él se gira lentamente, con una sonrisa que no llega a sus ojos. Esa sonrisa que tantas veces he visto en las salas de juicios, en reuniones, en cada enfrentamiento que hemos tenido. Una sonrisa que siempre he detestado.

—Emily Collins, siempre tan puntual —dice con una voz que, a pesar de su tono educado, tiene un filo que corta el aire entre nosotros.

—Daniel Grayson, siempre tan confiado —respondo, sin molestarme en ocultar el sarcasmo en mi voz.

Nos miramos durante un largo segundo, midiendo el terreno en un constante desafío. La tensión entre nosotros es lo natural, y ambos sabemos que esta reunión no es solo una cuestión de trabajo. Es una batalla, una más en nuestra larga historia de rivalidad.

Daniel se acerca a la mesa de conferencias en el centro de la sala, con movimientos fluidos y

calculados, como si cada paso estuviera coreografiado para imponer su presencia. No puedo evitar notar cómo el traje de lana fina resalta la amplitud de sus hombros y lo bien que le sienta. Pero desvío esos pensamientos, centrándome en lo que realmente importa: el caso que nos ha traído aquí.

—Parece que el destino sigue juntándonos, ¿no crees? —comenta, mientras toma asiento frente a mí, y sus dedos tamborilean sobre la superficie de la mesa.

—Más bien diría que es una mala broma del destino —respondo, sentándome con calma frente a él—. Pero estoy lista para lo que sea que tengas preparado y lo haré con la excelencia que acostumbro.

Daniel se inclina hacia adelante, apoyando las manos en la mesa, y su sonrisa se ensancha, convirtiéndose en una mueca calculadora.

—No subestimes lo que soy capaz de hacer, Collins. Esta vez, no voy a dar tregua.

—Nunca lo haces —le devuelvo, manteniendo su mirada sin parpadear.

La sala de conferencias parece volverse más pequeña, más cargada de tensión a medida que nuestras palabras se entrelazan en un combate verbal. Siento cómo la atmósfera se electrifica, no solo por la naturaleza del caso que vamos a discutir, sino por algo más. Nunca es solo un caso. Nuestra rivalidad es cada vez mayor y no sé ni cómo comenzó. Es algo que ambos evitamos nombrar, pero que está ahí, subyacente en cada mirada, en cada palabra.

A mitad de la reunión la puerta de la sala se abre. Una joven secretaria, enfundada en una falda de tubo que marca sus curvas, entra con pasos rápidos, llevando una carpeta en la mano. La deposita sobre la mesa con un gesto respetuoso antes de salir sin decir una palabra. Me doy cuenta de cómo Daniel sigue con la mirada el vaivén de sus caderas mientras se aleja. Me hierven los nervios. ¿De verdad? ¿No puede mantenerse profesional ni en un momento como este? ¿Lo hace para sacarme de mis casillas o es que es así de idiota?

—¿Algo más en lo que quieras centrar tu atención antes de que sigamos? —suelto con sarcasmo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él vuelve a mirarme, y por un instante, sus ojos oscuros se suavizan antes de que vuelva a esbozar esa sonrisa cínica.

—Nada que no pueda esperar, Collins. Soy todo tuyo.

Su respuesta, cargada de doble sentido, me irrita. Pero mantengo mi compostura. No voy a darle el placer de verme afectada por su actitud. En lugar de responder, abro la carpeta y empiezo a revisar los documentos. La formalidad y la profesionalidad son mi escudo, y hoy más que nunca, necesito mantenerlo firme.

Miro a Daniel una última vez antes de abrir la carpeta que su secretaria ha dejado para nosotros, sintiendo cómo la tensión en la sala se intensifica. Al abrirla, mis ojos se encuentran con las primeras líneas del caso, y una palabra en el documento hace que mi corazón dé un vuelco. Cierro la carpeta lentamente, controlando mi respiración.

—Empecemos —digo, aunque mis pensamientos ya están en otra parte.

El caso que tenemos entre manos es delicado, complejo, y tiene implicaciones que van más allá del mero éxito profesional. Mientras discuto los términos y las estrategias con Daniel, mi mente

no deja de calcular cada movimiento, cada posible reacción suya. Esta vez, no puedo permitirme perder. Pero lo que me desconcierta es la sensación de que Daniel está jugando a otro nivel, uno en el que las reglas no están definidas.

—Voy a ser claro contigo, Emily —dice, rompiendo el flujo de la reunión—. No me interesa solo ganar este caso. Quiero asegurarme de que todos entiendan que no hay lugar en esta ciudad para quienes se atrevan a desafiarme.

—Si lo que buscas es intimidación, Daniel, has elegido a la persona equivocada. Sabes que no me asustan tus métodos.

—No, lo que me gusta de ti es precisamente eso. Tu resistencia. Pero, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar?

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente. La tensión en la sala es sofocante.

—Hasta el final —respondo, con voz firme.

Daniel asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta, pero no se mueve. Su mirada permanece fija en la mía, y siento cómo el aire entre nosotros se carga de algo más que rivalidad. Si quiere desestabilizarme jugando a la seducción, como suele hacer con el jurado, conmigo ha pinchado en hueso. Le seguiré el juego para cazarlo cuando menos se lo espere.

—Entonces, esto va a ser interesante —murmura, antes de levantarse de su asiento.

Recojo mis cosas con una rapidez calculada, deseando salir de allí cuanto antes. Necesito aire fresco. Pero mientras me dirijo a la puerta, siento que la mirada de Daniel sigue cada uno de mis movimientos, analizándome, evaluándome. Es como si estuviéramos en un juego del que aún no conocemos todas las reglas, y eso me inquieta demasiado y me saca de mi personaje que creía blindado.

Salgo al vestíbulo, dejando atrás la sala de conferencias, pero no consigo sacudirme la sensación de que hay algo diferente a otros casos. Que esta vez, la partida que estamos a punto de jugar no solo definirá nuestras carreras, sino algo mucho más profundo y personal.

Cuando estoy a punto de salir del edificio, mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Lo saco y veo un mensaje de un número desconocido. Lo abro y, al leerlo, siento cómo se me acelera el pulso. «No te confíes demasiado, Collins. Esto acaba de empezar».

Levanto la vista hacia las puertas de cristal, y por un instante, me parece ver la silueta de Daniel reflejada en ellas, observándome desde lejos. Pero cuando me giro para comprobarlo, ya no está. Salgo al aire libre, sintiendo el calor del sol en mi piel y el aire fresco, y mientras camino hacia mi coche, no puedo dejar de pensar en las palabras del mensaje.

Esto metida hasta el fondo en esto. Y tengo la sensación de que, en esta batalla, no solo está en juego el caso, sino mucho más. Quizá, más de lo que estoy dispuesta a perder.

Las cartas están sobre la mesa, y el juego acaba de comenzar.

(...)

Sigue leyendo aquí:



GRACIAS

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



Sígueme en Facebook



S.S.